

Thomas Bernhard

El malogrado



se

Reclamado por el suicidio de su mejor amigo, un hombre viaja hasta su antiguo hogar y rememora su común pasión por el piano. Da cuenta de la turbia amistad que les unió, trastocada tras conocer al virtuoso Glenn Gould. A través de sus pensamientos se irá deshilando un discurso en torno a la infelicidad, la existencia y la pulsión nihilista que acompaña una ambición desmedida. Novela que reflexiona sobre el sentimiento ambiguo de admiración y frustración que implica percibir al genio en otro, su desarrollo nos muestra la erosión gradual del carácter de quienes son incapaces de asumir su condición. Pero tras la inflexibilidad despiadada del artista malogrado se desprende una extraña compasión. El estilo preciso de Thomas Bernhard nos adentra sin rodeos en los motivos más complejos de la psicología humana. Ambientado en el contexto de una Europa central ya decaída, este libro también supone una puesta en cuestión de los valores de superación y excelencia tan característicos de nuestras sociedades.



Thomas Bernhard

El malogrado

ePub r1.5

Titivillus 01.08.2017

Título original: *Der Ungergeher*
Thomas Bernhard, 1983
Traducción: Miguel Sáenz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Un suicidio largo tiempo calculado, pensé,
no un acto de desesperación espontáneo.*

También Glenn Gould, nuestro amigo y el más importante virtuoso del piano de este siglo, llegó solo a los cincuenta y un años, pensé al entrar en el mesón.

Sólo que él no se mató como Wertheimer sino que, como suele decirse, murió de *muerte natural*.

Cuatro meses y medio Nueva York y, una y otra vez, las *Goldbergvariationen* y *Die Kunst der Fuge*, cuatro meses y medio *Klavierexerzitien*, como decía Glenn Gould, una y otra vez, sólo en alemán, pensé.

Hacía exactamente veintiocho años habíamos vivido en Leopoldskron y estudiado con Horowitz, y (por lo que se refiere a Wertheimer y a mí, pero no, como es natural, a Glenn Gould) habíamos aprendido más de Horowitz, durante un verano totalmente echado a perder por la lluvia, que en los ocho años anteriores de Mozarteum y Wiener Akademie. Horowitz había dejado a todos nuestros profesores nulos y sin efecto. Pero aquellos profesores horribles habían sido necesarios para comprender a Horowitz. Durante dos meses y medio llovió ininterrumpidamente, y nos habíamos encerrado en nuestras habitaciones de Leopoldskron y trabajamos día y noche, el insomnio (¡de Glenn Gould!) se había convertido en nuestro estado decisivo, y profundizábamos de noche en lo que Horowitz nos había enseñado de día. No comíamos casi nada y tampoco tuvimos en todo el tiempo dolores de espalda, que por lo demás nos habían atormentado siempre cuando estudiamos con nuestros viejos profesores; con Horowitz esos dolores de espalda no aparecían, porque estudiábamos con tal intensidad que no podían aparecer. Cuando hubimos terminado las lecciones con Horowitz, fue evidente que Glenn era ya mejor pianista que el propio Horowitz, de pronto yo había tenido la impresión de que Glenn tocaba mejor que Horowitz y, a partir de ese momento, Glenn fue para mí el más importante virtuoso del piano del mundo entero, por muchos pianistas que escuchara a partir de ese momento, ninguno tocaba como Glenn, y ni siquiera Rubinstein, al que yo había amado siempre, era mejor. Wertheimer y yo éramos igual de buenos, y también Wertheimer decía una y otra vez que Glenn era el mejor, aunque todavía no nos atrevíamos a decir que fuera *el mejor del siglo*. Cuando Glenn se volvió al Canadá, perdimos realmente a *nuestro amigo canadiense*, no pensábamos volver a verlo jamás, él estaba obsesionado por su arte de tal forma que, teníamos que suponer, no podría prolongar ya ese estado mucho tiempo y moriría en plazo breve. Pero dos años después de haber estudiado con él bajo Horowitz, Glenn tocó en los Festivales de Salzburgo las variaciones Goldberg, que dos años antes había practicado día y noche y repetido una y otra vez con nosotros en el Mozarteum. Los periódicos escribieron después de su concierto que *ningún pianista* había tocado tan

artísticamente las variaciones Goldberg, así pues, escribieron después de su concierto de Salzburgo lo que nosotros habíamos afirmado y sabido dos años antes. Nos habíamos citado con Glenn después de su concierto, en el *Ganshof* de Maxglan, un mesón antiguo y querido por mí. Bebimos agua y no hablamos de nada. Sin vacilar, al volver a vernos yo le había dicho a Glenn que nosotros, Wertheimer (que había venido a Salzburgo desde Viena) y yo, no habíamos creído ni por un momento que lo volveríamos a ver a él, Glenn, siempre habíamos pensado únicamente que, después de volver de Salzburgo al Canadá, perecería rápidamente, por su *obsesión artística* por su *radicalismo pianístico*. Realmente, yo había dicho *radicalismo pianístico*. Mi *radicalismo pianístico*, decía Glenn luego, una y otra vez, y sé que utilizaba también esa expresión, una y otra vez, en el Canadá y los Estados Unidos. Ya en aquella época, o sea, casi treinta años antes de su muerte, Glenn no amaba a ningún otro compositor más que a Bach, y en segundo lugar a Handel, a Beethoven lo despreciaba, y ni siquiera Mozart era aquel que yo amaba más que a ningún otro, cuando *él* hablaba de él, pensé al entrar en el mesón. Ni una sola nota tocó Glenn jamás sin cantarla al mismo tiempo, pensé, ningún otro pianista tuvo esa costumbre jamás. Él hablaba de su enfermedad pulmonar como si fuera su segundo arte. Que habíamos tenido al mismo tiempo la misma enfermedad y la habíamos tenido luego siempre, pensé, y en fin de cuentas también Wertheimer contrajo esa enfermedad nuestra. Pero Glenn no pereció por esa enfermedad pulmonar, pensé. Lo mató la falta de soluciones en la que, durante casi cuarenta años, se *metió tocando*, pensé. No renunció al piano, pensé, como es natural, mientras que Wertheimer y yo renunciamos al piano, porque no lo convertimos en la misma monstruosidad que Glenn, que no salió ya de esa monstruosidad, y que tampoco quiso en absoluto salir de esa monstruosidad. Wertheimer hizo que subastaran su piano de cola *Bösendorfer* en el Dorotheum, yo regalé un día mi Steinway a una niña de nueve años, hija de un maestro de Neukirchen, junto a Altmünster, para que ese piano no me atormentase más. La hija del maestro echó a perder mi Steinway en el plazo más breve, y a mí el hecho no me dolió, al contrario, observé aquella destrucción estúpida con perverso placer. Wertheimer, según decía él mismo una y otra vez, había penetrado en la *ciencia del espíritu*, y yo había iniciado mi *proceso de atrofia*. Sin la música, que de la noche a la mañana no pude soportar ya, me atrofié, sin la música *práctica, la teórica* había tenido sólo en mí, desde el primer momento, un efecto devastador. En un momento, había odiado el piano, mi propio piano, no había podido oírme ya tocar; no quería *maltratar* ya más mi instrumento. Por eso, un día fui a ver al maestro para anunciarle mi regalo, mi Steinway, había oído que su hija estaba dotada para el piano, le había dicho, y le había anunciado el transporte a su casa del Steinway. Yo había llegado *a tiempo* al convencimiento de que yo mismo no tenía cualidades para hacer una carrera de virtuoso, le había dicho al maestro, y como siempre quería en todo sólo *lo más alto*, tenía que separarme de mi instrumento, porque con él no alcanzaría con toda seguridad, como de pronto había comprendido, lo más alto, y por eso era lógico que pusiera mi piano a la disposición de su dotada hija, ni una sola vez volveré a abrir la tapa de mi piano, le había dicho al desconcertado maestro, un hombre bastante primitivo, casado con una mujer más primitiva aún, igualmente de Neukirchen, junto a Altmünster. ¡Los gastos de transporte correrían como era lógico de mi cuenta!, le había dicho al maestro, al que conozco y con el que estoy familiarizado desde la infancia, como también con su simplicidad, por no decir su tontería. El maestro aceptó mi regalo *inmediatamente*, pensé al entrar en el mesón. Yo no había creído ni por un momento en el talento de su hija; de todos los niños de los maestros del campo se dice siempre que tienen talento, sobre

todo talento musical, pero en verdad no tienen talento para nada, todos esos niños son siempre totalmente carentes de talento, y el que uno de esos niños sepa soplar en una flauta o puntear en una cítara o teclear en un piano no es ninguna prueba de talento. Sabía que abandonaba mi precioso instrumento a la indignidad absoluta, y precisamente por eso hice que se lo llevaran al maestro. La hija del maestro, en el plazo más breve, echó a perder, dejó inútil mi instrumento, uno de los mejores en general, uno de los más raros y por consiguiente más buscados y por consiguiente más caros también. Pero la verdad era que yo había *querido* precisamente ese proceso de echar a perder mi amado Steinway. Wertheimer entró en las ciencias del espíritu, como decía una y otra vez, y yo entré en mi proceso de atrofia y, al llevar mi instrumento a casa del maestro, inicié ese proceso del mejor modo posible, Wertheimer, sin embargo, años aún después de haber regalado yo mi Steinway a la hija del maestro, había tocado el piano, porque siguió creyendo durante años que podía convertirse en virtuoso del piano. Por lo demás, tocaba mil veces mejor que la mayoría de nuestros virtuosos del piano que se presentan en público, pero en definitiva no le había satisfecho ser, en el mejor de los casos, un virtuoso del piano como todos los demás de Europa, y dejó de tocar y entró en las ciencias del espíritu. Yo mismo, según creo, había tocado mejor aún que Wertheimer, pero no hubiera podido tocar jamás como Glenn y, por esa razón (¡es decir, por la misma razón que Wertheimer!) renuncié en un momento a tocar el piano. Hubiera tenido que tocar mejor que Glenn, pero eso no era posible, quedaba excluido, y por consiguiente renuncié en un momento a tocar el piano. Me desperté un día de abril, no sé ya exactamente cuál, y me dije *se acabó el piano*. Y la verdad es que no volví a acercarme al instrumento. Fui inmediatamente a casa del maestro y le anuncié el transporte del piano. A partir de ahora me dedicaré a lo filosófico, pensaba mientras iba a casa del maestro, aunque, como es natural, tampoco podía tener la menor idea de qué era eso de filosófico. No soy en absoluto un virtuoso del piano, me dije, no soy un intérprete, no soy un artista reproductor. Ni un artista siquiera. Lo degenerado de aquel pensamiento me había atraído enseguida. Todo el tiempo, mientras iba a casa del maestro, había dicho, una y otra vez, esas palabras: *¡Ni un artista siquiera! ¡Ni un artista siquiera! ¡Ni un artista siquiera!* Si no hubiera conocido a Glenn Gould, probablemente no habría renunciado a tocar el piano y me habría convertido en virtuoso del piano y quizá, incluso, en uno de los mejores virtuosos de piano del mundo, pensé en el mesón. Cuando encontramos al mejor, tenemos que renunciar, pensé. A Glenn, curiosamente, lo había conocido en el Monchsberg, la montaña de mi infancia. Desde luego, lo había visto ya antes en el Mozarteum, pero no había cruzado con él palabra antes de ese encuentro en el Monchsberg, al que llaman también monte del suicidio, porque se presta al suicidio más que nada y la verdad es que todas las semanas se precipitan desde él en el abismo tres o cuatro por lo menos. Los suicidas suben a él en el ascensor del interior del monte, dan unos pasos y se precipitan a la ciudad que hay abajo. Las personas reventadas en la calle me han fascinado siempre y yo mismo (¡como, por lo demás, también Wertheimer!) he subido muy a menudo al Monchsberg, a pie o en ascensor, con la intención de precipitarme desde él, pero no me he precipitado desde él (¡cómo tampoco Wertheimer!). Varias veces (¡cómo también Wertheimer!) me había preparado ya para saltar, pero, como Wertheimer, no salté. Me di la vuelta. Naturalmente, hasta ahora son más los que se han dado la vuelta que los que han saltado, pensé. A Glenn lo encontré en el Monchsberg en el llamado *Alto de los jueces*, desde donde se tiene la mejor vista de Alemania. Yo le había dirigido la palabra, le había dicho *los dos estudiamos con Horowitz*. Sí, había respondido él. Miramos

hacia abajo, a las llanuras alemanas, y Glenn comenzó enseguida a ocuparse del *Arte de la fuga*. He dado con un hombre de ciencia sumamente inteligente, había pensado yo. Él tenía una beca Rockefeller, dijo. Por lo demás, su padre era rico. Cueros, pieles, dijo, y hablaba alemán mejor que nuestros compañeros de las provincias austríacas. Es una suerte que Salzburgo esté aquí y no cuatro kilómetros más abajo, en Alemania, dijo, a Alemania no hubiera ido. Fue, desde el primer momento, una amistad *espiritual*. La mayoría de los pianistas, incluso los más famosos de todos, no tenían idea de su arte, dijo. Pero así ocurre con todos los papeles artísticos, dije yo, exactamente lo mismo en pintura, en literatura, dije, y tampoco los filósofos saben nada de filosofía. La mayoría de los artistas no saben nada de su arte. Tienen una concepción artística diletante y se quedan durante toda su vida en el diletantismo, hasta los más famosos del mundo. Nos habíamos comprendido enseguida, desde el primer momento, tengo que decirlo, nos habíamos sentido atraídos por nuestras opiniones contrarias, que eran realmente, las más contrarias dentro de nuestra *concepción artística*, lógicamente igual. Sólo unos días después de ese encuentro en el Monchsberg tropezó Wertheimer con nosotros. Glenn, Wertheimer y yo, que habíamos vivido separados las dos primeras semanas, todos en alojamientos totalmente deficientes de la Ciudad Vieja, alquilamos finalmente para todo nuestro curso con Horowitz una casa en Leopoldskron, en la que podíamos hacer lo que quisiéramos. En la Ciudad Vieja, todo nos había producido un efecto paralizador, el aire no se podía respirar, las personas no se podían soportar, la humedad de los muros nos había debilitado a nosotros y a nuestros instrumentos. En general, sólo habíamos podido continuar el curso con Horowitz porque nos habíamos marchado de la ciudad, que en el fondo es la más hostil al arte y al espíritu que se puede imaginar, un estúpido poblacho de provincia con personas tontas y muros fríos, en el que, con el tiempo, todo se convierte en estupidez, sin excepción. Nuestra salvación fue agarrar lo que poseíamos y mudarnos a Leopoldskron, que en aquella época era todavía una campiña verde, en la que pastaban las vacas y cientos de miles de pájaros tenían su hogar. La ciudad de Salzburgo misma, que hoy, recién pintada hasta el último rincón, es todavía mucho más horrible aún de lo que era entonces, hace veintiocho años, era y es contraria a todo lo que hay en un ser humano y lo aniquila con el tiempo, de eso nos dimos cuenta enseguida y nos fuimos de ella a Leopoldskron. Los salzburgueses fueron siempre horriblos, como su clima, y si hoy llego a esa ciudad no sólo se confirma mi opinión, sino que todo es todavía mucho más horrendo. Pero estudiar con Horowitz precisamente en esa ciudad enemiga del espíritu y del arte era, sin duda, la mayor de las ventajas. Si el entorno en que estudiamos nos es hostil, estudiamos mejor que en un entorno acogedor, y el que estudia hará siempre bien en elegir para sus estudios un lugar que le sea hostil, no uno que le sea acogedor, porque el lugar acogedor le quitará una gran parte de su concentración en el estudio, y en cambio el hostil le permitirá estudiar al ciento por ciento, porque *tendrá* que concentrarse en ese estudio para no desesperar, y en ese sentido Salzburgo es probablemente, como todas las que se llaman ciudades hermosas, absolutamente recomendable, de todos modos sólo para un carácter fuerte, porque uno débil perecerá irremisiblemente en el plazo más breve. Tres días había estado Glenn, me dijo, *enamorado del encanto* de esa ciudad, luego había comprendido de pronto que ese encanto, como se dice, estaba podrido, que esa belleza, en el fondo, era repulsiva y que los seres humanos que había en esa belleza repulsiva eran abyectos. El clima prealpino hace apáticos a los hombres, que caen muy pronto ya en el embrutecimiento y, *con el tiempo se vuelven malvados*, dije yo. Quien vive aquí, lo sabe, si es sincero, quien viene aquí, lo comprende al cabo de poco

tiempo y, antes de que sea demasiado tarde para él, tiene que volver a marcharse, si no quiere llegar a ser como esos embrutecidos habitantes, como esos apáticos salzburgueses, que con su embrutecimiento matan lentamente todo lo que no es aún como ellos. Al principio había pensado, dijo, qué hermoso era crecer aquí, pero dos o tres días después de su llegada le pareció ya una pesadilla haber nacido y tener que crecer, hacerse adulto aquí. Éste clima y estos muros matan lentamente la sensibilidad, dijo. Yo no había tenido nada más que añadir. En Leopoldskron la falta de espíritu de esta ciudad no podía sernos ya peligrosa, pensé al entrar en el mesón. En el fondo, no era sólo Horowitz quien me enseñaba a tocar el piano con la más alta consecuencia, era el trato diario con Glenn Gould durante mis estudios con Horowitz, pensé. Fueron los dos los que me hicieron posible siquiera la música, el concepto de la música, pensé. Mi último maestro antes de Horowitz había sido Wührer, uno de esos maestros que lo asfixian a uno en la mediocridad, por no hablar de aquéllos con los que había estudiado antes, que tienen todos, como suele decirse, nombres destacados, aparecen en público a cada momento en las grandes ciudades y tienen cátedras bien dotadas en nuestras famosas academias, pero no son más que personas que hacen perecer a los que tocan el piano, que no tienen idea del concepto de la música, pensé. Por todas partes tocan y enseñan esos profesores de música y echan a perder a miles y cientos de miles de alumnos de música, como si la labor de su vida fuera ahogar en la cuna los talentos extraordinarios de los jóvenes seres musicales. En ninguna parte reina una irresponsabilidad tan grande como en nuestras academias de música, que recientemente se llaman *universidades* de música, pensé. Entre veinte mil profesores de música, sólo uno es el profesor ideal. Horowitz era ese profesor ideal, pensé. Glenn hubiera sido, si se hubiera dedicado a ello, uno de esos profesores. Glenn tenía, como Horowitz, la sensibilidad ideal y la comprensión ideal para esa enseñanza, para ese fin de comunicación artística. Todos los años, decenas de millares de alumnos de escuelas superiores de música recorrían el camino del embrutecimiento de las escuelas superiores de música y perecían a causa de sus incompetentes profesores, pensé. Hasta llegan a hacerse famosos y, sin embargo, no han comprendido nada, pensé al entrar en el mesón. Se convierten en Gulda o Brendel y, sin embargo, no son nada. Se convierten en Gilels y, sin embargo, no son nada. También Wertheimer, si no hubiera encontrado a Glenn, se habría convertido sin duda en uno de nuestros más importantes virtuosos del piano, pensé, no habría tenido que abusar de las ciencias del espíritu como yo, por decirlo así, de lo filosófico, porque lo mismo que yo, desde hace decenios, de la filosofía o lo filosófico, abusó Wertheimer hasta el fin de las llamadas ciencias del espíritu. No habría llenado sus papeles con su escritura, pensé, como yo no hubiera llenado mis manuscritos, crímenes del espíritu, como pensé al entrar en el mesón. Comenzamos como virtuosos del piano y nos convertimos en hociadores y agitadores de las ciencias del espíritu y de la filosofía, y degeneramos. Porque no llegamos hasta lo más extremo y más allá de lo más extremo, pensé, y renunciamos ante un genio en nuestra especialidad. Pero, si soy sincero, la verdad es que tampoco hubiera podido ser jamás un virtuoso del piano, porque en el fondo no quise ser jamás un virtuoso del piano, porque siempre tuve en contra las mayores reservas y sólo abusé de la virtuosidad pianística en mi proceso de atrofia, en efecto, consideré siempre a quien toca el piano, desde el principio, como ridículo; seducido por mi talento totalmente extraordinario para el piano, lo utilicé para tocar el piano y luego, después de decenio y medio de tortura, lo ahuyenté, súbitamente y sin escrúpulos. No es mi estilo sacrificar mi existencia al sentimentalismo. Solté la carcajada e hice llevar el piano a casa del maestro y,

durante días enteros, me divertí con mis propias carcajadas por el transporte del piano, ésa es la verdad, me burlé de mi carrera de virtuoso del piano, destrozada por mí en un momento. Y probablemente esa carrera de virtuoso del piano destrozada por mí de repente fue una parte necesaria de mi proceso de atrofia, pensé al entrar en el mesón. Probamos todo lo posible y lo interrumpimos una y otra vez, arrojamos súbitamente decenios al montón de la basura. Wertheimer fue siempre más lento, no tan decidido en sus decisiones como yo, sólo arrojó su virtuosismo pianístico al montón de la basura años después de mí y, a diferencia de mí, no lo superó, jamás, una y otra vez lo oí lamentarse de que no hubiera debido renunciar a tocar el piano, de que hubiera debido continuar, yo era hasta cierto punto el culpable, había sido siempre su modelo en las cuestiones importantes, en las decisiones existenciales, eso dijo una vez, pensé al entrar en el mesón. La asistencia a las lecciones de Horowitz fue para mí, como para Wertheimer, mortal, para Glenn, sin embargo, lo fue su genio. No había sido Horowitz quien nos había matado a Wertheimer y a mí, en lo referente al virtuosismo pianístico y, en el fondo, a la música en general, sino Glenn, pensé. Glenn nos hizo imposible el virtuosismo pianístico ya en un momento en que los dos habíamos creído aún firmemente en nuestro virtuosismo pianístico. Años aún después de nuestro curso con Horowitz habíamos creído en nuestro virtuosismo, cuando la verdad es que murió ya en el momento en que habíamos conocido a Glenn. Quién sabe si yo, si no hubiera ido a Horowitz, es decir, si hubiera escuchado a mi maestro Wührer, no sería hoy, después de todo, un virtuoso del piano, uno, pensé, de esos famosos que, durante todo el año, viajan de un lado a otro entre Buenos Aires y Viena con su arte. Y también Wertheimer. Enseguida, sin embargo, me dije a mí mismo un no decidido, porque yo odiaba desde el principio el virtuosismo con sus fenómenos concomitantes, odiaba sobre todo presentarme ante la multitud y odiaba más que nada los aplausos, no los soportaba, durante mucho tiempo no supe si no soportaba el aire viciado de las salas de conciertos o los aplausos o ninguna de las dos cosas, hasta que me resultó evidente que no podía soportar el *virtuosismo* en sí y, sobre todo, el virtuosismo pianístico. Porque odiaba más que nada al público y a todo lo relacionado con ese público y, por consiguiente, odiaba también al virtuoso (y a los virtuosos). Y la verdad es que Glenn sólo tocó dos o tres años en público, luego no lo soportó más y se quedó en casa, convirtiéndose allí, en su casa de Norteamérica, en el mejor y más importante de todos los pianistas. Cuando, hace doce años, lo visitamos por última vez, llevaba ya diez años sin dar conciertos en público. Entretanto, se había convertido en el más clarividente de todos los bufones. Había alcanzado la cumbre de su arte y era sólo cuestión del plazo más breve que le diera un ataque cerebral. Wertheimer tuvo entonces la misma sensación de que a Glenn sólo le quedaba el tiempo de vida más breve, de que le daría un ataque, me había dicho. Estuvimos dos semanas y media en casa de Glenn, en donde él se había arreglado un *estudio*. Lo mismo que durante el curso con Horowitz en Salzburgo, tocaba el piano más o menos día y noche. Durante años, durante un decenio. He dado treinta y cuatro conciertos en dos años, eso me basta para toda la vida, había dicho Glenn. Wertheimer y yo tocamos con Glenn Brahms, desde las dos de la tarde hasta la una de la madrugada. Glenn había situado tres guardianes alrededor de su casa, que le mantenían a la gente alejada. Al principio no habíamos querido molestarlo quedándonos a dormir ni una sola noche, pero luego nos quedamos dos semanas y media y a Wertheimer y a mí nos resultó otra vez evidente lo acertado que había sido renunciar al virtuosismo pianístico. *Mi querido malogrado*, había saludado Glenn a Wertheimer, con frialdad norteamericanocanadiense, siempre había calificado a Wertheimer de *malogrado*, y a mí siempre,

muy secamente, de *filósofo*, lo que no me importaba. Wertheimer, el *Malogrado*, se malograba siempre para Glenn, se malograba ininterrumpidamente, y yo, para Glenn, tenía siempre en los labios y probablemente con insoportable regularidad, la palabra *filósofo*, de forma que éramos para él, de forma muy natural, el *Malogrado* y el *Filósofo*, pensé al entrar en el mesón. El *Malogrado* y el *Filósofo* habían ido a Norteamérica para volver a ver a Glenn, virtuoso del piano, y con ningún otro fin. Y para pasar cuatro meses y medio en Nueva York. En gran parte, con Glenn. De Europa no sentía ninguna nostalgia, había dicho Glenn enseguida como saludo. Para él, Europa no se planteaba ya. Se había *parapetado* en su casa. Para toda la vida. El deseo de parapetarnos lo habíamos tenido siempre los tres durante toda la vida. Los tres éramos fanáticos natos del parapeto. Glenn, sin embargo, era el que había llevado más lejos su fanatismo del parapeto. En Nueva York vivíamos cerca del Hotel Taft, mejor situación para nuestros fines no había. Glenn se había hecho colocar en una habitación interior del Taft un Steinway, y tocaba allí diariamente de ocho a diez horas, a menudo también de noche. No pasaba día sin tocar el piano. A Wertheimer y a mí nos gustó Nueva York desde el principio. Es la ciudad más hermosa del mundo, y al mismo tiempo tiene el aire más puro, decíamos una y otra vez, en ninguna parte del mundo hemos respirado un aire más puro. Glenn confirmó lo que nosotros sentíamos: Nueva York es la única ciudad del mundo en que un hombre de espíritu respira sin trabas en cuanto la pisa. Cada tres semanas, Glenn venía a vernos, y nos enseñaba los rincones escondidos de Manhattan. El Mozarteum era una mala escuela, pensé al entrar en el mesón, pero por otra parte, precisamente para nosotros, la mejor, porque nos abrió los ojos. Todas las escuelas superiores son malas y aquélla a la que acudimos es siempre la peor, si no nos abre los ojos. Qué profesores más detestables tuvimos que soportar, y maltrataron nuestras cabezas. Exorcistas del arte eran todos, aniquiladores del arte, asesinos de espíritus, verdugos de estudiantes. Horowitz era una excepción, Markewitsch, Vegh, pensé. Pero un Horowitz no basta para hacer una academia de primera clase, pensé. Los chapuceros dominaban en el edificio, que era más famoso que cualquier otro del mundo y lo es aún; si digo que procedo del Mozarteum, a la gente se le saltan los ojos. Wertheimer, como Glenn, era hijo de padres ricos, no sólo acomodados. Yo mismo tampoco tenía ninguna clase de preocupaciones económicas. Siempre es ventajoso tener amigos del mismo ambiente y de la misma situación económica, pensé al entrar en el mesón. Como, en el fondo, no teníamos preocupaciones de dinero, nos fue posible dedicarnos exclusivamente a nuestros estudios, impulsarlos tan radicalmente como era posible, tampoco teníamos nada más en la cabeza, sólo teníamos que apartar continuamente de nuestro camino a los que estorbaban nuestro desarrollo, a nuestros profesores y sus mediocridades y atrocidades. El Mozarteum sigue siendo hoy mundialmente famoso, pero es la peor escuela superior de música imaginable, pensé. Pero si no hubiera ido al Mozarteum, no habría conocido nunca a Wertheimer y a Glenn, pensé, los amigos de toda mi vida. Hoy no puedo decir ya cómo llegué a la música, todos en mi familia eran poco musicales, antiartísticos, nada habían odiado más durante toda su vida que el arte y el espíritu, eso, sin embargo, fue probablemente lo decisivo para mí, enamorarme un día del piano que al principio sólo odiaba y cambiar un viejo Ehrbar familiar por un Steinway realmente maravilloso, para dar una lección a mi odiada familia y seguir el camino que, desde el principio, los había estremecido. No había sido el arte, ni la música, ni el tocar el piano, sino sólo la oposición a los míos, pensé. Había odiado tocar el piano en el Ehrbar, mis padres me lo habían impuesto como a todos los demás de la familia, el Ehrbar había sido su centro artístico y habían llegado en él hasta

las últimas piezas de Brahms y de Reger. A ese centro artístico familiar lo había *odiado* yo, pero al Steinway arrancado por mí a mi padre y hecho venir de París en las circunstancias más horribles lo había *amado*. Tuve que ir al Mozarteum para darles una lección, la verdad es que no tenía absolutamente ninguna concepción de la música y tocar el piano no fue nunca para mí una pasión, pero lo utilicé como medio con el fin de actuar contra mis padres y contra toda mi familia, lo aproveché contra ellos y comencé a *dominarlo* en contra de ellos, de día en día más, de año en año con virtuosismo mayor aún. Fui contra ellos al Mozarteum, pensé en el mesón. Nuestro Ehrbar estaba en la llamada sala de música y era su centro artístico, en el que triunfaban las tardes de los sábados. El Steinway lo evitaron, la gente no venía, el Steinway había acabado con la época del Ehrbar. Desde el día en que empecé a tocar el Steinway, no hubo ya en casa de mis padres ningún centro artístico. El Steinway, pensé de pie en el mesón y mirando a mi alrededor, estaba dirigido contra los míos. Fui al Mozarteum para vengarme de ellos, por ninguna otra razón, para castigarlos por el crimen que habían perpetrado contra mí. Ahora tenían por hijo un artista, un personaje execrable desde su punto de vista. Y abusé del Mozarteum, en contra de ellos, utilicé todos sus medios contra ellos. Si me hubiera hecho cargo de sus fábricas de ladrillos y hubiera tocado toda la vida su viejo Ehrbar, habrían estado contentos, por eso me había separado de ellos mediante el Steinway colocado en la sala de música, que había costado una fortuna y, realmente, había habido que transportar de París a nuestra casa. Al principio, había insistido en el Steinway, luego, como correspondía al Steinway, en el Mozarteum. No toleraba, como hoy tengo que decir, ninguna contradicción. Me había decidido de la noche a la mañana a ser artista y lo exigía todo. Les había ganado por la mano, pensé, mirando a mi alrededor en el mesón. El Steinway era mi baluarte contra ellos, contra su mundo, contra la estupidez familiar y contra la del mundo. Yo no había nacido, como había nacido Glenn y quizá incluso Wertheimer, lo que no puedo decir con toda seguridad, para ser virtuoso del piano, pero sencillamente me obligué a ello, me convencí, me acostumbré, tengo que decir, con la mayor brutalidad hacia ellos. Con el Steinway me fue posible de pronto actuar contra ellos. Por desesperación contra ellos me había convertido en artista, que había sido lo más fácil, en virtuoso del piano, a ser posible enseguida en virtuoso mundial del piano, el odiado Ehrbar de nuestra sala de música me había dado la idea y desarrollé esa idea provechosamente, como arma contra ellos, hasta la más alta y más altísima perfección. Pero en el caso de Glenn no ocurrió de otro modo, y tampoco en el de Wertheimer, que sólo estudió arte y, por consiguiente, música para herir a su padre, como me consta, pensé en el mesón. Que yo estudie piano es una catástrofe para mi padre, me dijo Wertheimer. Glenn lo decía más radicalmente: me odian a mí y a mi piano. Si hablo de Bach, están a punto de vomitar, decía Glenn. Cuando era ya mundialmente famoso, sus padres seguían irreconciliables. Pero mientras él fue consecuente y, en fin de cuentas aunque no hasta dos o tres años antes de su muerte, pudo convencerlos de su genio, Wertheimer y yo les habíamos dado la razón a nuestros padres, al fracasar en nuestro virtuosismo, y fracasamos ya muy pronto, *de la forma más vergonzosa*, como tuve que oír a menudo de mi padre. Pero a mí la circunstancia de mi fracaso como virtuoso del piano no me oprimía tanto como le oprimía a Wertheimer, que durante toda su vida, hasta el final, sufrió por haber renunciado, por haberse entregado a las ciencias del espíritu, de las que hasta el final no supo qué eran realmente, lo mismo que hasta hoy no sé qué es lo filosófico, la filosofía en general. Glenn es el triunfador, nosotros somos los fracasados, pensé en el mesón. Glenn terminó su existencia en el único momento acertado, pensé. Y no la extinguió por sí mismo, es decir, por su

propia mano, como Wertheimer, que no tenía otra elección y que tuvo que ahorcarse, pensé. Lo mismo que el final de Glenn había podido preverse desde hacía tiempo, también el final de Wertheimer pudo preverse desde hacía tiempo, pensé. Glenn sufrió al parecer un ataque en mitad de las variaciones Goldberg. Wertheimer no soportó la muerte de Glenn. Se avergonzaba después de la muerte de Glenn de seguir con vida, de haber, por decirlo así, sobrevivido al genio, eso lo atormentó todo el último año, como me consta. Dos días después de haber leído en el periódico que Glenn había muerto, recibimos telegramas del padre de Glenn en los que nos comunicaba la muerte de su hijo. Apenas se sentaba Glenn al piano, se encogía sobre sí mismo, pensé, parecía un animal, mirándolo mejor, un inválido, pero mirándolo mejor aún, la persona inteligente y hermosa que siempre fue. De su abuela materna aprendió él, Glenn, el alemán, que, como ya he señalado, hablaba de corrido. Avergonzaba con su pronunciación a todos nuestros compañeros de estudios alemanes y austríacos, que hablaban un alemán totalmente desastrado y que hablan ese alemán totalmente desastrado durante toda su vida, porque no tienen sensibilidad para su idioma. ¡Pero cómo puede un artista no tener sensibilidad para su idioma materno!, decía Glenn a menudo. Llevaba año tras año pantalones iguales, aunque no los mismos, sus andares eran ágiles, mi padre hubiera dicho: señoriales. Le gustaban las definiciones claras y odiaba lo impreciso. Una palabra favorita suya era la palabra *autodisciplina*, la pronunciaba una y otra vez, también durante las lecciones con Horowitz, como recuerdo. Lo que más le gustaba era andar todavía por las calles poco después de medianoche o, en cualquier caso, salir de casa, eso lo había observado ya en Leopoldskron. Tenemos que proporcionarnos continuamente aire puro, decía, si no, no podremos avanzar, nos veremos paralizados en nuestro propósito de alcanzar lo más alto. Era el hombre más despiadado hacia sí mismo. No se permitía ninguna imprecisión. Sólo a partir del pensamiento desarrollaba su discurso. Aborrecía a los hombres que decían lo que no habían pensado hasta el fin, es decir, aborrecía a casi toda la humanidad. Y de esa humanidad aborrecida se apartó finalmente hace ya más de veinte años. Era el único virtuoso del piano de importancia mundial que aborrecía a su público y que, real y definitivamente, se apartó de ese público aborrecido. No lo necesitaba. Se compró la casa del bosque y se instaló en esa casa y se perfeccionó. Él y Bach vivieron en esa casa de Norteamérica hasta su muerte. Era un fanático del orden. Todo era orden en su casa. Cuando entré en ella por primera vez con Wertheimer, no pensé más que en su propio concepto de la *autodisciplina*. Después de haber entrado nosotros en su casa, no nos preguntó, por ejemplo, si teníamos sed, sino que se sentó al Steinway y nos tocó la parte de las variaciones Goldberg que nos había tocado en Leopoldskron un día antes de su marcha al Canadá. Su forma de tocar era ahora tan perfecta como entonces. En ese instante me resultó evidente que nadie más que él tocaba así en el mundo entero. Se encogió sobre sí mismo y comenzó. Tocaba de abajo arriba, por decirlo así, y no, como todos los demás, de arriba abajo. Ése era su secreto. Durante años me había torturado yo con el pensamiento de si sería acertado visitarlo en Norteamérica. Un pensamiento lastimoso. Wertheimer no quería al principio, y en definitiva tuve que convencerlo. La hermana de Wertheimer estaba en contra de que su hermano visitara al mundialmente famoso y para él, como ella opinaba, peligroso Glenn Gould. Wertheimer, sin embargo, se impuso finalmente a su hermana y fue conmigo a Norteamérica y a ver a Glenn. Una y otra vez me había dicho yo que era la última posibilidad de ver a Glenn. Realmente esperaba su muerte y había querido verlo sin falta otra vez, oírlo tocar, pensé, mientras estaba de pie en el mesón, respirando el mal olor del mesón, que conocía de antes. Conocía Wankham. Siempre me había alojado en

Wankham en aquel mesón, cuando visitaba a Wertheimer, porque en casa de Wertheimer no podía pasar la noche, él no soportaba huéspedes que pasaran la noche. Miré a mi alrededor buscando a la patrona, pero no se oía nada. Wertheimer odiaba a los huéspedes que pasaban la noche, los aborrecía. A los huéspedes en general, daba igual quienes fueran, los recibía y, apenas estaban allí, volvía a acompañarlos a la puerta, no es que me hubiera acompañado a mí también enseguida a la puerta, para eso era yo demasiado amigo suyo, pero al cabo de unas horas prefería que yo desapareciera en lugar de quedarme y pasar la noche. Nunca pasé la noche en su casa, no se me hubiera ocurrido nunca, pensé, buscando con la vista a la patrona. Glenn era un hombre de la gran ciudad, como, por lo demás, también yo, como Wertheimer, en el fondo nos gustaba todo lo de la gran ciudad y odiábamos el campo, que sin embargo (como también, por lo demás, la gran ciudad, a su modo) aprovechábamos al máximo. Wertheimer y Glenn fueron en definitiva al campo a causa de sus pulmones enfermos, Wertheimer todavía más a disgusto que Glenn, Glenn, en última instancia, porque en definitiva no podía soportar ya a la humanidad entera, Wertheimer a causa de sus continuos ataques de tos en la ciudad y porque su internista le dijo que, en la gran ciudad, no tenía posibilidades de sobrevivir. Wertheimer, durante más de dos decenios, encontró refugio en casa de su hermana en el Kohlmarkt, en una de las viviendas mayores y más lujosas de Viena. Pero en definitiva su hermana se casó con lo que se llama un gran industrial suizo y se fue a casa de su esposo a Zizers, junto a Chur. Precisamente en Suiza y precisamente con el propietario de un consorcio de productos químicos, como se expresó Wertheimer, hablando conmigo. Un enlace catastrófico. Ella me dejó en la estacada, se lamentaba Wertheimer una y otra vez. En aquella vivienda, de pronto vacía, estuvo los primeros tiempos como paralizado, después de la partida de su hermana permanecía días enteros sin moverse de un sillón, corría luego como loco por las habitaciones, una y otra vez de un lado a otro, y finalmente se retiró al pabellón de caza paterno, en Traich. Al fin y al cabo, después de la muerte de sus padres vivió veinte años con su hermana y tiranizó a esa hermana, como me consta, durante años hizo imposible que ella tuviera contacto con hombres y, en general, con seres humanos, la protegió, la encadenó a sí mismo, por decirlo así. Pero ella se evadió y lo abandonó con sus muebles viejos y desvencijados, que habían heredado juntos. Cómo ha podido hacerme esto, me dijo, pensé. Yo lo he hecho todo por ella, me he sacrificado por ella y ella me abandona, me deja sencillamente, corre a Suiza tras ese tipo nuevo rico, ese personaje espantoso, dijo Wertheimer, pensé en el mesón. Precisamente a Chur, a esa horrible comarca, en donde el hedor del Catolicismo llega realmente hasta el cielo. Zizers, ¡qué nombre más horroroso para un pueblo!, exclamó, y me preguntó si había estado alguna vez en Zizers y yo recordé que, de camino a Sankt Moritz, había pasado varias veces por Zizers, pensé. Estupidez, conventos y consorcios de productos químicos, y nada más, dijo. Se atrevió a hacer varias veces la afirmación de que había renunciado a su virtuosismo pianístico a causa de su hermana, *por ella terminé*, sacrificué mi carrera, dijo, sacrificué todo lo que había sido todo para mí. Así trataba de salir de su desesperación mintiéndose, pensé. La vivienda del Kohlmarkt tenía tres pisos y estaba abarrotada de todas las obras de arte imaginables, lo que me impresionaba siempre que visitaba a mi amigo. Él mismo afirmaba odiar esas obras de arte, las había acumulado su hermana, él las odiaba, no le importaban lo más mínimo, culpaba en general de toda su infelicidad a su hermana, que lo había dejado en la estacada por un suizo megalómano. Una vez me dijo en serio que se había imaginado envejecer con su hermana en aquella vivienda del Kohlmarkt, *me haré viejo con ella, en estas habitaciones*, me dijo una vez. Todo fue de otra

forma, su hermana se le desmandó, le volvió la espalda, posiblemente en el último momento, pensé. Hasta meses después de haberse casado su hermana no volvió a salir él a la calle, no se convirtió otra vez, por decirlo así, de sedentario en caminante. En sus mejores tiempos, iba del Kohlmarkt al Distrito XX y desde éste al XXI y volvía al I a través de Leopoldstadt, y caminaba luego aún de un lado a otro por el I, durante horas, hasta no poder más. En el campo se sentía como paralizado. Allí daba apenas algunos pasos por el bosque. El campo me fastidia, decía una y otra vez. Glenn tiene razón cuando me llama siempre *caminante del asfalto*, dijo Wertheimer, *sólo camino por el asfalto, por el campo no camino, me aburre infinitamente y me quedo en mi choza*. Calificaba de choza el pabellón de caza heredado de sus padres, que tenía catorce habitaciones. La realidad es que, en ese pabellón de caza, se vestía de madrugada como si se propusiera caminar cincuenta o sesenta kilómetros, con zapatos altos de cordones, traje grueso de *loden* y una gorra de fieltro en la cabeza. Pero sólo salía afuera para comprobar que no tenía ninguna gana de caminar y volvía a desvestirse y se sentaba en la habitación de abajo, mirando fijamente la pared de enfrente. El internista dice que en la ciudad no tengo ninguna probabilidad, decía, pero es aquí donde no tengo absolutamente ninguna probabilidad. Odio el campo. Por otra parte, estoy dispuesto a seguir las órdenes del internista, para no tener que hacerme reproches. Pero andar y, en general, andar por el campo no puedo hacerlo. Para mí es lo más absurdo y no cometeré ese absurdo, el crimen de esa locura no lo cometeré. Regularmente me visto, decía, y salgo de casa y me doy la vuelta y me desvisto otra vez, da igual en qué época del año, siempre es igual. Por lo menos nadie observa mi locura, decía, pensé en el mesón. Lo mismo que Glenn, tampoco Wertheimer toleraba a nadie a su alrededor. Por eso, con el tiempo, se volvió insoportable. Pero tampoco yo, pensé de pie en el mesón, sería capaz de vivir en el campo, y la verdad es que por eso vivo en Madrid y no pienso marcharme de Madrid, de esa ciudad, la más maravillosa de todas las ciudades, en la que tengo todo lo que el mundo puede ofrecer. Quien vive en el campo se entontece con el tiempo, sin darse cuenta, durante algún tiempo cree que eso es algo original y beneficioso para su salud, pero vivir en el campo no es en absoluto original sino una insulsez para cualquiera que no haya nacido en el campo y para el campo, y sólo le resulta perjudicial para la salud. Las personas que van al campo se extinguen en el campo y llevan una existencia por lo menos grotesca, que los conduce primero al entontecimiento y luego a una muerte ridícula. Recomendar a un hombre de la gran ciudad que vaya al campo para sobrevivir es una vileza internista, pensé. Todos esos ejemplos de personas que fueron de la gran ciudad al campo, para vivir allí más tiempo y mejor, son sólo ejemplos horribles, pensé. Pero la verdad es que, en definitiva, Wertheimer no fue sólo víctima de su internista, sino más aún víctima de su convicción de que su hermana sólo existía para él. Realmente dijo muchas veces que su hermana había nacido para él, para quedarse a su lado, por decirlo así para protegerlo. ¡Nadie me ha decepcionado tanto como mi hermana!, exclamó una vez, pensé. Se acostumbró mortalmente a su hermana, pensé. El día en que su hermana lo dejó, juró odiarla eternamente y corrió todas las cortinas de la vivienda del Kohlmarkt, para no volver a abrirlas. Después de todo, pudo mantener quince días su propósito, y al decimoquinto día volvió a abrir las cortinas de la vivienda del Kohlmarkt y se precipitó como un loco a la calle, hambriento de comida y seres humanos. Sin embargo, el Malogrado se derrumbó ya en el Graben, como me consta. Sólo a la suerte de que un pariente pasara precisamente por allí tiene que agradecer que lo llevaran otra vez enseguida a su vivienda, pensé, porque de otro modo probablemente lo hubieran internado en el manicomio de Steinhof, ya

que su aspecto era de demente. No era Glenn el más difícil de nosotros, lo era Wertheimer. Glenn era fuerte, Wertheimer era el más débil de nosotros. Glenn no estaba loco, como una y otra vez se ha afirmado y se afirma, sino que lo estaba Wertheimer, como afirmo yo. Durante veinte años pudo atar a sí a su hermana, con miles, con cientos de miles de ataduras, y entonces ella se le escapó y, según creo, hasta hizo un buen casamiento, como suele decirse. Aquella hermana rica por naturaleza se casó con un suizo *inmensamente* rico. No podía oír ya la palabra hermana ni la palabra Chur, según Wertheimer cuando lo vi por última vez. Ni siquiera una carta me escribió, decía, pensé en el mesón, mirando a mi alrededor. Ella se había escapado de él en secreto y lo había dejado todo en la vivienda tal y como estaba, no se había llevado absolutamente nada, decía él una y otra vez. Aunque me había prometido que no me dejaría, jamás, según él, pensé. Y por añadidura mi hermana es la *convertida*, cómo se expresaba él, profundamente católica, católica sin remisión, decía. Pero así son esas personas profundamente religiosas, profundamente católicas, convertidas, decía, no retroceden ante nada y ni siquiera ante los mayores crímenes, abandonan a su propio hermano y se arrojan en brazos de cualquier ser vestido de mezclilla de seda que se presenta y que, casualmente y por su falta de escrúpulos, ha hecho dinero, según dijo en mi última visita, pensé. Lo veo ante mí, oigo muy bien lo que dice, con aquellas frases entrecortadas que siempre utilizaba y que tan bien le iban. *Nuestro Malogrado es un fanático*, dijo Glenn una vez, *se muere casi ininterrumpidamente de lástima de sí mismo*, todavía veo a Glenn, cómo lo dice, oigo cómo lo dice, fue en el Monchsberg, en el llamado Alto de los jueces, donde estuve muy a menudo con Glenn pero no con Wertheimer, cuando Wertheimer, por alguna razón, quería estar solo, sin nosotros, muy a menudo por sentirse ofendido. De *El Mortificado* lo calificaba yo una y otra vez. Después de la marcha de su hermana, solía retirarse, con intervalos cada vez más breves, a Traich, porque Traich me resulta odioso, según él. En la vivienda del Kohlmarkt se acumulaba el polvo, porque en su ausencia no dejaba entrar a nadie. En Traich se quedaba a veces días enteros en casa, sólo se hacía traer una jarra de leche por su trabajador forestal, mantequilla, pan, algún pedazo de carne ahumada. Y leía a sus filósofos, Schopenhauer, Kant, Spinoza. También en Traich, durante casi todo el tiempo que estaba allí, tenía corridas las cortinas. Una vez pensé, me compraré otra vez un Bösendorfer, decía, pero luego renuncié otra vez a esa idea, la verdad es que sería una locura. Por lo demás, desde hace quince años no me he acercado a un piano, decía, pensé en el mesón, indeciso sobre si debía llamar o no. Fue el mayor de los errores creer que yo podía ser artista, llevar una existencia de artista. Pero tampoco hubiera podido refugiarme enseguida en las ciencias del espíritu, tuve que dar ese rodeo por el arte, decía. ¿Crees que me habría convertido en un gran virtuoso del piano?, me preguntó, sin esperar como es natural ninguna respuesta de mí, y soltó, riéndose, un horrible *jamás*. Tú sí, dijo, pero yo no. Tú tenías madera, dijo, eso lo veía efectivamente, unos compases tuyos y me resultó claro, tú sí, pero yo no. Y en el caso de Glenn resultaba claro de antemano que es un genio. Nuestro genio norteamericanocanadiense. Cada uno de nosotros fracasó por una razón opuesta decía Wertheimer, pensé. Yo no tenía nada que demostrar, sólo todo que perder, decía, pensé. Nuestras fortunas fueron probablemente nuestra desgracia, decía, pero enseguida: a Glenn no lo mató su fortuna, sino que le permitió convertirse en genio. Sí, si no hubiéramos encontrado a Glenn, decía Wertheimer. Si el nombre de Horowitz no hubiera significado nada para nosotros. ¡Si no hubiéramos ido siquiera a Salzburgo!, decía. En esa ciudad nos buscamos la muerte, al estudiar con Horowitz y conocer a Glenn Gould. Nuestro amigo significó nuestra muerte. La verdad es que

éramos mejores que todos los demás que estudiaban con Horowitz, pero Glenn era mejor que el propio Horowitz, decía Wertheimer, todavía le oigo, pensé. Por otra parte, decía, nosotros vivimos aún, y él no. Tantas personas habían muerto hasta entonces en su entorno, tantos parientes, amigos, conocidos, ninguna de esas muertes le había conmovido lo más mínimo, y sin embargo la muerte de Glenn le había afectado *mortalmente*, pronunció *mortalmente* con monstruosa precisión. La verdad es que no hace falta que convivamos con una persona para estar más unidos a ella que a cualquier otra, dijo. La muerte de Glenn le había afectado *profundísimamente*, pensé, de pie en el mesón. Aunque esa muerte podía preverse más que cualquier otra, era algo lógico, según él. A pesar de todo, no lo comprendemos, lo entendemos pero no lo comprendemos. Glenn había sentido la mayor predilección por la palabra y el concepto de Malgrado, me acuerdo muy bien, se le ocurrió el Malgrado en la Sigmund Haffnergasse. Sólo vemos, cuando miramos a los hombres, mutilados, nos dijo Glenn una vez, exterior o interiormente, o interior y exteriormente mutilados, no hay otros, pensé. Cuanto más miramos a un hombre tanto más mutilado nos parece, porque está tan mutilado que no queremos reconocerlo, como es sin embargo el caso. El mundo está lleno de mutilados. Vamos por la calle y sólo encontramos mutilados. Invitamos a un hombre y tenemos en casa un mutilado, según Glenn, pensé. Realmente yo mismo he hecho una y otra vez esa observación y sólo he podido darle la razón a Glenn. Wertheimer, Glenn, yo, todos mutilados, pensé. ¡Amistad, artistas! pensé, ¡Dios santo, qué locura! ¡Yo soy el superviviente! Ahora estoy solo, pensé, porque, si digo la verdad, sólo hubo dos hombres en mi vida que significaron para mí esa vida: Glenn y Wertheimer. Ahora Glenn y Wertheimer están muertos y tengo que sobreponerme a ese hecho. El mesón me daba una impresión de degeneración, como en todos los mesones de esta comarca, todo en él era sucio y el aire, como suele decirse, se podía cortar. La asquerosidad reinaba por todas partes. Hubiera podido llamar hacía tiempo a la patrona, a la que conocía, pero no la llamé. Al parecer, Wertheimer durmió varias veces con la patrona, naturalmente en el mesón de ella, no en el pabellón de caza de él, según cuentan, pensé. En el fondo, Glenn sólo había tocado las *Variaciones Goldberg* y el *Arte de la Fuga*, incluso cuando tocaba algo distinto, por ejemplo Brahms o Mozart, Schonberg o Webern, del que tenía la más alta opinión, aunque ponía a Schonberg por encima de Webern, y no a la inversa, como se quiere creer, Wertheimer invitó a Glenn varias veces a Traich, pero Glenn no volvió nunca más a Europa después de su concierto en los Festivales de Salzburgo. Tampoco manteníamos correspondencia, porque las cartas que en esos muchos años nos enviamos no se pueden calificar de correspondencia. Glenn nos enviaba regularmente sus discos y nosotros le dábamos las gracias, eso era todo. En el fondo, nos unía la falta total de sentimentalismo de nuestra amistad, la verdad es que tampoco Wertheimer tenía nada de sentimental, aunque a menudo pareciera lo contrario. Cuando se lamentaba, no era sentimentalismo, sino premeditación, cálculo. La idea de, después de la muerte de Wertheimer, querer ver otra vez su pabellón de caza me pareció de repente absurda, y me llevé las manos a la cabeza, sin hacerlo realmente. Sin embargo, mi forma de actuar no tiene nada de sentimental, pensé, mirando a mi alrededor en el mesón. Al principio sólo había querido visitar la vivienda del Kohlmarkt de Viena, pero luego me decidí a ir primero a Traich, para inspeccionar otra vez el pabellón de caza en el que Wertheimer pasó los dos últimos años, en las más horribles circunstancias, como me consta. Después del casamiento de su hermana, él había aguantado en Viena tres meses más, sólo con esfuerzo, y había vagado por la ciudad, como puedo imaginarme, en medio de continuas maldiciones contra su hermana, hasta el momento en que, sencillamente,

tuvo que marcharse de Viena para esconderse en Traich. Su última postal a Madrid me había espantado. Su escritura era la escritura de un anciano, no se podía pasar por alto en aquella postal, que comunicaba cosas inconexas, signos de locura. Pero yo no había tenido la intención de ir a Austria, estaba demasiado intensamente ocupado en mi piso de la calle del Prado con mi trabajo *Sobre Glenn Gould*, ese trabajo no lo hubiera interrumpido por ningún concepto, porque de otro modo lo hubiera perdido, cosa que no quería arriesgar, de forma que no respondí ya a Wertheimer su postal, que me pareció inmediatamente sospechosa mientras la leía. Wertheimer había tenido la idea de ir en avión a los Estados Unidos para el entierro de Glenn, sin embargo yo me había negado, y él solo no lo hizo. Hasta tres días después de haberse ahorcado Wertheimer no me di cuenta de que él, como Glenn, había llegado a los cincuenta y un años. Cuando hemos sobrepasado los cincuenta, nos parecemos viles y faltos de carácter, pensé, la cuestión es saber cuánto tiempo aguantaremos ese estado. Muchos se matan a los cincuenta y un años, pensé. Muchos a los cincuenta y dos, pero más a los cincuenta y uno. Da igual que se maten a los cincuenta y uno o que a los cincuenta y uno mueran, como suele decirse, de muerte natural, igual que mueran como Glenn o que mueran como Wertheimer. La causa es, muy a menudo, la vergüenza de haber sobrepasado un límite que siente la persona de cincuenta años cuando ha vivido su quincuagésimo año. Porque cincuenta años bastan absolutamente, pensé. Nos volvemos viles cuando sobrepasamos los cincuenta y seguimos viviendo, seguimos existiendo. Somos cobardes que han sobrepasado el límite, pensé, y que se han vuelto doblemente lastimosos cuando han vivido ya su quincuagésimo año. Ahora soy yo el desvergonzado, pensé. Envidiaba a los muertos. Por un momento los odié a causa de su superioridad. Consideré un error el hecho de haber ido a Traich por curiosidad, por la más fútil de todas las razones, de pie en el mesón, detestando el mesón, me detestaba a mí mismo de la forma más profunda. Y quién sabe, pensé, si habrá alguien siquiera que me deje entrar en el pabellón de caza, porque indudablemente los nuevos propietarios estarán en él desde hace tiempo y no recibirán a nadie, y mucho menos a mí, que siempre les he resultado odioso, como me consta, porque la verdad es que Wertheimer me había pintado siempre ante sus parientes de tal modo, que tenía que suponer que me odiaban tanto como a él y que me consideraban ahora, probablemente con razón, el más inoportuno de los intrusos, pensé. Hubiera debido volver a Madrid en avión y no emprender aquel viaje a Traich, totalmente superfluo, pensé. Me he metido en una situación desvergonzada, pensé. De repente sentí como un saqueo de cadáveres lo que me proponía, a saber, inspeccionar el pabellón de caza, entrar en todas las habitaciones del pabellón de caza, no omitir absolutamente nada y hacerme una idea al respecto. Soy un ser horrible, pensé, repulsivo, repugnante, mientras quería llamar a la patrona, pero sin llamarla en el último momento, de repente tuve miedo de que apareciera demasiado pronto, es decir, demasiado pronto para mis fines, y me cortara el hilo de los pensamientos, me aniquilara lo pensado aquí de repente, aquellas divagaciones sobre Glenn y Wertheimer que de repente me permitía. Realmente había tenido la intención y la tengo ahora todavía de inspeccionar quizá los escritos dejados por Wertheimer. Wertheimer hablaba a menudo de escritos que había redactado con el paso del tiempo. Insensateces, según él, pero Wertheimer era también orgulloso, lo que me hacía suponer que, en el caso de esas insensateces, se trataba de algo valioso, en cualquier caso de pensamientos de Wertheimer que merecían ser conservados, reunidos, salvados, ordenados, pensé, viendo ya todo un montón de cuadernos (y papeles) de contenido más o menos matemático-filosófico. Pero los herederos no soltarán esos cuadernos (y papeles), todos esos escritos (y papeles), pensé. No me

dejarán entrar siquiera en el pabellón de caza. Me preguntarán quién soy, y cuando diga quién soy me darán con la puerta en las narices. Mi reputación es tan nefasta, que volverán a cerrar enseguida sus puertas y a echar el cerrojo, pensé. Aquella idea demencial de visitar el pabellón de caza la había tenido ya en Madrid. La verdad es que, posiblemente, Wertheimer no habló a nadie más que a mí de sus escritos (y papeles), pensé, y los escondió en alguna parte, de forma que le debo el descubrir y conservar esos cuadernos (y papeles), en las condiciones que sea. De Glenn, realmente, no se conservó nada, Glenn no tomaba ninguna clase de notas, pensé, pero Wertheimer, por el contrario, escribió ininterrumpidamente, durante años, durante decenios. Especialmente sobre Glenn encontraré alguna cosa interesante, pensé, en cualquier caso, una y otra vez, sobre nosotros tres, sobre la época de nuestros estudios, sobre nuestro profesor, sobre nuestro desarrollo y sobre todo el desarrollo mundial, pensé de pie en el mesón y mirando por la ventana de la cocina, tras la cual, sin embargo, no se podía ver nada, porque los cristales de la ventana estaban negros de suciedad. En esa cocina sucia se cocina, pensé, de esa cocina sucia sale la comida para los huéspedes de la sala, pensé. Los mesones austríacos están todos sucios y son asquerosos, pensé, difícilmente se consigue en uno de esos mesones un mantel limpio en la mesa, por no hablar de una servilleta de tela, lo que en Suiza, por ejemplo, es algo lógico. Hasta en el más pequeño mesón de Suiza todo es limpio y apetitoso, pero incluso en nuestros hoteles austríacos todo es sucio y asqueroso. ¡Y sobre todo en las habitaciones!, pensé. A menudo planchan por encima otra vez las sábanas ya utilizadas, para el huésped siguiente, y no es raro que en los lavabos queden todavía los mechones de pelo del último. Siempre me han dado asco los mesones austríacos, pensé. Los platos no están limpios y, mirándolos bien, los cubiertos están casi siempre sucios. Pero Wertheimer iba a comer muy a menudo a ese mesón, por lo menos una vez al día quiero ver gente, decía, aunque sólo sea a esa patrona degenerada, desastrada y sucia. Así salgo de una jaula para entrar en otra, según dijo Wertheimer una vez, de la vivienda del Kohlmarkt a Traich y vuelta otra vez, dijo, pensé. De la catastrófica jaula de la gran ciudad a la catastrófica jaula del bosque. Unas veces me escondo aquí y otras allá, unas veces en la perversión del Kohlmarkt, y otras en la perversión del bosque, en el campo. Salgo de una para meterme en la otra. Durante toda la vida. Pero ese proceso se ha convertido para mí en costumbre de tal manera, que no puedo imaginarme ya otro, dijo. Glenn se encerró en su jaula norteamericana, yo en mi jaula de la Alta Austria, dijo Wertheimer, pensé. El con su megalomanía, yo con mi desesperación. Los tres con nuestra desesperación, decía, pensé. Le hablé a Glenn de nuestro pabellón de caza, decía Wertheimer, y estoy convencido de que eso fue lo que hizo que él mismo se construyera su casa en el bosque, *su estudio, su máquina de desesperación*, dijo una vez Wertheimer, pensé. Semejante locura, arreglarme una casa con un estudio para música, en medio del bosque y protegida de todos los hombres, a kilómetros de distancia de todo, sólo la comete un loco, un demente, según Wertheimer. Yo no necesitaba siquiera construirme mi estudio de desesperación, lo tenía ya en Traich. Lo heredé de mi padre, que aguantó aquí solo durante años, menos mimado que yo, menos quejumbroso que yo, menos lastimoso que yo, menos ridículo que yo, según Wertheimer una vez. Tenemos una hermana que es ideal para nosotros, y nos deja en el peor momento, de una forma totalmente carente de escrúpulos, decía Wertheimer. Se va a Suiza, en la que todo está degenerado, Suiza es el país con menos carácter de Europa, decía, en Suiza he tenido siempre la sensación de estar en un burdel, decía. Todo emputecido, tanto en las ciudades como en el campo, decía. Sankt Moritz, Saas Fee, Gstaad, todo casas públicas, por no hablar de

Zurich, Basilea, burdeles mundiales, dijo Wertheimer varias veces, burdeles mundiales, nada más que burdeles mundiales. ¡Ésa sombría ciudad de Chur, en la que, todavía hoy, el Arzobispo da los buenos días y las buenas noches! ¡Allí se va mi hermana, huyendo de mí, su cruel hermano, el aniquilador de su vida y de su existencia! decía Wertheimer, pensé. ¡A Zizers, donde el hedor del Catolicismo llega hasta el cielo! La muerte de Glenn me afecta en lo más hondo, le oía decir ahora otra vez con claridad, mientras estaba de pie en la sala del mesón, todavía en el mismo sitio, entretanto sólo había puesto mi bolsa en el suelo. Wertheimer tuvo que matarse, me dije, no tenía ya futuro. Había vivido hasta el final, había existido por completo. Era muy propio de él el haber dormido con la patrona en casa de ella, pensé, y miré al techo de la sala, suponiendo que los dos se habrían unido precisamente sobre aquella sala, en la cama de la patrona. El superesteta en una cama sucia, pensé. El sensibilista, que continuamente creía poder vivir sólo con Schopenhauer, Kant y Spinoza, a intervalos mayores o menores, con la patrona de Wankham bajo un áspero edredón de plumas de gallina. Al principio había tenido que soltar la carcajada, pero luego me dio asco. Tampoco había oído nadie mi carcajada. La patrona seguía estando invisible. El salón se volvía cada vez más sucio mientras lo observaba, el mesón entero más irrazonable. Pero no tenía otra opción, sólo había y hay ese mesón en la comarca. Glenn, pensé, no tocó nunca a Chopin. Rechazó todas las invitaciones, los más altos honorarios. Convencía siempre a todos de que era un ser infeliz, pero era *el más feliz, el más afortunado. Música/obsesión/sed de gloria/Glenn*, había anotado yo una vez, en mi primer cuaderno madrileño. Esas gentes de la Puerta del Sol, que le describí a Glenn en una carta en mil novecientos sesenta y tres, después de haber descubierto *Lhardy*. Descripción de una corrida de toros, reflexiones en el parque del Retiro, pensé, de las que Glenn nunca me acusó recibo. Wertheimer invitó a Glenn con frecuencia a ir a Traich, que le gustaría el pabellón de caza, pensó Wertheimer, pero Glenn no aceptó nunca, ni siquiera Wertheimer era un hombre de pabellón de caza, pero mucho menos Glenn Gould. Horowitz no era un matemático como lo era Glenn Gould. *Era*. Decimos *es*, y de repente, *era*, ese horrible *era*, pensé. Wertheimer me interrumpía cuando, por ejemplo, me enfrentaba con Schonberg, Glenn jamás. No soportaba que otro supiera más que él, no aguantaba que uno explicara lo que él no podía saber. Vergüenza de no saber, pensé, de pie en el mesón, esperando a la patrona. Por otra parte, Wertheimer era el lector, no Glenn, no yo, yo no leía mucho y, cuando leía, siempre lo mismo, los mismos libros de los mismos escritores, los mismos filósofos una y otra vez, como si fueran siempre totalmente distintos. Yo tenía muy desarrollado, hasta un grado alto, fantásticamente alto, el arte de asimilar lo mismo, una y otra vez, como algo totalmente distinto, ni Wertheimer ni Glenn tenían esa ventaja. Glenn no leía casi nada, aborrecía la literatura, lo que era muy propio de él. Sólo lo que sirve a mi verdadero fin, dijo una vez, a mi arte. De Bach lo tenía todo en la cabeza, e igualmente de Handel, mucho de Mozart, todo también de Bartók, y podía sentarse a *interpretar* durante horas, según su propio calificativo, de forma impecable, naturalmente, *glennialmente*, como lo expresaba Wertheimer. En el fondo, ya en el primer instante de mi encuentro con Glenn en el Monchsberg me resultó claro que se trataba del hombre más extraordinario que había encontrado jamás en mi vida. El fisonomista que hay en mí no se equivocó. Y luego, años después, por decirlo así la confirmación del mundo, que sin embargo me resultó penosa, como todas las confirmaciones de los periódicos. Somos, no tenemos otra opción, según Glenn una vez. Una insensatez total, que soportamos, también él, pensé, y también la muerte de Wertheimer se había podido prever, pensé. Curiosamente, sin embargo, Wertheimer decía una y

otra vez que *yo* me mataría, que me ahorcaría en el bosque, *en tu querido parque del Retiro*, dijo una vez, pensé. El que me hubiera escapado y me hubiera ido a Madrid, sin decir palabra a nadie y dejándolo todo en Austria, no me lo perdonaba. Se había acostumbrado a que fuera con él por Viena, durante años, durante un decenio, en cualquier caso por *sus* caminos y no por los míos, pensé. Siempre andaba más deprisa que yo, y sólo con esfuerzo podía seguirlo, aunque era *él* el enfermo, no yo, precisamente porque era *él* el enfermo iba siempre delante, pensé, ya desde el principio me había dejado siempre atrás. *El Malogrado* es un hallazgo genial de Glenn Gould, pensé. Glenn, ya desde el primer momento, *caló* a Wertheimer, a todas las personas que veía por primera vez, *las calaba por completo* enseguida. Wertheimer se levantaba a las cinco de la mañana, yo a las cinco y media, mientras que Glenn no se levantaba nunca hasta las nueve y media, porque se había acostado hacia las cuatro de la mañana, no para dormir, según Glenn, *para hacer que el agotamiento se fuera extinguiendo*. Matarme, pensé, después de que Glenn está muerto y Wertheimer se ha matado, mientras miraba a mi alrededor en el mesón. La humedad de los mesones austríacos la temió también siempre Glenn, tenía miedo de buscarse la muerte en esos mesones austríacos, que están siempre mal ventilados o que no lo están en absoluto. Realmente, muchos se buscan la muerte en nuestros mesones, los patronos no abren las ventanas, ni siquiera en verano, de forma que la humedad puede fijarse a los muros para siempre. Y esa nueva falta de gusto que se extiende por todas partes, pensé, la proletarización total hasta de nuestros mesones más bellos, pensé, sigue avanzando. Ninguna palabra se me ha vuelto más repugnante que la palabra *Socialismo*, cuando pienso en lo que se ha hecho con ese concepto. Por todas partes ese abyecto Socialismo de nuestros abyectos socialistas, que explotan el Socialismo en contra del pueblo y, con el tiempo, lo han hecho tan vil cómo ellos mismos. Por todas partes, a dondequiera que miremos, se puede ver, sentir, ese Socialismo vil y mortal, lo ha impregnado todo. Las habitaciones de este mesón las conozco, pensé, y producen la muerte. El pensamiento de que, sólo con el fin de ver otra vez el pabellón de caza, hubiera venido a Wankham me pareció en aquel momento infame. Por otra parte, me dije enseguida otra vez, le debo eso a Wertheimer, dije exactamente esa frase para mis adentros, le debo eso a Wertheimer, dije en voz alta para mí. Una mentira tras otra. La curiosidad, que ha sido siempre mi característica más destacada, se había apoderado de mí por completo. Posiblemente los herederos habrán vaciado ya totalmente el pabellón de caza, pensé, lo habrán cambiado ya por completo, los herederos actúan a menudo rápidamente con una falta de escrúpulos que no nos imaginamos. Vacían la casa a menudo horas sólo después de la muerte del causante, como suele decirse, lo sacan todo y no dejan que nadie se acerque siquiera. Nadie presentaba a sus parientes bajo una luz más espantosa que Wertheimer, *los ponía por los suelos*. Odiaba a padre, madre, a su hermana, les echaba a todos ellos la culpa de su infelicidad. Les reprochaba ininterrumpidamente tener que existir, que lo hubieran arrojado por arriba a la horrible máquina de la existencia, para que volviera a salir por abajo totalmente destrozado. Defenderse no sirve de nada, según él una y otra vez. El niño había sido arrojado a aquella máquina de la existencia por su madre, y el padre mantuvo en funcionamiento durante toda su vida aquella máquina de la existencia, que despedazó a su hijo de forma consecuente. Los padres saben muy bien que prolongan en sus hijos la infelicidad que son ellos mismos, actúan con crueldad al hacer niños y arrojarlos a la máquina de la existencia, según él, pensé, mientras inspeccionaba la sala. Vi a Wertheimer por primera vez en la Nussdorferstrasse, delante del mercado. Él hubiera debido ser comerciante, como su padre, pero en el fondo tampoco se

convirtió en lo que él, Wertheimer, quería, en músico, sino que fue *destruido por las llamadas ciencias del espíritu*, según él mismo. Huimos de una cosa a la otra y nos destruimos, según él. Sólo nos vamos siempre, hasta que hemos cesado. Predilección por los cementerios, como yo, pensé, durante días enteros solo en los cementerios de Doblting y de Neustift am Wald, pensé. La nostalgia, de toda su vida, de querer estar solo una y otra vez, pensé, que también yo siento. Wertheimer no era viajero, como yo. No era una persona apasionada por cambiar de lugar. Una vez con sus padres a Egipto, eso fue todo. Mientras que yo, sin embargo, he aprovechado todas las oportunidades para viajar, a donde fuera, y me escapé por primera vez a Venecia con el maletín de médico de mi abuelo y ciento cincuenta chelines para diez días, que además estuvieron llenos de visitas diarias a la Academia y de representaciones en la *Fenice*. *Tancredi* por primera vez en la *Fenice*, pensé, por primera vez el deseo de *intentar* la música. Wertheimer fue siempre sólo el Malogrado. Nadie ha recorrido tantas calles de Viena como él, todas en todas las direcciones y otra vez de vuelta hasta el agotamiento total. Maniobras de diversión, pensé. Él tenía un consumo inmenso de zapatos. *Fetichista de zapatos* le llamó también Glenn a Wertheimer, creo que tenía cientos de pares de zapatos en su vivienda del Kohlmarkt, y también al respecto había empujado a su hermana al borde de la locura. Adoraba, amaba incluso a su hermana, pensé, y con el tiempo la volvió loca. En el último momento, ella se escapó de él y se fue a Zizers, junto a Chur, no volvió a dar señales de vida, y lo dejó atrás. Él dejó sus vestidos, tal como ella los había abandonado, en sus armarios. No tocó ya absolutamente nada de ella. En el fondo, *sólo para pasar las hojas* he abusado de mi hermana, dijo una vez, pensé. Nadie sabía pasar las hojas tan bien, yo se lo enseñé a mi forma despiadada, dijo una vez, la verdad es que, en un principio, ella no sabía leer una sola nota. *Mi genial pasadora de hojas*, dijo una vez, pensé. Degradó a su hermana convirtiéndola en pasadora de hojas, y eso, a la larga, a ella no le gustó. El *ella no encontrará un hombre jamás* había resultado ser un cruel error de él, pensé. Wertheimer había construido para su hermana un presidio totalmente seguro, un presidio totalmente a prueba de evasiones, y ella se escapó, de la noche a la mañana, como suele decirse. Eso tuvo en Wertheimer el efecto de avergonzado espantosamente. Sentado en su sillón, no había pensado ya más que en matarse, según él mismo, pensé, había cavilado durante días en la manera, pero sin embargo no lo había hecho. La muerte de Glenn había convertido ya en él el pensamiento del suicidio en un estado permanente, y la huida de su hermana reforzó ese estado permanente. Con toda la violencia de los hechos, había cobrado conciencia de su fracaso con la muerte de Glenn. Pero en lo que se refería a su hermana, había sido la vileza de ella, su abyección, al dejarlo solo, en la mayor tribulación, por un suizo mediocre de pies a cabeza, que lleva una gabardina de mal gusto, de solapas puntiagudas, y zapatos de Bally con hebillas de latón, pensé. No hubiera debido dejar que ella fuera a Horch, ese horrendo internista (¡el médico de ella!), dijo, porque allí conoció al suizo. Los médicos pactan con los propietarios de consorcios de productos químicos, dijo, pensé. *No hubiera debido dejar que fuera*, dijo hablando de su hermana de *cuarenta y seis años*, pensé. Aquella mujer de cuarenta y seis años tenía que pedirle permiso para salir, pensé, tenía que darle cuenta de cada una de sus visitas. Al principio él, Wertheimer, había creído que el suizo, al que había juzgado enseguida de hombre despiadadamente calculador, se había casado con ella por su riqueza, pero la verdad era que luego se había revelado que el suizo era mucho más rico todavía que los dos juntos, es decir, *inmensamente* rico, helvéticamente rico, lo que quiere decir muchas veces más rico que austríacamente rico, según él. El padre de aquel hombre (del suizo), según Wertheimer, había sido

uno de los directores del Zürcher Bank Leu, imagínate, según Wertheimer, ¡y el hijo posee uno de los mayores consorcios de productos químicos! La primera mujer del suizo había muerto de una forma poco clara, nadie sabía la verdad. Mi hermana, segunda mujer de un advenedizo, según Wertheimer, pensé. Una vez había estado él ocho horas sentado en la iglesia de San Esteban, fría como el hielo, mirando fijamente al altar, y el sacristán lo había echado de la iglesia de San Esteban con las palabras: *señor, vamos a cerrar*. Al salir le había dado al sacristán un billete de cien chelines, un impulso, según Wertheimer. Tenía ganas de quedarme sentado en la iglesia de San Esteban hasta caer muerto, según él. Pero no lo conseguí, ni siquiera concentrándome al máximo en ese deseo. No tenía posibilidad de concentrarme en ello al máximo, dijo, y nuestros deseos sólo se cumplen cuando ponemos en ello la máxima concentración. Desde su niñez había tenido el deseo de morir, de matarse, como se suele decir, pero jamás había puesto en ello la máxima concentración. No había podido hacer frente al hecho de haber sido echado a un mundo que, en el fondo y en todas y cada una de las cosas, sólo le había sido siempre repulsivo, desde el principio mismo. Se hizo mayor y creyó que ese deseo de morir, de repente, no existiría ya, pero sin embargo ese deseo se hizo más intenso de año en año, aunque no con la máxima intensidad y concentración, según él. Mi continua curiosidad me impedía el suicidio, según él, pensé. A nuestro padre no le perdonamos que nos haya hecho, a nuestra madre que nos haya parido, decía, a nuestra hermana que *sea* continuamente testigo de nuestra desgracia. Existir no significa al fin y al cabo otra cosa que: nos desesperamos, según él. Cuando me levanto, pienso en mí con horror y me aterra todo lo que me espera. Cuando me acuesto, no tengo otro deseo que morir, no despertarme más, pero entonces me despierto otra vez y ese espantoso proceso se repite, se repite en definitiva durante cincuenta años, según él. Si pensamos que, durante cincuenta años, no hemos deseado otra cosa que estar muertos, y que seguimos viviendo aún y no podemos cambiar nada, porque somos totalmente inconsecuentes, según él. Porque somos la miseria misma, la bajeza misma. *¡Sin talento musical!*, exclamaba, *¡sin talento para existir!* Somos tan altaneros que creemos que estudiar música es lo que importa, cuando ni siquiera somos capaces de vivir, ni siquiera estamos en condiciones de existir, porque la verdad es que no existimos, ¡no existen!, así dijo una vez en la Wahringerstrasse, después de haber caminado los dos cuatro horas y media por Brigittenau, hasta el agotamiento total. Antes nos pasábamos la mitad de la noche en la *Koralle*, dijo ¡ahora ni siquiera vamos ya al *Kolosseum!*, según él, *cómo se ha transformado todo en lo absolutamente inconveniente*. Creemos que tenemos un amigo y, sin embargo, vemos con el tiempo que no tenemos ningún amigo, porque no tenemos absolutamente a nadie, ésa es la verdad, según él. Aferrado al Bösendorfer, con el tiempo todo se ha revelado como un error y como algo espantoso. Glenn había tenido la suerte, dijo, de derrumbarse sobre su Steinway, en plenas variaciones Goldberg. Él intentaba desde hacía años derrumbarse, sin éxito. Muchas veces iba con su hermana a la llamada avenida principal del Prater, para mejorar el estado de salud de ella, según él, a fin de que pudiera respirar aire puro, pero ella no hacía honor a esas salidas, *por qué sólo a la avenida principal del Prater y no a Kreuzenstein o Retz*, nunca se la podía contentar, yo lo hacía todo por ella, podía comprarse el vestido que quisiera, según él. La mimaba, según él. En el punto más alto de esos mimos, según él, ella se escapó, a Zizers, junto a Chur, a esa espantosa comarca. Todos huyen a Suiza cuando ya no saben qué hacer, según él, pensé. Pero entonces Suiza es, para todos, un presidio mortal, poco a poco se ahogan en Suiza como consecuencia de Suiza, lo mismo que mi hermana se ahogará como consecuencia de Suiza, él lo preveía, Zizers la matará, el suizo

la matará, Suiza la matará, según él, pensé. ¡Y precisamente a Zizers, a esa perversa creación verbal! según él, pensé. Posiblemente se trata de una concepción de nuestros padres, dijo, mi hermana y yo, durante toda la vida, un cálculo de nuestros padres. Esa concepción de nuestros padres, sin embargo, ese cálculo de nuestros padres no ha salido bien. Haremos un hijo, pensaron quizá nuestros padres, y además una hija, y los dos existirán entonces hasta el fin de su vida, apoyándose mutuamente, aniquilándose mutuamente, posiblemente fue ése el pensamiento de nuestros padres, el diabólico pensamiento de nuestros padres, según él. Los padres tienen una concepción, pero esa concepción, como es natural, no puede resultar bien, según él. Mi hermana no se atuvo a esa concepción, ella es la más fuerte, según él, yo he sido siempre el débil, la parte absolutamente débil, según Wertheimer. Él se quedaba casi sin aliento cuesta arriba y, sin embargo, se me adelantaba. No podía subir escaleras y, sin embargo, estaba en el tercer piso antes que yo, todo intento de suicidio, pensé ahora, observando la sala del mesón, intentos inútiles de escapar al existir. Una vez había ido con su hermana a Passau, porque su padre lo había convencido de que Passau era una ciudad hermosa, una ciudad reposada, una ciudad extraordinaria, pero ya cuando llegaron a Passau habían visto que, en el caso de Passau, se trataba de una de las ciudades más feas, en general, de una ciudad que emulaba a Salzburgo, de una ciudad rebotante de torpeza y fealdad, y repugnante rusticidad, que, con perversa altanería, se llama ciudad de los tres ríos. Sólo habían caminado un corto trecho por esa ciudad de los tres ríos y se habían dado pronto la vuelta y, como en varias horas no había ningún tren que volviera a Viena, habían vuelto a Viena en taxi. Después de esa experiencia en Passau habían renunciado a todo proyecto de viaje durante años, pensé. Si la hermana formulaba el deseo de viajar en los años que siguieron, Wertheimer sólo le decía: *¡piensa en Passau!* y con ello ahogaba ya en la cuna cualquier discusión sobre viajes entre su hermana y él. En el lugar del subastado piano de cola Bösendorfer habían puesto un escritorio josefino, pensé. Pero la verdad es que no tenemos por qué querer estudiar siempre algo, pensé, la verdad es que basta por completo si pensamos sólo, si pensamos nada más y dejamos, sencillamente, libre curso al pensamiento. Con que cedamos a nuestra cosmovisión y, sencillamente, nos entreguemos a esa cosmovisión, pero eso es lo más difícil, pensé. Wertheimer no estaba entonces todavía, cuando hizo subastar su Bösendorfer, en esa situación, ni tampoco luego, a diferencia de mí, que estaba en condiciones de ello, pensé. Esa ventaja me permitió también desaparecer un día de Austria sólo con una pequeña bolsa de viaje, para ir primero a Portugal y luego a España, e instalarme en la calle del Prado, al lado mismo de Sotheby. De repente y, por decirlo así, de la noche a la mañana, me convertí en un *artista de la cosmovisión*. Tuve que soltar la carcajada ante esa creación verbal mía en ese momento. Di unos pasos hacia la ventana de la cocina, pero de antemano había sabido que por la ventana de la cocina no puedes ver nada, porque, como queda dicho, está sucia de arriba abajo. Las ventanas de cocina austríacas están todas totalmente sucias y no se puede ver nada por ellas y como es natural, pensé, es la mayor de las ventajas no poder ver nada por ellas, porque si no, se vería directamente la catástrofe, el caos de la suciedad de las cocinas austríacas. De forma que retrocedí los pasos que había dado hacia la ventana de la cocina, y me quedé otra vez de pie donde había estado todo el tiempo. Glenn murió en el momento más favorable para él, pensé, pero Wertheimer no se mató en el momento más favorable para él, quien se mata no se mata nunca en el momento más favorable para él, pero la llamada muerte natural es siempre la que se produce en el momento más favorable. Wertheimer había querido emular a Glenn, pensé, y al mismo tiempo darle una lección

a su hermana, *pagárselo todo con creces*, al ahorcarse precisamente a sólo cien pasos de la casa de ella en Zizers. Se compró un billete para Zizers, junto a Chur, y se fue a Zizers y se ahorcó a cien pasos de la casa de su hermana. A la persona que encontraron no la reconocieron en muchos días como quien era. Hasta cuatro o cinco días después de encontrarlo no le llamó la atención el nombre de *Wertheimer* a un funcionario del hospital de Chur, que relacionó ese nombre de Wertheimer con la mujer del propietario del consorcio de productos químicos, a la que conocía como exseñora Wertheimer, y el funcionario, perplejo, había preguntado en Zizers si existía alguna relación entre el suicida Wertheimer que yacía en la sala de disección y la mujer del propietario del consorcio de productos químicos de Zizers. La hermana de Wertheimer, que no sabía en absoluto que, a cien pasos de su casa, se hubiera ahorcado alguien, fue enseguida a Chur, a la sala de disección, y había identificado a su hermano, como suele decirse. A Wertheimer le había salido bien el cálculo: por el modo y manera y por la elección del lugar de su suicidio, precipitó a su hermana en un sentimiento de culpa para toda la vida, pensó. Ese cálculo es muy propio de Wertheimer, pensó. Pero con ello resultó lamentable. Se fue de Traich ya con la intención de ahorcarse de un árbol, a cien pasos de la casa de su hermana, pensó. Un suicidio largo tiempo calculado, pensó, no un acto de desesperación espontáneo. Desde Madrid yo no hubiera ido a su entierro en Chur, pensó, pero como estaba ya en Viena, era lógico que fuera a Chur. Y de Chur a Traich. Sin embargo, ahora dudaba bastante de si no hubiera sido mejor ir directamente de Chur a Viena, sin detenerse en Traich, en aquel momento no me resultaba claro qué buscaba aquí, salvo aquella satisfacción, totalmente fútil, de mi curiosidad, porque de que aquí fuera yo necesario sólo trataba de convencerme, me lo fingía, esa necesidad me la simulaba. La verdad era que a la hermana de Wertheimer no le había dicho que tuviera la intención de ir a Traich, y la verdad era que en Chur tampoco había tenido en absoluto esa intención, hasta el tren no había tenido la idea de bajar en Attnang Puchheim e ir a Traich, pasando la noche en Wankham, como al fin y al cabo estaba acostumbrado a hacer por mis anteriores visitas a Traich, pensó. Siempre pensé que un día iría al entierro de Wertheimer, como es natural no supe nunca cuándo, pero sí que sería así, aunque nunca hablé de esos pensamientos, sobre todo no con el propio Wertheimer, mientras que él, Wertheimer, me dijo muy a menudo que él iría un día a mi entierro, en eso pensaba mientras seguía esperando a la patrona. Y yo estaba seguro de que Wertheimer se mataría un día, por todas esas razones que tenía ininterrumpidamente presentes. La muerte de Glenn, como se ha visto luego, no fue decisiva para su suicidio, tuvo que abandonarlo su hermana, pero la muerte de Glenn fue ya el comienzo de su fin, y el momento desencadenante el casamiento de su hermana con el suizo. Mediante un deambular sin pausa por Viena trató Wertheimer de salvarse, pero fracasó en ese intento, la salvación no era ya posible. Visitas al barrio obrero que amaba, a los distritos XX y XXI, al Brigittenau sobre todo, a Kaisermühlen sobre todo, al Prater con sus indecencias, la Zirkusgasse, la Schüttelstrasse, la Radetzkystrasse, etcétera. Durante meses anduvo por Viena, día y noche, hasta que se derrumbó. De nada sirvió ya. Pero también el pabellón de caza de Traich, considerado por él al principio aún como salvación para su existencia, había resultado ser un sofisma; como me consta, primero se encerró tres semanas en el pabellón de caza y luego fue a ver a los trabajadores forestales y los importunó con sus problemas. Sin embargo, las gentes sencillas no comprenden a las complicadas y las rechazan, más despiadadamente que todas las demás, pensó. El mayor error consiste en creer que las llamadas gentes sencillas lo salvarán a uno. Uno va a ellas, en la mayor necesidad, y les mendiga casi que lo salven, y ellas lo arrojan a uno

todavía más profundamente a la desesperación. Y cómo podrían salvar al extravagante en su extravagancia, pensé. Wertheimer no tenía otra opción que matarse, después de haberlo abandonado su hermana, pensé. Él quería publicar un libro, pero no lo logró, porque cambiaba una y otra vez su manuscrito, lo cambió tan a menudo y tanto tiempo que del manuscrito no quedó nada, los cambios de su manuscrito no fueron otra cosa que la completa reducción del manuscrito, del que finalmente no quedó más que el título *El Malogrado*. Ahora no tengo más que el título, me dijo, y eso está bien. No sé si tendré fuerzas para escribir otro libro, no creo, había dicho, si hubiera aparecido *El Malogrado*, dijo, pensé, hubiera tenido que matarme. Pero por otra parte era un hombre de papeles, llenó miles, decenas de miles de papeles, y apiló esos papeles en su vivienda del Kohlmarkt lo mismo que en el pabellón de caza de Traich. Quizá sean realmente los papeles los que te interesan y los que te han hecho bajar en Attnang Puchheim, pensé. O quizá sea sólo una táctica dilatoria, porque Viena te horroriza. Miles de sus papeles yuxtapuestos, pensé, y publicados con el título *El Malogrado*. Absurdo. Yo había calculado que él habría aniquilado todos esos papeles en Traich y Viena. *No dejar huella* fue, al fin y al cabo, una de sus máximas. Cuando un amigo ha muerto, lo clavamos con sus propias máximas y declaraciones, lo matamos con sus propias armas. Por una parte, vive en lo que, durante toda su vida, nos dijo a nosotros (y a los demás), por otra lo matamos con ello. Somos de lo más despiadado (¡con él!) en lo que a sus declaraciones se refiere, a sus notas, pensé, si no tenemos ya notas, porque él, *prudentemente*, las ha aniquilado, acudimos a sus declaraciones para aniquilarlo, pensé. Explotamos su legado para aniquilar aún más lo que nos ha legado, para matar aún más al muerto y, si no nos deja el legado correspondiente para su aniquilación, inventamos un legado así, inventamos sencillamente declaraciones contra él, etc., pensé. Los herederos son atroces, los que quedan no tienen la menor consideración, pensé. Buscamos testimonios contra él y a nuestro favor, pensé. Saqueamos todo lo que puede ser utilizado contra él para mejorar nuestra situación, pensé, ésa es la verdad. Wertheimer fue siempre un candidato al suicidio, pero se pasó de la cuenta, hubiera debido matarse años *antes* de su suicidio real, mucho antes de Glenn, pensé. Por eso es penoso su suicidio, envilecido sobre todo por el hecho de que se matara precisamente delante de la casa de su hermana en Zizers, pensé para contrarrestar sobre todo mi mala conciencia, que todavía no había podido hacer frente al hecho de no haber contestado a las cartas de Wertheimer, y haberlo dejado solo más o menos ignominiosamente, el que yo no pudiera dejar Madrid había sido al fin y al cabo sólo una vil mentira, que utilicé para no tener que entregarme a mi amigo, el cual, como ahora comprendo, había esperado de mí su última posibilidad de sobrevivir, y que antes de su suicidio me escribió a Madrid cuatro cartas, que no contesté, sólo al recibir la quinta le escribí que me era absolutamente imposible ausentarme, que no podía aniquilar mi trabajo sólo por un viaje a Austria, cualquiera que fuera su objeto. Había pretextado *Sobre Glenn Gould*, ese ensayo fracasado que inmediatamente, como pensé ahora, después de volver a Madrid, tiraré al fuego, porque no tiene el menor valor. Dejé a Wertheimer solo ignominiosamente, pensé, le volví la espalda en su mayor tribulación. Pero reprimí con vehemencia el pensamiento de cualquier culpa por mi parte en su suicidio, yo no le hubiera servido ya de nada, me dije, no hubiera podido salvarlo, al fin y al cabo estaba ya maduro para el suicidio. ¡Tuvo que ser la escuela superior, pensé, y por añadidura la escuela superior de música! Al principio de todo, la idea de hacernos famosos y, de hecho, de la forma más simple y con la mayor rapidez posible, para lo que, como es natural, una escuela superior de música es el trampolín ideal, eso habíamos pensado los tres.

Glenn, Wertheimer y yo. Pero sólo Glenn consiguió lo que los tres nos habíamos propuesto, y Glenn, en fin de cuentas, abusó incluso de nosotros para alcanzar su fin, pensé, abusó de todo, aunque fuera inconscientemente, para convertirse en Glenn Gould, pensé. Nosotros, Wertheimer y yo, habíamos tenido que renunciar para dejar campo libre a Glenn. Esa idea no la consideraba en absoluto en aquel momento como el absurdo que ahora me parece, pensé. Pero Glenn, cuando vino a Europa y asistió al curso de Horowitz, era ya el genio, y nosotros, en esa misma época, éramos ya los fracasados, pensé. En el fondo, yo no había querido convertirme en virtuoso del piano, todo lo relativo al Mozarteum y sus contextos había sido para mí sólo un subterfugio para liberarme de mi auténtico aburrimiento del mundo, de mi, ya muy temprano, hastío de la vida. Y, en el fondo, Wertheimer actuaba como yo, y por eso, como suele decirse, no fuimos nadie, porque no habíamos pensado en absoluto en querer ser alguien, a diferencia de Glenn, que quería ser Glenn Gould a toda costa y tuvo que venir a Europa nada más que para abusar de Horowitz, para ser el genio que ansiaba y anhelaba más que cualquier otra cosa, por decirlo así, un *pasmo mundial* del piano. Me gustó la expresión *pasmo mundial*, mientras seguía de pie en la sala del mesón esperando a la patrona, que, según pensé, estaba probablemente detrás del mesón ocupada en dar de comer a los cerdos, a juzgar por los ruidos que venían de esa parte de atrás del mesón. Por mi parte, nunca había sentido la *necesidad de ser un pasmo mundial*, y tampoco Wertheimer, pensé. La cabeza de Wertheimer era más semejante a la mía que la cabeza de Glenn, pensé, quien llevaba sobre los hombros una cabeza absolutamente de virtuoso, a diferencia de Wertheimer y de mí, que éramos cabezas de entendimiento. Pero si tuviera que decir ahora qué es una cabeza de virtuoso, podría decirlo tan mal como si tuviera que decir qué es una cabeza de entendimiento. No fue Wertheimer quien se hizo amigo de Glenn Gould, sino yo, yo me había acercado a Glenn y me había hecho amigo de él, y sólo entonces se reunió Wertheimer con nosotros y, en el fondo, también con nosotros fue siempre un extraño Wertheimer. Sin embargo, los tres fuimos, como puede decirse, una *amistad para toda la vida*, pensé. Wertheimer, sólo por el hecho de haberse matado, ha perjudicado gravemente a su hermana, pensé, ese poblacho provinciano que es Zizers le achacará siempre a la mujer del propietario del consorcio de productos químicos, a partir de ahora, el suicidio de su hermano, pensé, y la insolencia de ahorcarse de un árbol frente a la casa de su hermana repercutirá más pesadamente aún contra ella. Wertheimer no daba ninguna importancia a las *ceremonias fúnebres*, pensé, pero tampoco las hubiera tenido en Chur, en donde fue enterrado. De forma significativa, el entierro tuvo lugar a las cinco de la mañana y, salvo el personal de una funeraria de Chur, sólo estábamos presentes la hermana de Wertheimer, su marido y yo. Me preguntaron (curiosamente, me lo preguntó la hermana de Wertheimer) si quería ver otra vez a Wertheimer, pero yo lo había rechazado inmediatamente. Aquella propuesta me repelió. Lo mismo que, en general, toda la ceremonia y los que participaron en ella. Hubiera sido mejor también no venir a Chur para el entierro, pensé ahora. Del telegrama dirigido a mí que me había enviado la hermana de Wertheimer no se podía deducir que Wertheimer se había matado, sólo la hora del entierro. Al principio había pensado yo que, en alguna visita a su hermana, él había *muerto*. Una visita así, como es natural, me había admirado, porque no había podido imaginarme una visita así. Wertheimer no habría visitado jamás a su hermana en Zizers, pensé. Castigó a su hermana con la máxima pena, pensé, le destruyó el cerebro para toda la vida. El viaje de Viena a Chur duró trece horas, los trenes austríacos están abandonados, en el vagón-restaurante, si es que lo hay siquiera, sirven la comida más pésima. Quise leer otra vez después de veinte años, con un vaso de agua

mineral delante, *Las tribulaciones del alumno Törless*, de Musil, lo que no conseguí, no soporto ya los relatos, leo una página y soy incapaz de seguir leyendo. No soporto ya las descripciones. Por otra parte, tampoco me fue posible pasar el tiempo con Pascal, conocía de memoria todos los Pensées y el placer por el estilo de Pascal se agotó pronto. De forma que me contenté con *contemplar* el paisaje. Las ciudades, cuando se pasa ante ellas, producen una impresión de degeneración, las casas de los campesinos han sido todas echadas a perder, al arrancar sus propietarios las viejas ventanas y colocar ventanas de plástico nuevas y de mal gusto. No son ya las torres de las iglesias las que dominan el paisaje, sino los silos de plástico importados, las torres de dimensiones exageradas de los depósitos. El viaje de Viena a Linz no es más que un viaje a través del mal gusto. De Linz a Salzburgo las cosas no son mejores. Y las montañas tirolesas me oprimen. El Voralberg lo he odiado siempre, lo mismo que a Suiza, en donde toda estupidez tiene su asiento, como decía siempre mi padre, y en ese punto yo no le contradecía. Chur lo conocía yo de muchas estancias con mis padres, cuando, en efecto, teníamos la intención de dirigirnos a Sankt Moritz y pasábamos la noche en Chur, siempre en el mismo hotel, en el queapestaba a té de menta y en donde conocían a mi padre y le hacían un descuento del veinte por ciento, por *haber sido fiel* al hotel durante *más de cuarenta años*. Era lo que se llama un buen hotel en el centro de la ciudad, ya no sé cómo se llamaba, pero puede que *El sol*, si es que no me equivoco, aunque se encontraba en el lugar más sombrío de la ciudad. En las tabernas de Chur despachaban el peor de los vinos y servían las salchichas más insípidas.

Mi padre cenaba siempre con nosotros en el hotel, encargaba lo que se llama algo ligero y llamaba a Chur *una agradable escala intermedia*, lo que nunca comprendí, porque siempre consideré a Chur especialmente desagradable. Lo mismo que los salzburgueses, los habitantes de Chur me resultaban todavía más odiosos con su estupidez de la alta montaña. Siempre había considerado como un castigo tener que ir a Sankt Moritz con mis padres, a veces también sólo con mi padre, y detenernos en Chur, tener que alojarnos en aquel hotel abandonado, cuyas ventanas daban a una calleja estrecha, húmeda hasta los segundos pisos. En Chur no había dormido jamás, pensé, sólo había permanecido siempre despierto, lleno de desesperación. Chur es, realmente, el lugar más triste que he visto nunca, ni siquiera Salzburgo es tan triste ni, en definitiva, tan enfermante, como Chur. Y los habitantes de Chur son los que le corresponden. En Chur, una persona, aunque duerma una sola noche, puede quedar destruida para toda la vida. Pero hasta hoy no es posible ir en tren de Viena a Sankt Moritz en un solo día, pensé. Pasé la noche fuera de Chur, porque recordaba Chur desde mi infancia, como queda dicho, de aquella forma tan deprimente. Me dejé llevar sencillamente a través de Chur y bajé entre Chur y Zizers, donde descubrí el letrero de un hotel. *El águila azul*, leí a la mañana siguiente, el día del entierro, al dejar el hotel. Como es natural, no había dormido. Realmente, Glenn no fue aún decisivo para el suicidio de Wertheimer, pensé, sólo la marcha de su hermana, su casamiento con el suizo. Por otra parte, antes de salir hacia Chur, había escuchado en mi piso de Viena las variaciones Goldberg de Glenn, una y otra vez desde el principio. Durante ese tiempo, me había levantado una y otra vez del sillón y había ido y venido por mi cuarto de trabajo, con la ilusión de que Glenn estaba tocando *realmente* las variaciones Goldberg en mi piso, y durante esas idas y venidas traté de averiguar en qué consistía la diferencia entre la *interpretación de aquéllos* discos y la *interpretación* de veintiocho años antes ante los oídos de Horowitz y los nuestros, es decir, de Wertheimer y míos, en el Mozarteum. No pude comprobar ninguna diferencia. Glenn, veintiocho años antes ya, había tocado las variaciones Goldberg como en esos discos que, por lo demás, me había enviado con motivo de mis cincuenta años, se los había dado a mi amiga de Nueva York para que me los trajera a Viena. Lo escuché tocar las variaciones Goldberg y pensé que él había creído hacerse inmortal con aquella interpretación, y posiblemente la verdad es que lo consiguió, pensé, porque no puedo imaginarme que, salvo él, haya jamás un pianista que toque las variaciones Goldberg como él, es decir, tan genialmente como Glenn. Mientras, en aras de mi obra sobre Glenn, escuchaba sus variaciones Goldberg, comprobé más aún el abandono de mi piso, en el que yo no había entrado desde hacía tres años. Tampoco nadie había estado durante ese tiempo en mi piso,

pensé. Llevaba tres años fuera, me había retirado totalmente a la calle del Prado, y en esos tres años no había podido imaginarme siquiera volver a Viena, ni había pensado ya nunca en volver jamás a Viena, a esa ciudad profundamente odiada, a Austria, a ese país profundamente odiado. Que había sido mi salvación marcharme de Viena, por decirlo así definitivamente, y precisamente a Madrid, que se convirtió en centro ideal de mi existencia, no con el tiempo, sino desde el primer momento, pensé. En Viena me hubieran devorado poco a poco, como decía siempre Wertheimer, hubiera sido asfixiado por los vieneses y aniquilado por los austríacos en general. Todo lo que hay en mí es tal, que tiene que ser asfixiado en Viena y aniquilado en Austria, pensé, lo mismo que también Wertheimer pensaba que los vieneses tenían que asfixiarlo y los austríacos aniquilarlo. Pero Wertheimer no era una persona que, de la noche a la mañana, pudiera irse a Madrid o a Lisboa o a Roma, no podía hacerlo, a diferencia de mí. Por eso sólo había tenido siempre la posibilidad de desviarse hacia Traich, pero en Traich todo era mucho peor aún para él. Solo, por decirlo así, con sus ciencias del espíritu en Traich, tenía que perecer. Con su hermana sí, pero solo en Traich, solamente con sus ciencias del espíritu, no, pensé. Finalmente, odió tanto la ciudad de Chur, a la que ni siquiera conoció, sólo el nombre de la ciudad de Chur, la palabra Chur, que tuvo que ir a ella para matarse, pensé. La palabra Chur, lo mismo que la palabra *Zizers*, lo había obligado finalmente a ir a Suiza para ahorcarse de un árbol, como es natural, de un árbol situado no lejos de la casa de su hermana. *Concertado* era también, al fin y al cabo, una palabra suya, y a ese suicidio le conviene realmente el concepto, pensé, *su suicidio estaba concertado*, pensé. Todas mis disposiciones son mortales, me dijo una vez, todo está dispuesto en mí de una forma mortal, por mis progenitores, según él, pensé. Él leía siempre libros en los que se hablaba de suicidas, en los que se hablaba de enfermedades y de muertes, pensé, de pie en la sala del mesón, en los que se describía la miseria humana, la falta de soluciones, la falta de sentido, la falta de utilidad, en los que, una y otra vez, todo era devastador y mortal. Por eso amaba más que a nada a Dostoyevski y a todos sus sucesores, en general la literatura rusa, porque es la literatura realmente mortal, pero también a los deprimentes filósofos franceses. Con el mayor placer y el mayor ahínco leía obras de medicina y, una y otra vez, sus pasos lo llevaban a los hospitales de enfermos e incurables, a los asilos de ancianos y las salas mortuorias. Esa costumbre la tuvo hasta el final, y aunque tenía miedo de los hospitales de enfermos y de incurables, de los asilos de ancianos y las salas mortuorias, iba una y otra vez a esos hospitales de enfermos e incurables y asilos de ancianos y salas mortuorias. Y si no iba a los hospitales de enfermos, porque no le era posible, leía obras o libros sobre enfermos y sobre enfermedades, y libros u obras sobre incurables, cuando no tenía oportunidad de ir a los hospitales de incurables, o leía obras y escritos sobre los ancianos, cuando no podía ir a los asilos de ancianos, y obras y escritos sobre los muertos, cuando no tenía oportunidad de ir a las salas mortuorias. Como es natural, queremos tener un trato práctico con los objetos que nos fascinan, dijo una vez, es decir, sobre todo, trato con enfermos e incurables y ancianos y muertos, porque el trato teórico no nos basta, pero por largos períodos dependemos del trato teórico, lo mismo que, al fin y al cabo, dependemos también durante mucho tiempo, en lo que a la música se refiere, del trato teórico, según él, pensé. Le fascinaban los seres humanos en su infelicidad, no lo habían atraído los seres humanos mismos, sino su infelicidad, y la encontraba en todas partes donde había seres humanos, pensé, estaba ávido de seres humanos, porque estaba ávido de infelicidad. El ser humano es la infelicidad, decía una y otra vez, pensé, sólo un imbécil pretende lo contrario. Nacer es una infelicidad, decía, y, mientras vivimos,

prolongamos esa infelicidad, sólo la muerte la interrumpe. Eso no quiere decir, sin embargo, que sólo seamos infelices, nuestra infelicidad es la condición para que podamos ser felices también, sólo dando el rodeo de la infelicidad podemos ser felices, decía, pensé. Mis padres no me mostraron más que la infelicidad, decía, ésa es la verdad, pensé, y sin embargo fueron una y otra vez felices, de forma que no podía decir que sus padres hubieran sido seres infelices, como tampoco que hubieran sido seres felices, como no podía decir de sí mismo que fuera un ser feliz ni un ser infeliz, porque todos los seres humanos son felices e infelices a la vez, y unas veces es la infelicidad en ellos mayor que la felicidad y a la inversa. Pero la realidad es, sin duda, que hay más infelicidad que felicidad en los seres humanos, decía, pensé. Él era un *escritor de aforismos*, hay innumerables aforismos de él, pensé, hay que suponer que los aniquiló, *escribo aforismos*, decía una y otra vez, pensé, se trata, desde mi punto de vista, de un arte mediocre, fruto de la falta de aliento espiritual, del que ciertas personas, sobre todo en Francia, han vivido y viven, los llamados semifilósofos para mesillas de noche de enfermeras, podría decir también filósofos de calendario para todos y cada uno, cuyas máximas leemos con el tiempo en todas las paredes de las salas de espera de los médicos; y tanto los llamados negativos como los llamados positivos son igualmente repugnantes. Sin embargo, no he podido quitarme esa costumbre de escribir aforismos, en definitiva me temo que son ya millones los que he escrito, decía, pensé, y haría bien en comenzar a aniquilarlos, porque no tengo la intención de que un día se empapelen con ellos las salas de hospital y las paredes de las rectorías, como con Goethe, Lichtenberg y compinches, decía, pensé. Como no he nacido para filósofo, me he convertido, de forma no totalmente inconsciente, tengo que decir, en aforístico, en uno de esos repulsivos participantes en la Filosofía, de los que hay a millares, decía, pensé. Con ocurrencias muy pequeñas, aspirar a efectos muy grandes, y engañar a la Humanidad, decía, pensé. En el fondo, no soy otra cosa que uno de esos aforísticos que son un peligro público y, que con su ilimitada falta de escrúpulos y su incurable frescura se mezclan con los filósofos como los ciervos volantes con los ciervos, decía, pensé. Si no bebemos, nos morimos de sed, si no comemos, nos morimos de hambre, de esas sabidurías parten todos esos aforismos, a no ser que sean de Novalis, pero también Novalis dijo muchos disparates, según él, pensé. En el desierto estamos sedientos de agua, algo así dice la máxima de Pascal, según él, pensé. Mirándolo bien, de los mayores proyectos filosóficos no nos queda más que un lamentable regusto aforístico, decía, da igual de qué filosofía se trate, da igual de qué filósofos, todo desmigajado, si lo abordamos con todas nuestras capacidades, lo que quiere decir con todos nuestros instrumentos espirituales, decía, pensé. Hablo todo el tiempo de ciencias del espíritu y ni siquiera sé qué son esas ciencias del espíritu, no tengo la menor idea, decía, pensé, hablo de filosofía y no tengo la menor idea de filosofía, hablo de la existencia y no tengo la menor idea de ella, decía. Nuestro punto de partida es siempre sólo que no sabemos nada de nada, y ni siquiera tenemos idea de ello, decía, pensé. Ya en cuanto comenzamos algo, nos asfixiamos con los inmensos materiales de que disponemos en todas las esferas, ésa es la verdad, decía, pensé. Y aunque lo sabemos, abordamos una y otra vez nuestros, así llamados, problemas del espíritu, nos aventuramos en lo imposible: *engendrar un producto del espíritu*. ¡*Qué locura!*, según él, pensé. Básicamente, todos somos capaces de todo, y básicamente también fracasamos en todo, decía, pensé. A una sola frase lograda se han reducido nuestros grandes filósofos, nuestros mayores poetas, decía, pensé, ésa es la verdad, a menudo sólo recordamos un, así llamado, matiz filosófico, y nada más, decía, pensé. Estudiamos una obra inmensa, por ejemplo la obra de Kant, y

con el tiempo se reduce a la cabecita prusianooriental de Kant y a un mundo totalmente vago de noche y niebla, que acaba en el mismo desamparo que todos los demás, decía, pensé. Quiso ser un mundo de lo inmenso y ha quedado un detalle ridículo, decía, pensé, lo mismo que ocurre con todo. La llamada grandeza llega al final al punto en que sólo nos sentimos conmovidos por su ridiculez, su carácter lastimoso. También Shakespeare se nos reduce a la ridiculez cuando tenemos un instante de clarividencia, decía, pensé. Hace tiempo que los dioses sólo se nos aparecen con barba sobre nuestros jarros de cerveza, decía, pensé. Sólo el tonto admira, decía, pensé. El llamado hombre de espíritu se consume en una obra que, según cree, hará época y al final sólo se ha puesto en ridículo, llámese Schopenhauer o Nietzsche, es indiferente, sea Kleist o Voltaire, vemos a un ser humano conmovedor, que abusó de su cabeza y, al final, se redujo a sí mismo al absurdo. Que ha sido arrollado y sobrepasado por la Historia. Hemos encerrado a los grandes pensadores en nuestros armarios de libros, desde los que, condenados para siempre a la ridiculez, nos miran fijamente, decía, pensé. Día y noche oigo los lamentos de los grandes pensadores, que hemos encerrado en nuestros armarios de libros, a esos ridículos grandes del espíritu, como cabezas reducidas tras el cristal, decía, pensé. Todas esas gentes han atentado contra la Naturaleza, decía, han cometido el crimen capital *contra el espíritu*, y por eso son castigadas y encerradas por nosotros para siempre en nuestros armarios de libros. Porque en nuestros armarios de libros se ahogan, ésa es la verdad. Nuestras bibliotecas son, por decirlo así, establecimientos penitenciarios, en los que hemos encerrado a nuestros grandes del espíritu, a Kant, como es natural, en una celda individual, como a Nietzsche, como a Schopenhauer, como a Pascal, como a Voltaire, como a Montaigne, a todos los muy grandes en celdas individuales, a todos los demás en celdas colectivas, pero a todos para siempre jamás, mi querido amigo, hasta el fin de los tiempos y para la eternidad, ésa es la verdad. Y ay de él si uno de esos criminales capitales se da a la fuga, se escapa, inmediatamente se le liquida y se le deja en ridículo, por decirlo así, ésa es la verdad. La Humanidad sabe protegerse contra todos éstos, así llamados, grandes del espíritu, decía, pensé. Al espíritu, donde quiera que aparece, se le liquida y se le encierra y, como es natural, siempre se le tacha enseguida de *falta de espíritu*, decía, pensé, mientras contemplaba el techo de la sala del mesón. Pero todo lo que decimos es un disparate, decía, pensé, digamos lo que digamos es un disparate y nuestra vida entera una sola cosa dispartada. Eso lo comprendí pronto, apenas empecé a pensar lo comprendí, sólo decimos disparates, todo lo que decimos es un disparate, pero también todo lo que *nos dicen* es un disparate, lo mismo que todo lo que se dice en general, en este mundo sólo se han dicho hasta ahora disparates y, decía, realmente y como es natural, sólo se han escrito disparates, lo que tenemos escrito es sólo un disparate, porque sólo puede ser un disparate, como demuestra la Historia, decía, pensé. Finalmente, *me refugié en el concepto de aforístico*, dijo, y realmente, una vez, cuando me preguntaron cuál era mi profesión, según él, respondí que era aforístico. Pero la gente no comprendió lo que quería decir, lo mismo que siempre que digo algo no comprende, porque lo que digo no quiere decir que haya dicho lo que he dicho, decía, pensé. Digo una cosa, decía, pensé, y digo algo totalmente distinto, por eso he tenido que pasarme toda la vida con malentendidos, nada más que malentendidos, decía, pensé. Para decirlo más exactamente, nacemos sólo en medio de malentendidos y, mientras existimos, no salimos ya de esos malentendidos, ya podemos esforzarnos lo que queramos, no sirve de nada. Esa observación, sin embargo, la hace todo el mundo, decía, pensé, porque todo el mundo dice algo ininterrumpidamente y es malentendido, en ese único punto se entienden sin embargo todos,

decía, pensé. Un malentendido nos pone en el mundo de los malentendidos, que tenemos que soportar como compuesto sólo de puros malentendidos y que volvemos a dejar con un solo y gran malentendido, porque la muerte es el mayor de los malentendidos, según él, pensé. Los padres de Wertheimer eran personas de corta estatura, y Wertheimer era más alto que sus padres, pensé. Era una persona imponente, como solemos decir, pensé. Sólo en Hietzing, los Wertheimer poseían tres villas señoriales, y cuando Wertheimer tuvo que decidir una vez si quería o no que le traspasaran la propiedad de una de las villas de su padre en Grinzing, hizo saber a su padre que no tenía el menor interés por aquella villa, lo mismo que, en general, tampoco tenía ningún interés por las otras villas de su padre, que poseía varias fábricas en el Lobau, prescindiendo de empresas en toda Austria y en el extranjero, pensé. Los Wertheimer vivieron siempre, como se dice, *a lo grande*, pero nadie se lo notaba, porque no dejaban que nadie lo notase, no podía vérselos la riqueza, por lo menos a primera vista. Los hermanos Wertheimer no tenían en el fondo el menor interés por su herencia paterna, y ni Wertheimer ni su hermana tenían, en el momento de la apertura del testamento, la menor idea de la importancia del patrimonio que les correspondía, y la relación de bienes que había hecho un abogado del centro de la ciudad apenas les había interesado a los dos, aunque la verdad es que se habían quedado pasmados por aquella riqueza *real* que de pronto era suya, lo que, sin embargo, consideraron más bien molesto. Salvo la vivienda del Kohlmarkt y el pabellón de caza de Traich, habían hecho que un abogado de la familia lo convirtiera todo en dinero y lo invirtiera en todo el mundo, según Wertheimer, hablando una vez, muy en contra de su costumbre de no hablar jamás de su situación patrimonial. Tres cuartas partes del patrimonio paterno correspondieron a Wertheimer, y una cuarta parte a su hermana, y también ella hizo colocar su fortuna en diversos bancos de Austria, Alemania y Suiza, pensé. Los hermanos Wertheimer estaban bien asegurados, pensé, lo mismo que, por cierto, yo también, aunque mi propia situación patrimonial no podía compararse con la de Wertheimer y su hermana. Los bisabuelos de Wertheimer habían sido todavía pobres, pensé, que retorcían el pescuezo a los gansos en los arrabales de Lwów. Pero, como yo mismo, también él procedía de una familia de comerciantes, pensé. En uno de sus cumpleaños, su padre tuvo una vez la idea de regalarle un castillo en Marchfeld, originariamente perteneciente al patrimonio de los Harrach, pero el hijo no se mostró dispuesto a echar siquiera una ojeada al castillo, ya adquirido, con lo que el padre, como es natural furioso por la impertinencia de su hijo, volvió a vender el castillo, pensé. Los hermanos Wertheimer llevaban en el fondo una vida modesta, sin pretensiones, discreta, más o menos siempre en segundo plano, por contraste, todos los demás de su entorno hacían siempre el efecto de triunfadores. Tampoco en el Mozarteum llamó nunca la atención la riqueza de Wertheimer. Como, por lo demás, tampoco la riqueza de Glenn, y Glenn era rico, llamó la atención jamás. En retrospectiva resultaba claro que, por decirlo así, se habían encontrado los ricos, pensé, tenían olfato para sus antecedentes. El genio de Glenn era, por decirlo así, nada más que un don complementario bien recibido, pensé. Las amistades, pensé, en definitiva, como muestra la experiencia, sólo son posibles a la larga cuando se construyen sobre unos antecedentes armónicos de los interesados, pensé, todo lo demás es un sofisma. Me admiré de pronto de la sangre fría con que había bajado yo en Attnang Puchheim y había llegado a Wankham, para ir a Traich, al pabellón de caza de Wertheimer, sin haber pensado ni un momento en visitar mi propia casa de Desselbrunn, que desde hace cinco años está vacía y en la que, como supongo, porque pago a las personas competentes, ventilan cada cuatro o cinco años, con qué sangre fría me resulta posible

querer pasar la noche aquí en Wankham, en la más espantosa de todas las posadas que conozco, mientras que, sin embargo, tengo mi propia casa a menos de doce kilómetros, pero esa casa no la visitaré de ningún modo, como pensé enseguida, porque me había jurado cinco años antes no volver a Desselbrunn por lo menos en diez años, y hasta ahora no había tenido ninguna dificultad para cumplir ese juramento, es decir, para dominarme. A Desselbrunn me lo había estropeado un día a fondo, y dejado luego completamente imposible, pensé, por mi constante autorrenuncia en Desselbrunn. El comienzo de esa autorrenuncia había sido el rechazo de mi Steinway, por decirlo así, el momento desencadenante de mi ulterior imposibilidad para aguantar en Desselbrunn. De pronto, no pude ya respirar el aire de Desselbrunn, y los muros de Desselbrunn me ponían malo y sus habitaciones amenazaban asfixiarme, hay que imaginárselo, aquellas habitaciones grandes, aquellas habitaciones de nueve metros por seis o de ocho metros por seis, pensé. Odiaba aquellas habitaciones y odiaba el contenido de aquellas habitaciones y, cuando salía de la casa, odiaba a las personas que había ante la casa, era de repente injusto con todas aquellas personas, que sólo querían mi bien, pero precisamente eso, con el tiempo, me atacó los nervios, su altruismo ininterrumpido, que de pronto me repelió profundamente. Me parapetaba en mi cuarto de trabajo y miraba fijamente por la ventana, sin ver nada más que mi propia infelicidad. Salía al aire libre y denostaba a todo el mundo. Entraba corriendo en el bosque y me acurrucaba, agotado, bajo un árbol. Para no volverme realmente loco, volví la espalda a Desselbrunn, *por lo menos diez años, por lo menos diez años, por lo menos diez años*, me había dicho ininterrumpidamente, cuando dejé la casa y me fui a Viena, para ir a Portugal, donde tenía parientes en Sintra, en la más hermosa de las comarcas portuguesas, donde los eucaliptos alcanzan los treinta metros y puede respirarse el aire más puro. En Sintra volveré a encontrar también la música, que en Desselbrunn había expulsado de mí concienzudamente y, por decirlo así, para siempre, pensé entonces, pensé, y me regeneraré mediante una respiración matemáticamente calculada del aire del Atlántico. Entonces había pensado también poder continuar en el Steinway de mi tío de Sintra donde me había interrumpido en Desselbrunn, pero aquello fue un pensamiento disparatado, pensé, en Sintra bajaba corriendo todos los días mis seis kilómetros por la costa del Atlántico y no pensé en ocho meses en sentarme a un piano, aunque mi tío y también todos los demás de su casa decían continuamente que tocara algo para ellos, en Sintra no había pulsado jamás ni una tecla, de todos modos, en Sintra, en el curso de esa inactividad al aire libre, confesadamente espléndida y, como tengo que decir, en una de las más hermosas comarcas del *mundo*, tuve la idea de escribir algo sobre Glenn, algo, no podía saber qué, *algo sobre él y su arte*. Con ese pensamiento fui de un lado a otro por Sintra y sus alrededores y, en definitiva, pasé todo un año allí, sin empezar ese *algo sobre Glenn*. Comenzar una obra es lo más difícil de todo, y siempre he ido de un lado a otro durante meses y hasta años, sólo con el pensamiento de esa obra, sin poder comenzarla, y así ocurrió también en lo referente a Glenn, el cual, como pensaba entonces, tenía que ser descrito, descrito en cualquier caso por un testigo competente tanto de su existencia como de su forma de tocar el piano, un testigo competente de su cabeza totalmente extraordinaria. Un día me atreví a comenzar la obra, en el *Inglaterra*, donde había querido quedarme sólo dos días, pero en donde me quedé luego seis semanas, sin interrumpir la obra sobre Glenn. Al final, sin embargo, sólo llevaba esbozos en el bolsillo cuando trasladé mi residencia a Madrid, y aniquilé esos esbozos porque, de repente, me estorbaban en mi obra en lugar de serme útiles, había hecho demasiados esbozos, ese inconveniente me ha estropeado ya muchos trabajos; tenemos que hacer esbozos para

un trabajo, pero si hacemos demasiados esbozos, lo estropeamos todo, pensé, y así ocurrió también entonces en el *Inglaterra*, permanecí sin pausa en mi habitación e hice esbozos hasta que creí estar loco, y me di cuenta de que esos esbozos sobre Glenn eran la causa de mi locura, y había tenido fuerzas para aniquilar esos esbozos sobre Glenn. Sencillamente, los metí en el cesto de los papeles y observé cómo la camarera cogía ese cesto de los papeles y lo sacaba del cuarto y lo hacía desaparecer en la basura. Me resultó un espectáculo agradable, pensé, ver cómo la camarera cogía y hacía desaparecer mis esbozos sobre Glenn, no sólo cientos, sino miles. Me siento aliviado, pensé. Durante toda una tarde permanecí en mi sillón ante la ventana, y al anoecer me fue posible dejar el *Inglaterra* y en Lisboa, bajando por la *Liberdade*, ir a la rua Garrett, a mi local favorito. En definitiva, había tenido ya ocho de esos arranques, que terminaban siempre con la aniquilación de los esbozos, cuando supe por fin en Madrid cómo empezar la obra *Sobre Glenn*, que luego, efectivamente, terminé en la calle del Prado. Pero ya volvía a dudar de si esa obra valía realmente algo y pensaba en aniquilarla a mi regreso, todo lo escrito, si lo dejamos un tiempo bastante largo y lo examinamos una y otra vez desde el principio, nos resulta como es natural insoportable, y no paramos hasta que lo hemos aniquilado otra vez, pensé. La próxima semana estaré otra vez en Madrid, y lo primero será aniquilar la obra *sobre Glenn* para empezar otra nueva, pensé, otra todavía más concentrada, otra todavía más auténtica, pensé. Porque siempre creemos que somos auténticos y en verdad no lo somos, y creemos que nos concentramos y en verdad no nos concentramos. Pero, naturalmente, esa conciencia ha conducido siempre en mi caso a que, en definitiva, ninguna de mis obras haya aparecido, pensé, ni una sola en los veintiocho años que llevo dedicándome a esas obras, sólo a la obra sobre Glenn me dedico desde hace nueve años, pensé. Qué bien que todas esas obras incompletas e inacabadas no hayan aparecido, pensé, si las hubiera publicado, para lo que no hubiera tenido ninguna dificultad, hoy sería el más infeliz que cabe imaginar, diariamente enfrentado con unas obras catastróficas, plagadas de errores, de imprecisiones, de descuidos, de diletantismo. A ese castigo *me sustraje mediante su aniquilación*, pensé, e inmediatamente me produjo un gran placer la palabra *aniquilación*. Varias veces la dije para mis adentros. *Al llegar a Madrid, aniquilar enseguida la obra sobre Glenn*, para que pueda hacer otra nueva. Ahora sé cómo empezar esa obra nunca lo sabía, siempre la comenzaba demasiado pronto, de una forma diletante. Durante toda la vida huimos del diletantismo y siempre nos atrapa, pensé, y nada deseamos con mayor intensidad que escapar al diletantismo durante toda la vida, y una y otra vez somos atrapados por él. *Glenn y la falta de escrúpulos, Glenn y la soledad, Glenn y Bach, Glenn y las variaciones Goldberg*, pensé. *Glenn en su estudio del bosque, su odio a los hombres, su odio a la música, su odio a los hombres de la música*, pensé. *Glenn y la sencillez*, pensé, contemplando la sala del mesón. Tenemos que saber desde el principio lo que queremos, pensé, ya en la cabeza del niño tiene que estar claro lo que quiere el ser humano, lo que quiere tener, lo que debe tener, pensé. El tiempo que pasé en Desselbrunn, Wertheimer en Traich, pensé, fue un tiempo mortal. Las visitas mutuas y las críticas mutuas, pensé, que nos destrozaron. Sin embargo, sólo iba a ver a Wertheimer a Traich para destrozarlo, para molestarlo y para destrozarlo, lo mismo que, a la inversa, Wertheimer no venía a verme por ninguna otra razón; ir a Traich significaba sólo distraerme de mi horrible miseria espiritual y molestar a Wertheimer, intercambiar recuerdos de juventud, pensé, ante una taza de té, y siempre con Glenn Gould como centro, no Glenn, sino Glenn Gould, que nos aniquiló a los dos, pensé. Wertheimer venía a Desselbrunn para molestarme, para ahogar en la cuna un

trabajo comenzado por mí, ya en el momento en que anunciaba su visita. Continuamente decía él sólo *si no hubiéramos encontrado a Glenn*, pero también, *si Glenn hubiera muerto pronto, antes de convertirse en una celebridad mundial*, pensé. Encontramos a una persona como Glenn y nos vemos aniquilados, pensé, o salvados, en nuestro caso Glenn nos aniquiló, pensé. En un Bösendorfer no hubiera tocado nunca, según Glenn, pensé, no hubiera logrado nada en un Bösendorfer. El que toca un Bösendorfer frente al que toca un Steinway, pensé, los entusiastas del Steinway frente a los entusiastas del Bösendorfer. Al principio le habían instalado en la habitación un Bösendorfer, e inmediatamente hizo que se lo llevaran y se lo cambiaran por un Steinway, pensé, a eso no me hubiera atrevido yo, a plantear esa exigencia, pensé, en aquella época, en Salzburgo, al principio mismo del curso de Horowitz; ya entonces Glenn estaba plenamente seguro de lo que quería, la posibilidad de un Bösendorfer no se le planteaba, hubiese destruido su concepción. Y le habían cambiado sin resistencia el Bösendorfer por el Steinway, pensé, aunque Glenn no era todavía Glenn Gould. Todavía veo a los obreros sacando el Bösendorfer y entrando el Steinway, pensé. Pero Salzburgo no es lugar para el desarrollo de un pianista, decía Glenn a menudo, el clima es demasiado húmedo, echa a perder el instrumento y, al mismo tiempo, echa a perder al pianista, echa a perder las manos y el cerebro del pianista en el plazo más breve. Sin embargo, yo quería estudiar con Horowitz, decía Glenn, y eso fue decisivo. En la habitación de Wertheimer, las cortinas estaban corridas todo el tiempo y las persianas bajadas, Glenn tocaba con las cortinas descorridas y las persianas levantadas, y yo incluso, siempre, con las ventanas abiertas. Por suerte, no habíamos tenido ninguna casa vecina y, por consiguiente, a nadie irritado con nosotros, porque hubieran destruido nuestro trabajo. Habíamos alquilado, para toda la duración del curso de Horowitz, la casa de un escultor nazi muerto un año antes, y las *creaciones del maestro*, como se le llamaba en la vecindad, se alzaban todavía por todas partes, en aquellas habitaciones de cinco o seis metros de altura. La altura de aquellas habitaciones había hecho que alquilásemos la casa *inmediatamente*, y las esculturas que había por allí no nos molestaban, favorecían la acústica, aquellas pesadeces arrimadas a las paredes de un *artista del mármol mundialmente famoso*, como nos habían dicho, que durante decenios trabajó para Hitler. Aquellas gigantescas excrecencias marmóreas las habían arrimado realmente a las paredes los propietarios en nuestro honor, algo ideal desde el punto de vista acústico, pensé. Al principio nos había espantado ver las esculturas, aquel monumentalismo estúpido de mármol y granito, y Wertheimer, sobre todo, había retrocedido, pero Glenn había afirmado enseguida que las habitaciones eran las *habitaciones ideales* y, a causa de los monumentos, *todavía más ideales para nuestro objeto*. Las esculturas eran tan pesadas, que fracasábamos al intentar mover la más pequeña, nuestras fuerzas no bastaban y, sin embargo, no éramos debiluchos, los virtuosos del piano son personas fuertes con una resistencia inmensa, muy en contra de la opinión general. Glenn, al que todos creen, todavía hoy, de la constitución más débil imaginable, era un tipo atlético. Hundido ante el Steinway y tocando, parecía un inválido, y así lo conoce todo el mundo musical, pero todo el mundo musical sufre un engaño completo, pensé. A Glenn se le describe, en todas partes, como inválido y debilucho, como alguien *espiritualizado*, al que sólo se concede la invalidez y la hipersensibilidad que hace causa común con esa invalidez, pero era realmente un tipo atlético, mucho más fuerte que Wertheimer y yo juntos, eso lo habíamos vuelto a ver enseguida cuando se puso a cortar, con sus propias manos, un fresno que había ante su ventana y que, como él mismo lo expresó, le estorbaba para tocar el piano. Serró el fresno, que tenía un diámetro de medio metro al

menos, él solo, no nos dejó acercarnos en absoluto al fresno, troceó también enseguida el fresno y apiló los troncos contra la pared de la casa, el típico norteamericano, había pensado yo entonces, pensé. Apenas había serrado Glenn el fresno que, al parecer, le estorbaba, había tenido la idea de correr sencillamente las cortinas de su habitación, y de bajar las persianas. Hubiera podido ahorrarme cortar el fresno, dijo, pensé. A menudo cortamos uno de esos fresnos, muchos de esos fresnos espirituales, dijo, y hubiéramos podido evitarnoslo con una artimaña ridícula, dijo, pensé. Ya cuando, por primera vez, se sentó al Steinway en Leopoldskron, el fresno de la ventana le molestó. Sin pedir permiso siquiera al propietario, entró en el cobertizo de las herramientas, cogió hacha y sierra, y derribó el fresno. Si pido muchos permisos, según él, sólo pierdo tiempo y energías, derribaré el fresno enseguida, dijo, y lo derribó, pensé. Apenas yacía el fresno en el suelo, a Glenn se le había ocurrido que sólo hubiera tenido que correr las cortinas y bajar las persianas. El fresno derribado lo troceó sin nuestra ayuda, pensé, y restableció el orden total que le convenía a él, allí donde se había alzado el fresno. Si algo nos estorba, tenemos que eliminarlo, había dicho Glenn, aunque sólo sea un fresno. Y no debemos preguntarnos antes si podemos derribar el fresno, con eso nos debilitamos. Si pedimos permiso primero, nos quedamos ya tan debilitados que puede resultarnos perjudicial, y tal vez aniquilador, según él, pensé. Ninguno de sus oyentes, de sus admiradores, como pensé enseguida otra vez, tendría nunca la idea de que aquel Glenn Gould, conocido y famoso en todo el mundo, por decirlo así, como el prototipo de la debilidad del artista, pudiera derribar solo y en el plazo más breve un fresno fuerte y sano, de medio metro de espesor, y apilar contra la pared de una casa los pedazos de ese fresno derribado, y por añadidura en unas condiciones climáticas espantosas, pensé. Los admiradores admiran un fantasma, pensé, admiran a un Glenn Gould que nunca existió. Pero *mi* Glenn Gould es mucho más grande, más digno de admiración que el vuestro, pensé. Cuando nos dijeron que habíamos ido a vivir a la casa de un famoso escultor nazi, Glenn soltó una carcajada estentórea. Wertheimer se unió a esas carcajadas estentóreas, pensé, y los dos continuaron con sus carcajadas hasta llegar al agotamiento total, y por fin trajeron del sótano una botella de champaña. Glenn hizo que el corcho se estrellara exactamente contra el rostro de un ángel de Carrara de seis metros de altura y roció de champaña los rostros de los otros monstruos que lo rodeaban, salvo un pequeño resto que nos bebimos de la botella. Al final, arrojó la botella contra la cabeza de emperador del rincón con tal violencia, que tuvimos que guarecernos. Ninguno de esos admiradores de Glenn puede creer siquiera que Glenn Gould es capaz de reírse como siempre se ha reído, pensé. Nuestro Glenn Gould era más capaz que nadie de esas carcajadas incontenibles, pensé, y sin embargo la persona que había que tomar más en serio. A quien no sabe reír no hay que tomarlo en serio, pensé, y a quien no sabe reír como Glenn no hay que tomarlo en serio como a Glenn. Hacia las tres de la mañana se acurrucó, totalmente agotado, a los pies del emperador, él y sus variaciones Goldberg, pensé. Una y otra vez ese cuadro: Glenn apoyado en las pantorrillas del emperador, mirando fijamente al suelo. No se le podía hablar. De madrugada era un *recién nacido*, según él. Cada día me pongo una cabeza nueva, según él, mientras que, sin embargo, para el mundo es la vieja, según él. Wertheimer corría un día sí y otro no, a las cinco de la mañana, hasta el Untersberg, por suerte había descubierto un camino asfaltado que conducía hasta el Untersberg, y volvía otra vez, y yo mismo daba una vuelta antes del desayuno alrededor de la casa, de todos modos con cualquier tiempo, totalmente desnudo y antes de lavarme. Glenn sólo salía de la casa para ir a ver a Horowitz y volver. En el fondo, odio la Naturaleza, decía una y otra vez. Yo mismo me había

asimilado esa frase y, si me la dijera hoy también, la diría, según creo, siempre, pensé. *La Naturaleza está en contra de mí*, decía Glenn de la misma forma intuitiva que yo, que también digo esa frase una y otra vez, pensé. Nuestra existencia consiste en estar continuamente contra la Naturaleza y actuar contra la Naturaleza, decía Glenn, en actuar contra la Naturaleza hasta que renunciamos, porque la Naturaleza es más fuerte que nosotros, que, por altanería, nos hemos convertido en un *producto artístico*. Al fin y al cabo no somos seres humanos, somos *productos artísticos, el pianista es un producto artístico, un producto repulsivo*, decía de forma concluyente. Somos nosotros los que, continuamente, queremos escapar a la Naturaleza, pero no lo conseguimos, como es natural, decía, pensé, nos quedamos en el camino. En el fondo, queremos ser un piano, dijo, no un ser humano, sino un piano, durante toda la vida queremos ser piano y no ser humano, huimos del ser humano que somos, para ser totalmente piano, lo que, sin embargo, tiene que fracasar, pero en lo que, sin embargo, no queremos creer, según él. El pianista ideal (¡él nunca decía *Pianist* sino *Klavierspieler!*) es el que quiere ser piano, y la verdad es que todos los días me digo, al despertar, quiero ser el Steinway, no el ser humano que toca el Steinway, el Steinway mismo quiero ser. A veces nos acercamos a ese ideal, decía, nos acercamos mucho, cuando creemos estar ya locos, casi en la vía de la demencia, que tememos más que a nada. Glenn, durante toda su vida, quiso ser el Steinway mismo, odiaba la idea de estar *entre* Bach y Steinway sólo como mediador musical, y de ser triturado un día entre Bach y Steinway, un día, según él, quedaré triturado entre Bach, por un lado, y Steinway, por otro, decía, pensé. Toda mi vida he tenido miedo de quedar triturado entre Bach y Steinway, y me cuesta el mayor esfuerzo sustraerme a ese temor, decía. *Lo ideal sería que yo fuera el Steinway, que no necesitara a Glenn Gould*, decía, que pudiera, al ser el Steinway, hacer a Glenn Gould totalmente superfluo. Pero todavía no ha conseguido ningún pianista hacerse a sí mismo superfluo, *siendo* Steinway, según Glenn. Despertar un día y ser *Steinway y Glenn en uno*, decía, pensé, *Glenn Steinway, Steinway Glenn, sólo para Bach*. Posiblemente, Wertheimer odiaba a Glenn, me odiaba posiblemente a mí también, pensé, ese pensamiento se basaba en miles, si no en decenas de miles de observaciones relativas a Wertheimer, como también a Glenn, como también a mí. Y tampoco yo estaba libre de odiar a Glenn, pensé, odiaba a Glenn en todo momento, pero lo quería al mismo tiempo, con la máxima consecuencia. La verdad es que no hay nada más espantoso que ver a una persona que es tan grandiosa que su grandeza nos aniquila, y tenemos que ver y soportar ese proceso y al fin y al cabo aceptarlo también, cuando, realmente, no creemos en ese proceso, no creemos aún mucho tiempo después de que se nos haya convertido en una realidad incontrovertible, pensé, cuando es ya demasiado tarde para nosotros. Wertheimer y yo habíamos sido necesarios para el desarrollo de Glenn, muy a diferencia de él, y Glenn abusó de nosotros, pensé en la sala del mesón. La desvergüenza con que Glenn lo abordaba todo, las horribles vacilaciones de Wertheimer en cambio, mis reservas hacia todo y hacia todos, pensé. De pronto, Glenn fue *Glenn Gould*, todos habían pasado por alto el momento de esa conversión en Glenn Gould, como tengo que decir, también Wertheimer y yo. Glenn nos había arrastrado durante meses a un proceso de adelgazamiento común, pensé, a la obsesión por Horowitz, porque realmente hubiera podido ocurrir muy bien que, solo, yo no hubiera aguantado esos dos meses y medio salzburgueses con Horowitz, y Wertheimer desde luego no, y que hubiera renunciado a no ser por Glenn. Ni siquiera Horowitz hubiera sido aquel Horowitz si hubiese faltado Glenn, porque el uno condicionaba al otro, y a la inversa. Fue un curso de Horowitz para Glenn, pensé, de pie en el mesón, y nada más.

Glenn había hecho de Horowitz su maestro, y no Horowitz de Glenn, en definitiva, el genio, pensé. Glenn, en esos meses salzburgueses, hizo de Horowitz el maestro ideal para su genio, gracias a su genio, pensé. O penetramos como un todo en la música o no penetramos en absoluto, decía Glenn a menudo, también a Horowitz. Pero sólo él sabía lo que eso quería decir, pensé. Un Glenn tiene que encontrarse con un Horowitz, pensé, y de hecho en el único momento oportuno. Si ese momento no es el oportuno, no se logra lo que se logró con Glenn y Horowitz. El maestro que no es un genio es convertido por el genio en su maestro genial, en ese momento determinado y en una época muy determinada, pensé. Pero la auténtica víctima de ese curso con Horowitz no fui yo al fin y al cabo, sino Wertheimer, que indudablemente se habría convertido en un virtuoso del piano eminente, probablemente famoso en el mundo entero, de no ser por Glenn, pensé. Fue Wertheimer quien cometió el error de ir a Salzburgo ese año, con Horowitz, para ser aniquilado por Glenn, no por Horowitz. La verdad es que Wertheimer había *querido* ser virtuoso del piano, yo no lo quería en absoluto, pensé, para mí el virtuosismo pianístico fue sólo una escapatoria, una táctica de dilación para algo, en cualquier caso, que jamás me resultó claro, no hasta hoy; Wertheimer quería, yo no quería, pensé, Glenn lo lleva sobre su conciencia, pensé. Glenn había tocado sólo un par de compases y ya había pensado Wertheimer en renunciar, me acuerdo muy bien, Wertheimer había entrado en la sala del primer piso que tenía asignada Horowitz en el Mozarteum y había oído y visto a Glenn, y se había quedado de pie en la puerta, incapaz de sentarse, y Horowitz tuvo que invitarlo a sentarse, pero él no se pudo sentar mientras tocó Glenn, y sólo cuando Glenn había dejado de tocar se sentó Wertheimer, tenía los ojos cerrados, todavía lo veo muy bien, pensé, y no hablaba ya. Dicho de forma patética, aquello fue el fin, el fin de la carrera virtuosística de Wertheimer. Estudiamos durante un decenio un instrumento, que hemos elegido, y oímos entonces, después de ese decenio fatigoso, más o menos deprimente, unos compases de un genio y estamos acabados, pensé. Wertheimer no lo reconoció, no durante decenios. Pero esos compases tocados por Glenn fueron su fin, pensé. No para mí, porque, ya antes de haber conocido a Glenn, había pensado en dejarlo, en la falta de sentido de mis esfuerzos, a dondequiera que iba, yo era siempre el mejor, pero acostumbrado a esa situación, no dejaba de pensar en dejarlo, en interrumpir algo sin sentido, en contra de todas las voces que me aseguraban que yo era uno de los mejores, pero ser uno de los mejores no me bastaba, quería ser *el mejor o nada*, de forma que lo dejé, y regalé mi Steinway a la hija del maestro de Altmünster, pensé. Wertheimer había puesto todas sus aspiraciones en la carrera de virtuoso pianístico, como tengo que decir, yo no había puesto ninguna aspiración en esa carrera de virtuoso, ésa era la diferencia. Por eso, él se sintió *mortalmente* afectado por los compases de Goldberg de Glenn, *no yo*. Ser el mejor o no ser nada había sido siempre mi pretensión, en todos los aspectos. Por eso acabé finalmente también en la calle del Prado, en un anonimato total, ocupado en mi insensatez de escritor. El objetivo de Wertheimer había sido el virtuoso pianístico, que demuestra al mundo musical su maestría año tras año, hasta derrumbarse, por lo que sé de Wertheimer, hasta la senilidad avanzada. Ese objetivo se lo quitó Glenn del anzuelo, pensé, cuando Glenn se sentó y tocó los primeros compases de las variaciones Goldberg. Wertheimer había *tenido que oírlo*, pensé, había *tenido que* ser aniquilado por Glenn. Si no hubiera ido yo entonces a Salzburgo y no hubiera querido estudiar sin falta con Horowitz, habría continuado y habría logrado lo que quería, decía Wertheimer a menudo. Pero Wertheimer tuvo que ir a Salzburgo y matricularse en el curso de Horowitz, como suele decirse. Estamos ya aniquilados y, sin embargo, todavía no renunciamos, pensé, Wertheimer es un buen

ejemplo de ello, muchos años aún después de haber sido aniquilado por Glenn, no había renunciado, pensé. Y ni siquiera tuvo por sí mismo la idea de separarse de su Bösendorfer, pensé, primero tuve que regalar yo mi Steinway, para que él pudiera hacer subastar su Bösendorfer, él no hubiera regalado jamás su Bösendorfer, tenía que hacer que lo subastaran en el Dorotheum, eso es característico de él, pensé. Yo regalé el Steinway, él subastó su Bösendorfer, pensé, con eso está dicho todo. Toda lo que había en Wertheimer no provenía de Wertheimer mismo, me dije ahora, todo lo de Wertheimer fue siempre sólo algo copiado, algo imitado, él lo copiaba todo de mí, lo imitaba todo de mí, y por eso imitó y copió también mi fracaso, pensé. Sólo su suicidio fue en definitiva una decisión propia y totalmente suya, pensé, de forma que puede que al final, como suele decirse, tuviera aún una sensación de triunfo. Y posiblemente, por el hecho de haberse matado, por decirlo así, por su libre decisión, me aventajó en todo, pensé. Los caracteres débiles se convierten siempre sólo en artistas débiles, me dije, y Wertheimer lo confirma inconfundiblemente, pensé. La naturaleza de Wertheimer era totalmente opuesta a la naturaleza de Glenn, pensé, él tenía lo que se llama una *comprensión artística*. Glenn Gould no la necesitaba. Mientras que Wertheimer hacía preguntas continuamente, Glenn no hacía absolutamente ninguna pregunta, jamás le oí hacer preguntas, pensé. Wertheimer tenía siempre miedo de ir más allá de sus fuerzas, a Glenn no se le ocurría siquiera la idea de poder ir alguna vez más allá de sus fuerzas, Wertheimer, por lo demás, se disculpaba a cada instante por algo que no era motivo de disculpa, mientras que Glenn no conocía siquiera el concepto de disculpa, Glenn no se disculpaba jamás, aunque continuamente había motivo de disculpa, según nuestros conceptos. Para Wertheimer era siempre importante saber lo que la gente pensaba de él, Glenn no daba a eso el menor valor, lo mismo que yo tampoco, a mí, como a Glenn, me fue siempre indiferente lo que pensaba de mí el llamado entorno. Wertheimer hablaba hasta cuando no tenía nada que decir, sólo porque el silencio se le había vuelto peligroso, Glenn guardaba silencio hasta durante los periodos más largos, lo mismo que también yo, que, como Glenn, podía guardar silencio al menos durante días enteros, aunque no, como Glenn, durante semanas enteras. Sólo el miedo de no ser tomado en serio volvía charlatán a nuestro malogrado, pensé. Y a ello se debe también probablemente el que, tanto en Viena como también en Traich, estuviera la mayor parte del tiempo totalmente entregado a sí mismo, porque con su hermana *jamás surgió una conversación*. Para sus asuntos de propiedades tenía, como los llamaba él, administradores desvergonzados, con los que sólo se relacionaba por escrito. Así, Wertheimer era también, por consiguiente, una persona que podía guardar un silencio total y, posiblemente, incluso por más tiempo que Glenn y que yo, pero que, cuando estaba con nosotros, tenía que hablar, pensé. Él, que tenía su hogar en las mejores direcciones del centro de la ciudad, preferiría ir sobre todo a Floridsdorf, al distrito obrero, que se ha hecho famoso por su fábrica de locomotoras, a Kagran, a Kaisermühlen, donde tienen su hogar los más pobres entre los pobres, hasta el llamado Alsergrund o más allá de Ottakring, sin duda una perversión, pensé. Por la puerta de atrás con un traje gastado como disfraz proletario, para no llamar la atención en sus correrías de reconocimiento, pensé. De pie durante horas en el puente de Floridsdorf, observaba a los transeúntes, y miraba las aguas pardas del Danubio, hacía tiempo aniquiladas por la química, en las que los cargueros rusos y yugoslavos se movían en dirección al Mar Negro. Entonces había pensado a menudo, al parecer, si su mayor desgracia no había sido haber nacido en una familia rica, pensé, porque siempre decía que se sentía mejor en Floridsdorf y en Kagran que en el Distrito 1, mejor entre las gentes de Floridsdorf y de Kagran que entre las gentes del Distrito 1

que, en el fondo, siempre le habían resultado odiosas. Entraba en mesones de la Pragerstrasse y de la Brünnerstrasse y encargaba salchichas al vinagre, se quedaba horas enteras sentado y escuchaba a las gentes, las observaba hasta que, por decirlo así, le faltaba el aire, y tenía que salir, irse a casa, como es natural a pie, pensé. Pero una y otra vez decía también que era un error creer que, como habitante de Floridsdorf, hubiera sido más feliz, como habitante de Kagran, de Alsergrund, pensé, que era un error suponer que aquellas gentes aventajasen a los hombres del Distrito 1, al menos, por su mejor carácter. Mirándolos mejor, según él, los llamados desposeídos, los llamados pobres y los llamados atrasados eran tan carentes de carácter y estaban tan repulsivamente dispuestos como los otros, a los que pertenecemos y a los que, sólo por ese motivo, consideramos repulsivos. Las capas inferiores son un peligro público tanto como las superiores, decía, cometen las mismas atrocidades, y son tan rechazables como las otras, son distintas, pero igualmente atroces, decía, pensé. El llamado intelectual odia su llamado intelectualismo y cree que encontrará la salvación entre los llamados pobres y desposeídos, a los que antes se llamaba los *humillados y ofendidos*, decía, pero encuentra allí, en lugar de su salvación, la misma atrocidad, decía, pensé. Cuando he ido veinte o treinta veces a Floridsdorf y/o Kagran, decía Wertheimer a menudo, he comprendido mi error y he preferido sentarme en el Bristol y no perder de vista a mis iguales. Una y otra vez intentamos deslizarnos fuera de nosotros mismos, pero fracasamos en ese intento, y dejamos que nos hieran una y otra vez, porque no queremos comprender que no podemos escapar, a no ser por la muerte. Ahora él se ha escapado de sí mismo, pensé, de una forma más o menos repugnante. Dejarlo a los cincuenta, lo más tarde a los cincuenta y uno, dijo una vez. Al final se tomó a sí mismo *en serio*, pensé. Observamos a un compañero de estudios, y cómo recorre el camino de la escuela superior, pensé, y le hablamos y hemos fundado lo que se llama una amistad para toda la vida. Como es natural, al principio no sabemos que se trata de lo que se llama una amistad para toda la vida, porque al principio sólo la consideramos como una amistad interesada, que tenemos que tener en ese momento para poder avanzar, pero no es tampoco una persona cualquiera ésa con la que hablamos, sino la única posible en ese momento, pensé, porque la verdad es que yo tenía cientos de posibilidades de hablar con compañeros, que estudiaban todos en el Mozarteum, y con muchos que habían asistido entonces al curso de Horowitz, pero había hablado precisamente con Wertheimer, por el hecho de que en Viena nos habíamos visto y hablado ya una vez, pensé, de lo que él se acordaba. La verdad es que Wertheimer estudió principalmente en Viena, no como yo en el Mozarteum, en la Wiener Akademie que, considerada desde el Mozarteum, ha pasado siempre por ser la mejor escuela superior de música, lo mismo que, a la inversa, el Mozarteum, visto desde Viena, siempre como el instituto más provechoso, pensé. Los que estudian en un instituto valoran siempre su propio instituto en menos de lo que vale, y miran de reojo al instituto rival, sobre todo los que estudian música son conocidos por el hecho de valorar siempre mucho más el instituto rival, y los que estudiaban música en Viena pensaban y creían siempre que el Mozarteum era mejor, lo mismo que, a la inversa, los estudiantes del Mozarteum, que la Wiener Akademie era la mejor. En el fondo, tanto la Wiener Akademie como el Mozarteum tenían y siguen teniendo hasta hoy profesores igualmente buenos o igualmente malos, pensé, sólo de los alumnos depende aprovechar a esos profesores para sus fines con una falta de escrúpulos máxima. Ni siquiera depende de la calidad de nuestros profesores, pensé, depende de nosotros mismos, porque, en definitiva, también malos profesores han producido una y otra vez genios, pensé. Horowitz tenía la mejor reputación y a nosotros nos atrajo esa mejor reputación,

pensé. Pero no teníamos idea de Glenn Gould, de lo que significaba para nosotros. Glenn Gould era un alumno como cualquier otro, dotado al principio de curiosos modales, y en definitiva del mayor talento que ha habido nunca en este siglo, pensé. Para mí, asistir al curso de Horowitz no fue la catástrofe que fue para Wertheimer, para Glenn, Wertheimer era demasiado débil. Visto así, Wertheimer, al inscribirse en el curso de Horowitz, pisó una *trampa mortal*, pensé. La trampa se cerró cuando oyó tocar a Glenn por primera vez, pensé. De esa trampa mortal no salió ya Wertheimer. Wertheimer hubiera debido quedarse en Viena y seguir estudiando en la Wiener Akademie, pensé, la palabra Horowitz lo aniquiló, pensé, indirectamente, el *concepto de Horowitz*, aunque también, realmente, lo aniquiló Horowitz. Cuando estuvimos en Norteamérica, yo le había dicho a Glenn que él había aniquilado a Wertheimer, pero Glenn no comprendió en absoluto lo que yo quería decir. Tampoco yo lo había molestado nunca más con ese pensamiento. Wertheimer sólo fue conmigo a Norteamérica de mala gana, en el viaje me había dado a entender una y otra vez que, en el fondo, detestaba a los artistas que habían llevado tan lejos su arte, según dijo literalmente Wertheimer, como Glenn, y que aniquilan su personalidad para ser genios, como lo expresó entonces Wertheimer. En definitiva, personas como Glenn se habían convertido al final en *máquinas artísticas*, no tenían ya nada en común con una persona, y sólo rara vez lo recordaban, pensé. Wertheimer envidiaba a Glenn, pero continuamente su arte, no era capaz de asombrarse sin envidia, ya que no de admirar, para lo que también a mí me faltaban y me faltan todas las condiciones, jamás he admirado nada, pero sin embargo me he asombrado de muchas cosas en mi vida, y más que de nada, puedo decir, me he asombrado en mi vida, que posiblemente merece llamarse, a pesar de todo, una vida de artista, de Glenn, asombrado he observado su desarrollo, asombrado me he encontrado con él una y otra vez, he acogido, como suele decirse, sus interpretaciones. Yo había tenido siempre la posibilidad de dar rienda suelta a mi asombro, de no dejar que nada ni nadie limitaran, restringieran mi asombro, pensé. Esa facultad no la había tenido Wertheimer jamás, en ningún sentido, pensé. Al fin y al cabo, a diferencia de Wertheimer, que hubiera querido ser de buena gana Glenn Gould, yo no había querido nunca ser Glenn Gould, siempre quise ser sólo yo mismo, Wertheimer, sin embargo fue siempre uno de esos que continuamente y durante toda la vida y hasta llegar a una desesperación permanente, quieren ser otro, como tienen siempre que creer, más afortunado en la vida, pensé. Wertheimer hubiera sido de buena gana Glenn Gould, hubiera sido de buena gana Horowitz, hubiera sido de buena gana también, probablemente, Gustav Mahler o Alban Berg. Wertheimer no era capaz de verse *a sí mismo como alguien único*, como todo el mundo puede y tiene que permitirse, si no quiere desesperar, sea quien sea, es alguien único, me digo a mí mismo una y otra vez, y eso me salva. Wertheimer jamás había querido considerar esa áncora de salvación, es decir, la de considerarse a sí mismo como alguien único, para ello le faltaban todas las condiciones. Todo ser humano es un ser humano único y realmente, considerado en sí mismo, la mayor obra de arte de todos los tiempos, así he pensado y tenido que pensar siempre, pensé. Wertheimer no tenía esa posibilidad, por eso quería ser siempre sólo Glenn Gould o sencillamente Gustav Mahler o Mozart y compinches, pensé. Eso lo precipitó ya muy pronto y una y otra vez en la infelicidad. No tenemos que ser genios para ser únicos y poder reconocerlo también, pensé. Wertheimer era un *emulador* ininterrumpido, emulaba a todo el que creía que estaba mejor situado que él, aunque no tenía condiciones para ello, como ahora comprendo, pensé, había querido ser sin falta artista y, por ello, cayó en la catástrofe. De ahí también su inquietud, su constante e instante ir, deambular,

nopoderestarsequieto, pensé. Y desahogaba su infelicidad con su hermana, a la que torturó durante decenios, pensé, la encerró dentro de su cabeza para, según pensaba yo, no dejarla salir jamás. En los llamados *recitales*, en que los estudiantes se acostumbran al mecanismo de los conciertos, y que se celebraban todos en la llamada *Wiener Saal*, actuamos una vez juntos, como suele decirse, en *Brahms a cuatro manos*. Wertheimer, durante todo el concierto, había querido imponerse y, con ello, había destrozado concienzudamente el concierto. Destrozado de forma totalmente consciente, como comprendo hoy. Después del concierto me dijo, perdona, sólo esa palabra, eso era característico en él. Él era incapaz de tocar con otro, y había querido, como suele decirse, *brillar* y, dado que, como es natural, no lo consiguió, destrozó el concierto, pensé. Wertheimer, durante toda su vida, quiso imponerse una y otra vez, lo que nunca consiguió, en ningún aspecto, en ningún caso. Por eso tuvo al fin y al cabo que matarse, pensé. Glenn no hubiera tenido que matarse, pensé, porque Glenn no había querido jamás imponerse, se impuso siempre y en todas partes y en todos los casos. Wertheimer quería cada vez más, sin tener condiciones para ello, pensé, Glenn tenía todas las condiciones para todo. Yo no entro aquí en consideración, por lo que a mí se refiere puedo decir sin embargo que, una y otra vez, he tenido todas las condiciones para todo lo imaginable, pero sin embargo, la mayoría de las veces, no he aprovechado, de forma totalmente consciente, esas condiciones, siempre por indolencia, altanería, pereza, hastío, pensé. Pero Wertheimer no había tenido jamás, para nada de lo que abordó, las condiciones precisas, para nada de nada, como suele decirse. Salvo que tenía todas las condiciones para ser un hombre desgraciado. En ese sentido, al fin y al cabo no es de extrañar que se matara precisamente Wertheimer y no Glenn ni tampoco yo, aunque Wertheimer me predijo, una y otra vez, *mi* suicidio, lo mismo que tantos otros, que una y otra vez me han dado a entender que *ellos* sabían que *yo* me mataría. La forma de tocar el piano de Wertheimer era realmente mejor que la de todos los demás del Mozarteum, decirlo es importante, pero, después de haber oído él a Glenn, ese hecho no le bastó ya. Tocar como podía hacerlo Wertheimer lo consiguen todos los que se proponen ser famosos, alcanzar la maestría, sólo con pasar para ello en el piano los decenios de trabajo necesarios, pensé, pero cuando se encuentran con un Glenn Gould y han oído tocar a un Glenn Gould *así*, han fracasado, si son como Wertheimer, pensé. El entierro de Wertheimer no duró ni media hora. Al principio había querido ponerme lo que se llama un traje oscuro para su entierro, pero sin embargo luego decidí ir al entierro con mi traje de viaje, de repente me había parecido ridículo someterme a una etiqueta de luto que he odiado siempre, como todas las etiquetas de vestimenta, de forma que fui al entierro como había emprendido el viaje a Chur, con mi traje de todos los días. Al principio había pensado que iría a pie al cementerio de Chur, pero sin embargo luego tomé un taxi e hice que me dejara ante la puerta principal. El telegrama de la hermana de Wertheimer, que ahora se llama Duttweiler, me lo había guardado previsoramente, porque en él figuraba la hora exacta del entierro. Que tenía que tratarse de algún accidente, había pensado, que, posiblemente, a Wertheimer lo había atropellado un coche en Chur y, como no sabía de ninguna enfermedad grave y amenazadora para la vida de Wertheimer, consideré todos los accidentes posibles pero, sobre todo, los accidentes de tráfico, que son hoy tan corrientes, pero no tuve la idea de que hubiera podido suicidarse. Aunque esa idea, como comprendo ahora, pensé, hubiera debido ser la más inmediata. El que la señora Duttweiler me hubiera enviado el telegrama a mi dirección de Viena y no a Madrid me sorprendía, porque cómo podía saber la hermana de Wertheimer que yo estaba en Viena y no en Madrid, pensé. Hasta ahora no me resulta claro cómo

supo que se me podía encontrar en Viena y no en Madrid, pensé. Posiblemente, sin embargo, ella se había puesto en contacto aún con su hermano, antes del suicidio, pensé. Como es lógico, yo hubiera ido también de Madrid a Chur, aunque la verdad es que eso hubiera sido más complicado. O quizá no, pensé, porque de Zurich a Chur resulta fácil. Otra vez había enseñado a varias personas interesadas mi piso de Chur, que desde hace años quiero vender sin encontrar comprador apropiado, y tampoco los que ahora se habían presentado entraban en consideración. O bien no querían pagar el precio que yo pedía, o quedaban eliminados por otras razones. La verdad era que yo tenía la intención de vender mi piso de Viena *tal y como está*, es decir, en su totalidad, pero para ello los compradores tienen que caerme bien y ninguno de ellos me caía bien, como suele decirse. También pensaba si no sería absurdo separarme del piso de Viena precisamente *ahora, en estos tiempos difíciles*, renunciar a él en una época de inseguridad absoluta. Nadie vende ahora, si no se ve obligado a ello, pensé, y la verdad era que yo no me veía obligado a vender el piso. Tengo Desselbrunn, me había dicho siempre, el piso de Viena no lo necesito, porque al fin y al cabo vivo en Madrid y no tengo la intención de volver a Viena hasta el fin de los tiempos, había pensado siempre, pero entonces veía todas aquellas espantosas caras de compradores, que me quitaban la idea de vender mi piso de Viena. Y en fin de cuentas, pensé, la verdad es que Desselbrunn no basta a la larga, es mejor tener un pie en Viena y otro en Desselbrunn que estar sólo con Desselbrunn y pensé que, en el fondo, tampoco volveré ya a Desselbrunn, pero tampoco venderé Desselbrunn. No venderé el piso de Viena ni tampoco Desselbrunn, renunciaré al piso de Viena, al que al fin y al cabo he renunciado ya, como renuncio y he renunciado ya a Desselbrunn, pero no venderé ni Viena ni Desselbrunn, pensé, los necesito. Si soy sincero, tengo en realidad exactamente las reservas que me permiten sin más no vender Desselbrunn ni Viena, no vender absolutamente nada. Si vendo, seré bobo, pensé. Así tengo Viena y tengo Desselbrunn, aunque no utilice ni Viena ni Desselbrunn, pensé, pero en segundo plano tengo Viena y Desselbrunn y, por ello, mi independencia es una independencia mucho mayor que si no tuviera Viena, o Desselbrunn, o Viena y Desselbrunn pensé. A las cinco de la mañana se fijan los entierros que no deben llamar la atención de ningún modo, pensé, y con el entierro de Wertheimer, lo mismo los Duttweiler que la administración del cementerio de Chur no habían querido provocar ninguna expectación. La hermana de Wertheimer dijo varias veces que, en el caso del entierro de su hermano, se trataba de un *entierro provisional*, tenía la intención de hacer *trasladar* a su hermano un día a Viena, para enterrarlo en el panteón de la familia Wertheimer, en el cementerio de Döbling. De momento, sin embargo, no se planteaba el traslado de su hermano, por qué, no lo dijo, pensé. El mausoleo de los Wertheimer es uno de los mayores del cementerio de Döbling, pensé. Posiblemente *en el otoño*, había dicho la hermana de Wertheimer, de casada Duttweiler, pensé. El señor Duttweiler llevaba chaqué, pensé, y acompañó a la hermana de Wertheimer hasta la tumba, que habían abierto al otro extremo del cementerio de Chur, es decir, ya al borde del Müllberg. Como nadie habló y el ataúd con Wertheimer fue bajado a la fosa con increíble habilidad por los sepultureros, el entierro no había durado más de veinte minutos. Un señor vestido de negro que, evidentemente, pertenecía a la funeraria, y con seguridad era incluso el propietario de la empresa de pompas fúnebres, pensé, había querido decir algo, pero el señor Duttweiler, antes de que hubiera empezado siquiera su discurso, le había cortado el discurso. Yo mismo había sido incapaz de encargarme y traer flores, eso no lo he hecho en mi vida, y resultó tanto más deprimente el hecho de que tampoco los Duttweiler hubieran traído flores, probablemente, pienso, porque la hermana de Wertheimer opinaba que, en

el entierro de su hermano, no resultaban apropiadas las flores, y la verdad era que había tenido razón al opinarlo, pensé, aunque por otra parte aquel entierro totalmente sin flores hizo una impresión horrible en todos los participantes. El señor Duttweiler, todavía ante la fosa abierta, les dio a cada uno de los sepultureros dos billetes, lo que hizo un efecto repulsivo, pero sin embargo armonizaba con todo el entierro. La hermana de Wertheimer miró dentro de la tumba, su marido no lo hizo, y yo tampoco. Salí del cementerio a pie detrás del matrimonio Duttweiler. Ante la puerta, los dos se volvieron hacia mí y me hicieron una invitación para almorzar que, sin embargo, no acepté. Eso, sin duda, no fue acertado, pensé ahora en el mesón. Probablemente hubiera podido saber por los dos, y especialmente por la hermana de Wertheimer, cosas importantes, útiles para mí, así pues me despedí y, de pronto, me quedé solo. Chur no me interesaba ya, y fui a la estación y me dirigí con el primer tren hacia Viena. Es totalmente natural que, después de un entierro, pensemos intensamente durante bastante tiempo en el enterrado, y más cuando era un amigo próximo y, más aún, íntimo, con el que estuvimos unidos durante decenios, y lo que se llama un compañero de estudios es siempre un acompañante extraordinario en la vida y la existencia, porque, por decirlo así, es el primer testigo de nuestras relaciones, pensé, y en el viaje a través de Buchs y la frontera de Liechtenstein no me ocupé más que de Wertheimer. Que nació con una fortuna realmente gigantesca, no había sabido qué hacer durante toda su vida con esa fortuna gigantesca, y siempre había sido desgraciado con esa fortuna gigantesca, pensé. Que sus padres fueron incapaces de, como suele decirse, abrirle los ojos, y que fueron ellos los que, ya de niño, lo deprimieron, pensé. *Tuve una infancia deprimente*, así decía siempre Wertheimer, *tuve una juventud deprimente*, así decía, *tuve una época de estudios deprimente*, *tuve un padre que me deprimía*, *una madre que me deprimía*, *profesores deprimentes*, *un mundo que continuamente me deprimía*. Que ellos (sus padres y educadores) habían herido siempre sus sentimientos y descuidado igualmente siempre su inteligencia, pensé. Que jamás había tenido un hogar, pensé, siempre en habitaciones de hotel, porque sus padres no le dieron ningún hogar, porque eran incapaces de darle un hogar. Que hablaba siempre más que nadie de la familia, porque los suyos no eran una familia. Que, en definitiva, nada odiaba más que a sus padres, que siempre calificaba sólo de destructores y aniquiladores. Que, después de la muerte de sus padres, que se precipitaron con su coche en un barranco, en las proximidades de Brixen, no había tenido en fin de cuentas a nadie más que su hermana, porque a todos los demás, incluido yo, los había ofendido, y que se había apoderado totalmente de su hermana, pensé, sin escrúpulos. Que siempre lo exigía todo, pero no daba nada, pensé. Que una y otra vez había ido al puente de Floridsdorf para tirarse de él, sin tirarse realmente, que estudió música para convertirse en virtuoso del piano, sin convertirse en virtuoso del piano, y que finalmente, como él mismo decía una y otra vez, se refugió en las ciencias del espíritu, sin saber qué son las ciencias del espíritu, pensé. Que, por una parte, sobreestimó sus posibilidades, y por otra las subestimó, pensé. Que también de mí exigía siempre más de lo que me daba, pensé. Que siempre esperó de mí, como también de otros, demasiado, y que esas esperanzas no podían ser satisfechas jamás, y por ello había tenido que ser siempre infeliz, pensé. Wertheimer nació como hombre infeliz, eso lo había sabido él, pero sin embargo, como todos los demás hombres infelices, no había querido comprender que tenía que ser infeliz, como creía, y los otros no, eso le deprimía y no lo sacaba ya de su desesperación. *Glenn es un hombre feliz, yo soy un hombre infeliz, decía a menudo*, mientras que yo le respondía que no se podía decir que Glenn fuera un hombre feliz, mientras que él, Wertheimer, sí que era realmente un

hombre infeliz. Siempre es exacto cuando decimos que algún hombre es un hombre infeliz, le dije a Wertheimer, pensé, mientras que nunca resulta exacto cuando decimos que alguno es un hombre feliz. Pero, desde el punto de vista de Wertheimer, Glenn Gould fue siempre un hombre feliz, lo mismo que a mí, como me consta, porque me lo dijo suficientes veces, pensé, me reprochaba que yo fuera feliz o, por lo menos, más feliz que él, que, la mayor parte del tiempo, se consideraba el más infeliz de todos. Que Wertheimer, sin embargo, no escatimó medios para ser infeliz, para ser el hombre infeliz del que siempre hablaba, pensé, porque la verdad es que sus padres, indudablemente, habían intentado hacer feliz a su hijo, una y otra vez, pero Wertheimer los rechazó siempre, lo mismo que rechazó siempre también a su hermana cuando ella intentó hacerlo feliz. Como no lo es ningún hombre, tampoco Wertheimer era ininterrumpidamente el ser infeliz que, como él creía, está totalmente dominado por su infelicidad. Recuerdo que, precisamente durante el curso con Horowitz, fue feliz, daba paseos conmigo (y con Glenn) que lo hacían feliz, y que también fue capaz de convertir su soledad de Leopoldskron en un estado de felicidad, como prueban mis observaciones, pensé, pero realmente todo eso se acabó cuando oyó tocar a Glenn por primera vez las variaciones Goldberg, que Wertheimer, como me consta, nunca se atrevió a tocar después. Yo mismo había intentado, ya pronto y mucho antes que Glenn Gould, tocar las variaciones Goldberg, nunca había tenido miedo de ellas, a diferencia de Wertheimer, que, por decirlo así, había aplazado siempre para más adelante las variaciones Goldberg, pensé, esa falta de coraje ante una obra tan inmensa como las variaciones Goldberg no la había tenido yo nunca, jamás había sufrido por esa falta de coraje, nunca me había roto la cabeza con semejante desvergüenza, en efecto, ni siquiera había pensado en ello, de forma que sencillamente comencé a estudiarlas y, ya antes del curso con Horowitz, osé tocarlas, naturalmente de memoria y no peor que muchos de nuestros famosos personajes, pero como es natural no como yo hubiera deseado. Wertheimer fue siempre el tipo más pusilánime, totalmente inepto ya por esa razón agravante para una carrera de virtuoso, y más aún con el piano, para el que se necesita una intrepidez radical hacia todo y hacia todos, pensé. El virtuoso, y más aún el virtuoso mundial, no puede temer absolutamente nada, da igual qué clase de virtuoso sea. El miedo de Wertheimer era siempre evidente, no había podido ocultarlo jamás ni siquiera un tanto. Un día, su concepción tendría que derrumbarse, pensé, como efectivamente se derrumbó, y ni siquiera ese derrumbamiento de su concepción como artista fue suyo, sino que fue provocado sólo por mi propia decisión de separarme definitivamente de mi Steinway y de una carrera de virtuoso, pensé. Que lo tomó todo o casi todo de mí, pensé, también todo lo que, desde luego, era propio de mí, pero no de él, muchas cosas que me eran provechosas, pero que a él tenían que serle perjudiciales, pensé. Aquel emulador me emulaba en todo, hasta en aquello que, evidentemente, sólo estaba orientado contra él, pensé. Para Wertheimer fui siempre sólo perjudicial, pensé, y ese reproche hacia mí no podré quitármelo de la cabeza mientras viva, pensé. Wertheimer no era independiente, pensé. En muchas cosas, más sensible que yo, pero en fin de cuentas, y ése fue su mayor defecto, dotado sólo *de sentimientos equivocados*, realmente un *malogrado*, pensé. Como no tenía el valor de copiar lo que era importante para él de Glenn, lo copiaba todo de mí, lo que sin embargo no le aprovechaba, porque de mí no había copiado nada útil para él, siempre sólo lo inútil, lo que, sin embargo, no quería comprender, aunque yo se lo señalaba una y otra vez, pensé. Si él hubiera sido comerciante y, por consiguiente, administrador del imperio de sus padres, pensé, hubiera sido feliz, feliz en su sentido, pero para una decisión así le había faltado también el valor, *el pequeño*

giro del que le había hablado yo con bastante frecuencia, pero que él nunca quiso aceptar. Él quería ser artista, *artista de la vida* no le bastaba, aunque precisamente ese concepto es todo lo que nos hace feliz, si somos clarividentes, pensé. En definitiva, estaba enamorado de su fracaso, si es que no chiflado incluso, pensé, se había obstinado en ese fracaso hasta el fin. Realmente podía decir, en efecto, que sin duda era infeliz en su infelicidad, pero hubiera sido todavía más infeliz si de la noche a la mañana hubiera perdido su infelicidad, si se le hubiera privado de ella en un momento, lo que sería a su vez una prueba de que, en el fondo, no fue en absoluto infeliz, sino feliz, aunque sólo fuera a causa de su infelicidad y con ella, pensé. Al fin y al cabo, muchos, por estar profundamente hundidos en la infelicidad, son felices en el fondo, pensé, y me dije que Wertheimer, probablemente, había sido en realidad feliz, porque tenía continuamente conciencia de su infelicidad, podía alegrarse de su infelicidad. El pensamiento no me pareció de pronto absurdo en absoluto, a saber, pensar que él tenía miedo de perder su infelicidad por alguna razón que yo no conocía y, por eso, fue a Chut y a Zizers y se mató. Posiblemente tengamos que partir de la base de que las que se llaman personas infelices no existen en absoluto, pensé, porque la verdad es que a la mayoría las hacemos infelices sólo porque les quitamos *su infelicidad*. Wertheimer tenía miedo de perder *su infelicidad*, y se mató por esa razón y por ninguna otra, pensé, se sustrajo al mundo mediante una artimaña astuta, por decirlo así rescató una promesa en la que nadie creía ya, pensé, se sustrajo precisamente al mundo que, como a sus millones de compañeros de infortunio, realmente sólo quiso siempre hacerlo feliz, lo que sin embargo él supo impedir con la mayor brutalidad hacia sí mismo y hacia todos los demás, porque, como también todos los demás, se había acostumbrado de forma mortal a su infelicidad como a ninguna otra cosa. Después de terminar los estudios, Wertheimer hubiera podido dar muchos conciertos, pero los rechazó, pensé, no los aceptó a causa de Glenn, se le había hecho imposible tocar en público, *sólo la idea de tener que subir a un tablado me da náuseas*, decía, pensé. Recibió numerosas invitaciones, pensé, y rechazó todas esas invitaciones, hubiera podido ir a Italia, a Hungría, a Checoslovaquia, a Alemania, porque se había hecho un nombre entre los agentes, como suele decirse, sólo con los recitales del Mozarteum. Sin embargo, todo lo que había en él no había sido más que falta de coraje, en vista del modo y manera en que Glenn había triunfado con las variaciones Goldberg. Cómo puedo presentarme en público ahora que he oído a Glenn, decía él a menudo, mientras que yo le daba a entender una y otra vez que tocaba mejor que todos los demás, *aunque no tan bien como Glenn*, lo que no le decía, pero sin embargo podía deducirse siempre de todo lo que le decía. El *artista del piano*, le decía a Wertheimer, y había utilizado muy a menudo ese concepto del artista del piano, cuando hablaba con Wertheimer sobre el arte del piano, para evitar el repulsivo *pianista*, así pues, el artista del piano no debe dejarse impresionar tanto por un genio, que se quede paralizado, porque la realidad es que te has dejado impresionar tanto por Glenn que ahora estás paralizado, tú, el talento más extraordinario que jamás ha pisado el Mozarteum, dije, y con ello decía la verdad, porque Wertheimer era realmente ese talento extraordinario y el Mozarteum no ha conocido tampoco otro talento extraordinario así, aunque Wertheimer, como queda dicho, no fuera un genio como Glenn. No hay que dejarse derribar enseguida por ese torbellino norteamericanocanadiense, le había dicho a Wertheimer, pensé. Los que no eran tan extraordinarios como Wertheimer no se habían dejado irritar por Glenn de aquella forma mortal, pensé, por otra parte, tampoco habían reconocido el genio de Glenn Gould. Wertheimer había reconocido al genial Glenn Gould y se había visto mortalmente afectado, pensé.

Y cuando cesamos y renunciamos demasiado tiempo, de pronto no tenemos ya valor y, por ello, no tenemos ya fuerzas para presentarnos en público, pensé, y Wertheimer, después de haber renunciado durante dos años, al terminar sus estudios, a todas las invitaciones, no tenía de ningún modo ya valor para presentarse en público, no tenía ya fuerzas para responder siquiera a un agente, pensé. Lo que Glenn podía permitirse, es decir, tomar en un momento la decisión de no actuar más en público y, sin embargo, seguir perfeccionándose hasta el límite extremo de sus posibilidades y, en el fondo, de todas las posibilidades instrumentales del piano, y sólo entonces, mediante el aislamiento, convertirse en el más extraordinario de todos los extraordinarios y finalmente, por añadidura, en el más famoso del mundo, no le era posible, como es natural, a Wertheimer. Al temer actuar en público, perdió paulatinamente, no sólo la relación con el *mecanismo de los conciertos*, como puede decirse sin más, sino también sus facultades, porque Wertheimer no era, como Glenn, capaz de superarse en su arte una vez más y en la más alta medida, precisamente por el hecho de aislarse, Wertheimer, por el contrario, se vio más o menos acabado a causa del aislamiento. Por lo que a mí se refiere, toqué todavía unas cuantas veces en Graz y Linz, y también una vez en Coblenza del Rin, por mediación de una compañera de estudios, y lo dejé luego totalmente. No me producía ya placer tocar el piano, y no tenía la intención de tener que recibir toda la vida la aprobación de un público que entretanto y, según me parecía, de forma totalmente natural de la noche a la mañana, se me había vuelto completamente indiferente. A Wertheimer, sin embargo, ese público no le resultaba en absoluto indiferente, padecía una necesidad ininterrumpida de aprobación artística, como tengo que decir, lo mismo que, por lo demás, también Glenn, y Glenn quizá en medida mayor aún que Wertheimer, pero Glenn consiguió precisamente lo que Wertheimer sólo había soñado siempre, pensé. Glenn Gould era el virtuoso nato en todos los aspectos, pensé, Wertheimer, de antemano, el fracasado, que no podía comprender y, durante toda su vida, no pudo entender su fracaso; y aunque también nuestro mejor pianista en general, como puedo decir sin restricciones, era sin embargo el fracasado típico, que en su primer enfrentamiento real, a saber, con Glenn, fracasó, tenía que fracasar. Glenn era el genio, Wertheimer no era más que ambición, pensé. Realmente, Wertheimer trató luego de buscar una conexión, como suele decirse, pero no encontró ya ninguna conexión. De repente se vio *segregado* del arte del piano, pensé. Y, como él mismo decía una y otra vez, entró en las llamadas ciencias del espíritu, sin saber lo que eran esas ciencias del espíritu, pensé. Cayó en el aforismo, dicho sea con mala intención, en el seudofilosofismo, pensé. Durante años tocó para sí y, con ello, no consiguió más o menos otra cosa que una mortificación musical, pensé. De pronto, lo intentó nada más que como segundoschopenhauer, segundokant, segundonovalis, y coloreó esa perplejidad seudofilosófica con Brahms y Handel, con Chopin y Rachmaninov. Y se consideró a sí mismo nada más que como repulsivo, en cualquier caso, yo había tenido esa impresión cuando, después de años, había vuelto a verlo. El Bösendorfer había sido para él nada más que un medio de *realzar* musicalmente su vía de las ciencias del espíritu, aquí va bien esa fea palabra, pensé. En dos años, lo perdió prácticamente todo; lo que había logrado en los doce años de estudios anteriores no podía oírse ya, recuerdo que lo visité en Traich, hace doce o trece años, y me quedé estremecido por su forma de *aporrear*, porque no era otra cosa lo que él me había ofrecido en un ataque de sentimentalismo artístico, y el que, con su propuesta de tocar algo para mí, hubiera querido presentarme, de forma totalmente consciente, su total decadencia artística, no lo creía yo, más bien que había tenido la esperanza de que yo lo animara sin embargo y sólo ahora a una

carrera en la que él mismo no creía ya desde hacía casi un decenio, pero en que yo le diera ánimos no había ni que pensar, y le había dicho muy claramente que estaba acabado, que tenía que apartar sus dedos del piano, que era un tormento, y nada más, tener que oírlo, y que su forma de tocar me había precipitado en el mayor desconcierto y la más profunda tristeza. Cerró la tapa del Bösendorfer, se puso en pie y salió al aire libre, no volvió en dos horas, y no dijo ya palabra en toda la noche, pensé. El piano no le resultaba ya posible, y las llamadas ciencias del espíritu no eran un sustitutivo, pensé. Habiendo comenzado para ser grandes virtuosos, pensé, pasan ahora su existencia ya desde hace decenios, nada más que como profesores de piano, pensé, nuestros antiguos compañeros de estudios, se llaman a sí mismos pedagogos musicales y existen una espantosa existencia de pedagogos, dependen de alumnos sin talento y de sus padres megalómanos y ávidos de arte, y sueñan, en sus pisos pequeñoburgueses, con su pensión de pedagogos musicales. El noventa y ocho por ciento de todos los estudiantes de las escuelas superiores de música ingresan en nuestras academias con las más altas pretensiones y, tras terminar la escuela superior, pasan los decenios de su vida como lo que se llama profesores de música, de la forma más ridícula, pensé. Esa existencia se me evitó a mí y se le evitó también a Wertheimer, pensé, pero también aquella que nunca he odiado menos, y que lleva a nuestros pianistas conocidos y famosos de una gran ciudad a otra y, finalmente, de un balneario a otro, y finalmente de un poblacho de provincia a otro, hasta que los dedos se les paralizan y la senilidad del intérprete se ha apoderado de ellos totalmente. Si llegamos a algún pequeño poblacho, veremos con seguridad, en un cartel clavado en un árbol, el nombre de nuestros antiguos compañeros de estudios, que, en la única sala del lugar, la mayoría de las veces una posada degenerada, toca Mozart, Beethoven y Bartók, pensé, y se nos retuerce el estómago. Ese destino indigno se nos evitó, pensé. De mil pianistas, sólo uno o dos no siguen ese camino deplorable, repulsivo, pensé. Hoy no sabe nadie que, en otro tiempo, estudié piano, como puede decirse, que hice y terminé mis estudios en una escuela superior de música y que, realmente, fui uno de los mejores pianistas de Austria, como también Wertheimer, pensé, hoy escribo estos disparates, de los que me atrevo a decir que son *ensayísticos*, para utilizar también otra vez esa palabra odiada en el camino de mi autodestrucción, escribo estos desahogos ensayísticos, que al final, sin embargo, siempre tengo que maldecir y romper y, por consiguiente, aniquilar, y nadie sabe ya que, en otro tiempo, toqué incluso las variaciones Goldberg, aunque no tan bien como Glenn Gould, a quien me esfuerzo por describir desde hace años, porque me considero más auténtico que otros en esa descripción, que fui al Mozarteum, que sigue *pasando* por ser una de las primeras escuelas superiores de música del mundo entero, y que yo mismo di conciertos y no sólo en Bad Reichenhall y Bad Krozingen, pensé. Que en otro tiempo fui un fanático estudiante de música, un fanático virtuoso del piano, que compitió como igual con Glenn Gould en Brahms y en Bach y en Schönberg. Sin embargo, mientras que a mí, personalmente, esa ocultación me ha sido siempre ventajosa y, por consiguiente, de la mayor utilidad, pensé, esa ocultación dañó siempre profundamente a mi amigo Wertheimer, yo siempre me he levantado apoyándome en esa ocultación, él sólo se debilitó y se puso enfermo por esa ocultación, y finalmente, como creo ahora muy firmemente, esa ocultación lo *mató*. Para mí, el hecho de, durante más de quince años, haber tocado el piano día y noche y haber llevado esa práctica finalmente a una perfección totalmente extraordinaria ha sido siempre un arma, no sólo contra mi entorno, sino también contra mí mismo, pero Wertheimer *sufrió* siempre por ello. En todas y cada una de las cosas, el hecho de mis estudios de piano me ha resultado

siempre provechoso, lo que quiere decir, siempre decisivo, y precisamente porque nadie sabe ya nada de ello, porque está olvidado y porque lo oculto. Para Wertheimer, sin embargo, ese hecho fue siempre una infelicidad, motivo ininterrumpido de depresión existencial, pensé. Yo era mucho mejor que la mayoría de los demás de la Akademie, pensé, y en un momento lo *dejé*, eso me hizo fuerte, más fuerte, pensé, que los que no lo dejaron y no eran mejores que yo, y que, en su diletantismo, han encontrado un refugio para toda la vida, se llaman profesores y se dejan cubrir de distinciones y medallas, pensé. Todos esos zoquetes musicales, que terminaron sus estudios en las academias y se dedicaron a dar conciertos, como suele decirse, pensé. Yo no me dediqué nunca a dar conciertos, pensé, mi cabeza me lo prohibía, pero no me dediqué a lo que se llama dar conciertos por una razón totalmente distinta de la de Wertheimer, que no se dedicó a ello, como queda dicho, a causa de Glenn Gould o, por lo menos, se interrumpió otra vez enseguida, como suele decirse, a causa de Glenn Gould, a mí me prohibía mi cabeza dedicarme a dar conciertos, a Wertheimer se lo impidió Glenn Gould. Dar conciertos es lo más horrible que se puede imaginar, sean los conciertos que sean, si tocamos el piano en público, resulta espantoso, si tocamos el violín en público, resulta espantoso, por no hablar del espanto que tenemos que soportar cuando cantamos en público, pensé. Nuestro mayor capital es poder decir que hemos estudiado en una escuela superior famosa y hemos terminado nuestros estudios en esa famosa escuela superior, como suele decirse, y no nos importa nada y nos lo callamos todo, pensé. No despilfarramos esa fortuna con años y decenios de conciertos, etcétera, pensé, sino que lo consideramos todo como un capítulo cerrado, y lo ocultamos. Pero yo he sido siempre un genio de la ocultación, pensé, todo lo contrario de Wertheimer, que en el fondo no podía ocultar nada, y también tenía que hablar siempre de todo, tenía que soltarlo todo, mientras vivió. Pero, naturalmente, a diferencia de la mayoría de los otros, teníamos la suerte de no tener que ganar dinero, porque desde el principio tuvimos suficiente. Sin embargo, mientras que Wertheimer fue una persona a la que siempre avergonzó ese dinero, yo jamás me he avergonzado de ese dinero, pensé, porque la verdad es que sería de lo más demencial avergonzarse del dinero con que uno ha nacido, por lo menos sería, en mi opinión, una perversión, en cualquier caso una hipocresía repulsiva, pensé. A dondequiera que miramos, las gentes son hipócritas al decir continuamente que se avergüenzan del dinero que tienen y que otros no tienen, mientras que, sin embargo, es propio de la naturaleza de las cosas que unos tengan dinero y otros no, y unas veces no tienen éstos dinero y los otros lo tienen, y a la inversa, eso no cambiará, y los unos no tienen ninguna culpa de tener dinero, como los otros de no tenerlo, etcétera, pensé, lo que sin embargo no comprenden ni los unos ni los otros, porque, en fin de cuentas, sólo conocen la hipocresía y nada más. Yo nunca me he reprochado tener dinero, pensé, Wertheimer se lo reprochaba continuamente, nunca he dicho que sufro por ser rico, como Wertheimer, que lo decía muy a menudo y que no retrocedía ante las más disparatadas maniobras de donación, que, en fin de cuentas, no le sirvieron de nada, en efecto, aquellos millones que, por ejemplo, envió a la zona africana del Sahel y que, como supo más tarde, jamás llegaron allí, porque fueron devorados por las organizaciones católicas a las que los había transferido. La inseguridad del ser humano es su naturaleza, su desesperación, dijo Wertheimer muy a menudo y con mucha razón, pero nunca consiguió atenerse a sus propias máximas, aferrarse *firmemente* a ellas, tenía siempre algo *teórico* inmenso, algo realmente inmenso en la cabeza (¡y en sus aforismos!), pensé, realmente una filosofía salvadora vital y existencial, pero era incapaz de aplicarla por sí mismo. En teoría, dominaba todas las incomodidades de la vida, todos los estados

de desesperación, todo el desmoralizador mal del mundo, *pero en la práctica no era capaz de ello, jamás*. Por eso, muy en contra de sus propias teorías, se fue hundiendo cada vez más hasta llegar al suicidio, pensé, hasta llegar a Zizers, su ridículo fin de trayecto, pensé. Teóricamente, habló siempre sólo en contra del suicidio, pero me lo atribuyó *a mí*, sin más, y fue una y otra vez a *mi* entierro, prácticamente, se mató *él* y yo fui a *su* entierro. Teóricamente, se convirtió en uno de los mayores virtuosos pianísticos del mundo, uno de los más famosos artistas en general (¡aunque no en un artista como Glenn Gould!), prácticamente no consiguió nada en el piano, pensé, y se refugió, de la forma más lastimosa, en sus llamadas ciencias del espíritu. Teóricamente, dominaba su existencia, prácticamente, no sólo no dominó su existencia sino que ella lo aniquiló, pensé. Teóricamente fue nuestro amigo, es decir, el mío y el de Glenn, prácticamente no lo fue nunca, pensé, porque, lo mismo que para su virtuosismo, le faltaba todo lo necesario para una *auténtica* amistad, como prueba su suicidio, pensé. El resultado es: *él* se mató, no *yo*, pensé, y estaba cogiendo precisamente mi bolsa del suelo para ponerla sobre el banco cuando entró la patrona. Estaba sorprendida, dijo, no me había oído, yo pensé que me estaba mintiendo. Con seguridad me había visto incluso entrar en el mesón, me había observado todo el tiempo, y no había venido intencionadamente a la sala aquel personaje repugnante, repulsivo, y al mismo tiempo atractivo, que llevaba la blusa abierta hasta el vientre. La bajeza de esas personas, que ellas no ocultan ya en absoluto, pensé, que muestran abiertamente, pensé. Que no necesitan ocultar su bajeza, su abyección, me dije. La habitación que yo tenía siempre, según ella, estaba sin calefacción, pero probablemente no sería necesario encender la calefacción en ella, porque soplaban un viento cálido, abriría la ventana de la habitación y dejaría entrar el cálido viento de primavera, dijo, mientras hacía intención de abrocharse la blusa, sin abrochársela luego realmente. Wertheimer había estado en casa de ella, antes de salir hacia Zizers, dijo. Que se había matado lo había sabido por uno de los cargadores, el cargador se lo había oído a uno de los trabajadores forestales que atienden y vigilan la propiedad de Wertheimer, a Kohlröser (Franz). No estaba claro de quién sería ahora Traich, dijo, de la hermana de Wertheimer seguro que no, opinó, ésa estaba en Suiza para siempre. Ella sólo la había visto dos veces en los últimos diez años, una *mujer poco abordable*, muy distinta de su hermano, que había sido sociable, incluso utilizó la expresión *campechano*, lo que me admiró, porque yo jamás había relacionado la palabra *campechano* con Wertheimer. Wertheimer había sido *bueno* para todos, dijo, dijo realmente *bueno*, pero también, sin respirar, que él había dejado a Traich *abandonado*. En los últimos tiempos habían aparecido a menudo extraños en Traich, y se habían quedado días enteros, incluso semanas enteras, sin que Wertheimer mismo se asomara por Traich, personas a las que Wertheimer les había dado las llaves de Traich, como decía ella, artistas, músicos, su tono en las palabras *artistas* y *músicos* era de desprecio. Esas gentes, según ella, sólo se habían aprovechado de Wertheimer y de su Traich, se habían hartado de beber y de comer a su costa durante días y durante semanas, se habían quedado en la cama hasta el mediodía, habían deambulado por el pueblo con grandes risas y trajes estrafalarios, todos ellos descuidados, según ella, y le habían hecho una impresión pésima. En Wertheimer mismo, opinó, se había podido comprobar un descuido progresivo, arrastró la palabra *descuido*, eso se lo ha copiado a Wertheimer, pensé. Por la noche había oído a Wertheimer tocar el piano, dijo, a menudo la mitad de la noche hasta la madrugada, últimamente Wertheimer andaba por el pueblo mal dormido y con trajes arrugados y rotos, y se había metido en la sala del mesón sin otro fin que *hartarse de dormir*. En los últimos meses él no había ido ya a Viena, ni siquiera

se había interesado por el correo que tenía allí, y tampoco había hecho ya que le enviaran ese correo. Cuatro meses había estado solo en Traich, sin dejar la casa, los trabajadores forestales lo proveían de víveres, según ella mientras levantaba mi bolsa y subía con ella a mi habitación. Abrió inmediatamente la ventana y dijo que, durante todo el invierno, nadie más había dormido en aquella habitación, todo estaba sucio, dijo, si no me importaba, iría a buscar un trapo y limpiaría, por lo menos la porquería del marco de la ventana, dijo, sin embargo yo rehusé, la porquería me era indiferente. Abrió la ropa de la cama y dijo que estaba recién lavada, el viento la secaría. Todos los huéspedes quieren siempre la misma habitación, dijo. Antes, Wertheimer no dejaba que nadie pasara la noche en Traich, y de repente había tenido la casa llena, dijo la patrona. Durante treinta años, nadie, salvo el propio Wertheimer, había pasado la noche en Traich, y en las últimas semanas antes de su muerte se habían alojado docenas de personas de la ciudad, según ella, en Traich, habían pernoctado en Traich, *revuelto* toda la casa, según ella. Los artistas, dijo, eran gentes *peculiares*, la palabra *peculiar* tampoco era de ella, sino de Wertheimer, que sentía predilección por la palabra *peculiar*, como pensé. Durante mucho tiempo aguantan las personas como Wertheimer (¡y como yo!) el aislamiento, pensé, y entonces tienen que tener compañía, veinte años aguantó Wertheimer sin compañía, y entonces llenó su casa de todas las gentes imaginables. Y se mató, pensé. Como mi casa de Desselbrunn, Traich resulta apropiada para estar solo, pensé, para una cabeza como yo, como Wertheimer, pensé, para una cabeza artística, lo que se llama una cabeza espiritual, pero cuando forzamos una casa así más allá de un límite determinado, nos mata, resulta absolutamente mortal. Al principio arreglamos una casa así para nuestros fines artísticos y espirituales, y cuando la hemos arreglado para ello nos mata, pensé, cómo quitaba la patrona simplemente con la mano el polvo de la puerta del armario, sin avergonzarse lo más mínimo, al contrario, la divertía que yo la observara mientras tanto, el que, por decirlo así, no la perdiera de vista.

Ahora, de repente, no me resultaba ya incomprensible que Wertheimer se fuera a la cama con ella. Dije que probablemente me quedaría sólo una noche, de pronto había sentido necesidad de ir otra vez a Traich y, por consiguiente, de pasar la noche en su posada, que si recordaba el nombre de *Glenn Gould*, le pregunté, sí, fue su respuesta, el *mundialmente famoso*. Él, como Wertheimer, tenía más de cincuenta años, dije, el virtuoso del piano, el mejor del mundo entero, que estuvo una vez en Traich hacía veintiocho años, dije, de lo que ella, probablemente, no podía acordarse, lo que ella, sin embargo, me rectificó enseguida diciendo que se acordaba muy bien de *aquel norteamericano*. Pero aquel Glenn Gould no se mató, dije, le dio un ataque, *cayó muerto sobre el teclado*, dije, me di cuenta de la torpeza con que dije aquello, pero me resultaba menos penoso por la patrona que por mí mismo, *muerto sobre el teclado*, me oí decir aún, cuando la patrona estaba ya ante la ventana abierta, para comprobar si el hedor de la fábrica de papel apestaba el aire, como siempre cuando hace *föhn*, dijo. Wertheimer se mató, dije yo, *ese Glenn Gould* no, ése había muerto de muerte natural, tan forzosamente no he dicho nunca nada, pensé. Posiblemente Wertheimer se mató porque *ese Glenn Gould* murió. Un ataque de apoplejía era algo hermoso, dijo la patrona, todo el mundo deseaba tener un ataque de apoplejía, un ataque mortal. Un fin súbito. Ahora iré enseguida a Traich, dije, y si sabía la patrona si había alguien en Traich, quién guardaba ahora la casa en general. No lo sabía, dijo, sin embargo, seguramente eran los trabajadores forestales de Traich. En su opinión, desde la muerte de Wertheimer nada había cambiado en Traich. La hermana de Wertheimer, que indudablemente había heredado Traich, no había aparecido por aquí, *ni tampoco ningún otro sucesor*, como dijo ella. Que si tenía interés en cenar en su mesón, me preguntó, y yo dije que no podía decir aún lo que pasaría por la noche, naturalmente comeré en su casa salchicha al vinagre, en ningún otro sitio me la dan, pensé, pero no lo dije, sólo lo pensé. Dijo que su negocio iba como siempre, los trabajadores de la fábrica de papel lo mantenían, todos venían sólo por la noche, al mediodía apenas venía ningún huésped, siempre había sido así. Si viene alguien, son los transportistas de cerveza y los trabajadores forestales, que se sientan en el salón para comerse una salchicha de tocino, dijo. Pero tenía suficiente quehacer. Que estuvo casada en otro tiempo con un trabajador del papel, pensé, con el que vivió tres años, hasta que él se cayó en uno de aquellos terribles molinos papeleros y fue destrozado por el molino papelerero, y que ella, luego, no volvió a casarse. Mi marido lleva ahora nueve años muerto, dijo inesperadamente, sentándose en el banco de la ventana. Casarme es algo que no se plantea ya, dijo, estar sola es mejor. Pero al principio una hacía cualquier cosa para casarse, para conseguir un marido, no dijo, luego me alegré de que hubiera desaparecido, lo que

con seguridad pensaba, dijo, esa desgracia no hubiera debido ocurrir, *el señor Wertheimer me ayudó mucho en los primeros tiempos, después del entierro*. En un momento en que ella no aguantaba ya vivir con su marido, pensé mientras la observaba, él se cayó al molino papelerero y desapareció, dejándole una renta, si no suficiente, por lo menos regular. *Mi marido era un hombre bueno*, dijo, *al fin y al cabo usted lo conoció*, aunque yo apenas podía acordarme de su marido, sólo que siempre llevaba el mismo traje de fieltro de la fábrica de papel y, con su gorra de fieltro de la fábrica de papel en la cabeza, comía en la mesa de la sala, devorando grandes pedazos de carne ahumada que su mujer le servía. *Mi marido era un hombre bueno*, repitió ella varias veces, mirando la ventana y arreglándose el pelo. Estar sola tiene también sus ventajas, dijo. Sin duda había estado yo en el entierro, dijo, y enseguida quiso saberlo todo sobre el entierro de Wertheimer, que había tenido lugar en Chur lo sabía ya, pero las circunstancias más detalladas que habían conducido al entierro de Wertheimer no las conocía aún, de forma que me senté en la cama y relaté. Como es natural, sólo conseguí hacer un relato fragmentario, comencé diciendo que yo estaba en Viena, ocupado en levantar mi piso, un gran piso, dije, demasiado grande para una persona sola y totalmente superfluo para alguien que se ha establecido en Madrid, esa ciudad espléndida entre todas, dije. Pero no vendí el piso, dije, lo mismo que tampoco pienso vender Desselbrunn, que al fin y al cabo ella conocía. La verdad es que ella estuvo con su marido una vez en Desselbrunn, hacía muchos años, *cuando se quemó la granja*, dije, con una crisis económica como la actual es una tontería vender *una finca*, la expresión *finca* la utilicé intencionadamente varias veces, era importante para mi relato. El Estado estaba en bancarrota, dije, y ella sacudió la cabeza, el Gobierno estaba corrompido, dije, los socialistas, que ahora llevaban ya trece años en el poder, habían aprovechado ese poder al máximo y destruido totalmente el Estado. Mientras yo hablaba, la patrona asentía con la cabeza y, alternativamente, me miraba a mí y miraba por la ventana. Todos querían un gobierno socialista, dije, pero ahora ven que precisamente ese gobierno socialista lo ha derrochado todo, la palabra *derrochado* la había pronunciado intencionadamente con más claridad que todas las demás, y el haberla utilizado en general ni siquiera me avergonzaba, repetí la palabra *derrochado* varias veces aún, en relación con la bancarrota del Estado bajo nuestro gobierno socialista, y dije además que el Canciller era un hombre vil, taimado y retorcido, que sólo había abusado del Socialismo como vehículo para su perversa pasión de poder, como por lo demás todo el gobierno, dije, todas esas personas no son más que ansiosos de poder, abyectos y sin escrúpulos, el Estado, que son ellos mismos, lo es todo para ellos, dije, y el pueblo, al que gobiernan, no significa para ellos absolutamente nada. Yo soy ese pueblo y lo quiero, pero no quiero tener nada que ver con ese Estado, dije. Nuestro país no había llegado *nunca en su historia* a un punto tan bajo, dije, nunca aún en su historia había sido gobernado por personas más viles y, por consiguiente, de menos carácter y más estúpidas. Pero el pueblo es tonto, dije, y es demasiado débil para cambiar una situación así, se deja engañar precisamente por personas retorcidas y ávidas de poder como las que ahora están en el Gobierno. Probablemente, tampoco en las próximas elecciones cambiará nada en esa lamentable situación, dije, porque los austríacos son hombres de costumbres y se acostumbran también a la ciénaga en que, desde hace ya más de un decenio, chapotean. Pobre pueblo, dije. Y por la palabra *Socialismo*, dije, se siguen dejando engañar sobre todo los austríacos, aunque todo el mundo sabe que la palabra *Socialismo* ha perdido su valor. Los socialistas no son ya socialistas, dije, ¡los socialistas de hoy son los nuevos explotadores, todo mentira!, le dije a la patrona que, sin embargo, no quería oír en

absoluto aquella divagación disparatada, como me di cuenta de repente, porque la verdad era que sólo estaba sedienta de mi relato del entierro. Así pues, dije que me había sorprendido en Viena el telegrama de Zizers, el telegrama de la señora Duttweiler, dije, la hermana de Wertheimer, me había llegado en Viena, yo estaba en la famosa Palmenhaus y me encontré el telegrama ante la puerta. Hasta ahora no me resultaba claro cómo sabía la señora Duttweiler que yo estaba en Viena, dije. Una ciudad que se ha vuelto fea, y que no puede compararse ya con la Viena de antes. Una horrible experiencia después de pasar años en el extranjero, volver a esa ciudad, en general a este país degenerado, dije. El que la hermana de Wertheimer me telegraficara siquiera, el que me hubiera comunicado siquiera la muerte de su hermano, me admiraba. Duttweiler, dije, ¡qué nombre más espantoso! Una rica familia suiza, dije, es ésa en la que se ha casado la hermana de Wertheimer, un consorcio de productos químicos. Pero, como ella misma sabía, le dije a la patrona, Wertheimer había oprimido siempre a su hermana, no la había dejado desarrollarse, y en el último momento, en el último de todos, ella se le escapó. Si la patrona fuera ahora a Viena, dije, se espantaría. Cómo ha cambiado esa ciudad, para peor, dije. ¡Ni rastro de grandeza, todo escoria!, dije. Lo mejor era mantenerse al margen de todo, retraerse de todo, dije. El haberme ido hacía ya diez años a Madrid no lo había lamentado ni un momento. Pero cuando no tenemos la posibilidad de marcharnos y tenemos que permanecer en un país tan estúpido, en una ciudad tan estúpida como Viena, nos extinguimos, efectivamente, no sobrevivimos ya mucho tiempo, dije. Había tenido tiempo en Viena, dos días para reflexionar sobre Wertheimer, dije, en el viaje a Chur y en la noche anterior al entierro. Cuántas personas había habido en el entierro de Wertheimer, quiso saber ella. Sólo la Duttweiler, su marido y yo, dije. Y, naturalmente, los sepultureros, dije. Todo había terminado en menos de veinte minutos. La patrona dijo que Wertheimer había dicho siempre que, si él moría antes que ella, le dejaría un collar, *un collar valioso*, dijo, *de su abuela*. Pero seguramente Wertheimer no le había dejado nada en su testamento, opinó, y yo pensé que Wertheimer, con seguridad, no había hecho testamento. Si Wertheimer le había prometido a la patrona un collar, le dije, recibiría ese collar. Wertheimer había pasado de vez en cuando la noche en su casa, dijo ella con el rostro arrebolado, cuando, como ocurría bastante a menudo, tenía miedo en Traich, al llegar de Viena, había ido primero a casa de ella, para pasar la noche, porque en invierno había llegado a menudo por sorpresa a Traich desde Viena, y en Traich no había calefacción. Las personas a las que, en los últimos tiempos, él había dejado venir a Traich llevaban *trajes estrafalarios, actores*, dijo, *como de circo*. En casa de ella no habían consumido nada, y se habían pertrechado de todo lo bebible en el colmado. No sólo se habían aprovechado de él, dijo la patrona, sino que se habían alojado a su costa en Traich durante semanas, lo habían revuelto todo, y hecho ruido toda la noche hasta la madrugada. *Qué chusma*, dijo. Durante semanas habían estado solos en Traich, sin Wertheimer, que sólo apareció unos días antes de su marcha a Chur. A menudo le había dicho Wertheimer a la patrona que iría a Zizers, a ver a su hermana y a su cuñado, pero siempre lo había ido aplazando. Le había escrito muchas cartas a su hermana, a Zizers, diciéndole que viniera a Traich con él y se separase de su marido, del que él, Wertheimer, siempre había tenido una pobre opinión, según la patrona, *de ese hombre horroroso*, según ella con palabras de Wertheimer, pero la hermana no había contestado a sus cartas. No podemos atar a ningún ser a nosotros, dije yo, si ese ser no quiere, tenemos que dejarlo en paz, dije. Wertheimer quiso atar a sí a su hermana para siempre jamás, dije, y ése fue su error. Volvió loca a su hermana y él mismo, al hacerlo, se convirtió en un demente, dije, porque es demencial

matarse. Qué pasaría ahora con todo el dinero, me preguntó la patrona, que había dejado Wertheimer. No lo sabía, dije, sin duda lo habría heredado la hermana, opiné. *Dinero llama a dinero*, dijo la patrona, y entonces quiso saber más del entierro, pero yo no supe ya qué contar, porque la verdad era que lo había contado ya todo sobre el entierro de Wertheimer, más o menos todo. Que si había sido *un entierro judío*, quiso saber la patrona. Yo dije, *no, no un entierro judío*, lo enterraron de la forma más rápida, dije, todo pasó tan rápidamente que casi no me di cuenta. Los Duttweiler me invitaron a comer después del entierro, dije, pero yo rehusé, no quise estar con ellos. Pero fue un error, dije, hubiera debido aceptar e ir con ellos, de forma que ahora estaba solo de pronto sin saber qué hacer, dije. Chur es una ciudad fea, dije, más sombría que ninguna. Wertheimer está enterrado en Chur sólo *provisionalmente*, dije de pronto, quieren enterrarlo *definitivamente* en Viena, en el cementerio de Döbling, dije, en el panteón familiar. La patrona se puso de pie y opinó que el aire cálido de fuera calentaría ya la habitación hasta la noche, podía estar tranquilo. El frío del invierno está todavía aquí metido, dijo. Realmente yo tenía miedo de enfriarme, al pensar en tener que pasar la noche en aquella habitación en que tantas noches de insomnio había pasado ya. Sin embargo, no podía ir a otra parte, porque o quedaba demasiado lejos o era algo más primitivo aún, pensé. Desde luego, antes yo tenía muchas menos pretensiones, pensé, no era todavía tan sensible como ahora, y pensé que, en cualquier caso, le pediría a la patrona dos mantas de lana más antes de irme a la cama. Que si no podría hacerme un té caliente antes de que me fuera a Traich, le dije a la patrona, que entonces bajó a la cocina para hacerme un té caliente. Entretanto, saqué mis cosas de la bolsa y colgué dentro del armario el traje gris oscuro que, por decirlo así, había llevado a Chur como traje para el entierro. Por todas partes tienen en los dormitorios esos ángeles de Rafael de mal gusto, pensé contemplando el ángel de Rafael que había en la pared, el cual estaba ya totalmente mohoso pero, con ello, se había vuelto otra vez soportable. Recordé que aquí, hacia las cinco de la mañana, me despertaban los cerdos que se precipitaban a los comederos, y los portazos desconsiderados y estúpidos de la patrona. Cuando sabemos lo que nos espera, pensé, lo soportamos más fácilmente. En el espejo, ante el cual me tenía que inclinar para poder verme, descubrí el herpes de mis sienes, que durante semanas había tratado con una pomada china y había desaparecido ya, y que ahora, de repente, estaba ahí otra vez, el descubrimiento me asustó. Inmediatamente pensé en alguna enfermedad maligna, que el médico me ocultaba y que sólo me hacía tratar con esa pomada china para tranquilizarme, la cual en verdad, como había comprobado ahora, era inútil. Un herpes así puede ser, como es natural, el punto de partida de una enfermedad grave y maligna, pensé, dándome la vuelta. El que hubiera bajado en Attnang Puchheim y hubiera ido a Wankham, para dirigirme a Traich, me pareció de repente totalmente disparatado. Hubiera podido ahorrarme aquel horrible Wankham, pensé, eso es lo que me faltaba, pensé, estar de repente en aquella habitación fría y mohosa, horrorizándome ante la idea de la noche, que no me resultaba difícil imaginarme en todo su horror. Incluso si me hubiera quedado en Viena y no hubiera reaccionado en absoluto al recibir el telegrama de la Duttweiler y, sencillamente, no hubiera ido a Chur, me decía, hubiera sido mejor que haber emprendido aquel viaje a Chur, haber bajado en Attnang Puchheim y haber ido a Wankham, para ver otra vez Traich, que realmente no me concierne. Como no he hablado con los Duttweiler y ni siquiera ante la tumba abierta de Wertheimer he sentido lo más mínimo, hubiera podido eludir sin más toda esa tortura, y no hubiera tenido que asumirla. Mi forma de actuar me resultaba repulsiva. Por otra parte, ¿qué hubiera podido hablar realmente con la hermana de

Wertheimer?, me preguntaba. Con su marido, que no me interesaba en absoluto y que, realmente, me repelió, todavía más en aquel encuentro personal que por las descripciones de Wertheimer, que al fin y al cabo no lo habían mostrado bajo una luz nada favorable. Con gentes como Duttweiler realmente no hablo, había pensado enseguida, cuando había visto a Duttweiler por primera vez. ¡Pero incluso un Duttweiler así había hecho que la Wertheimer dejase a su hermano y se fuera a Suiza, pensé, incluso un repulsivo Duttweiler así! Me miré otra vez al espejo y comprobé que el herpes no sólo se había extendido ahora a mi sien derecha sino también a la nuca. Posiblemente la señora Duttweiler volverá ahora a Viena, pensé, su hermano ha muerto, la vivienda del Kohlmarkt se le ha quedado libre, no necesita ya Suiza. La vivienda de Viena le pertenece, lo mismo que Traich. Y si además tiene sus muebles en la vivienda del Kohlmarkt, pensé, que a ella le gustaban y que su hermano, como siempre decía, odiaba. Ahora podrá vivir tranquilamente con el suizo en Zizers, pensé, porque en cualquier momento puede volver a Viena o ir a Traich. El virtuoso yace en el cementerio de Chur, cerca de la colina de Müll, pensé por un momento. Los padres de Wertheimer habían sido enterrados aún según la ley judía, pensé, Wertheimer, en los últimos tiempos, se había calificado siempre a sí mismo de *sin religión*. El panteón de los Wertheimer en el cementerio de Döbling, inmediatamente al lado del llamado panteón Lieben y del sepulcro de Theodor Herzl, lo había visitado muchas veces con Wertheimer, y no le había irritado que el gigantesco bloque de granito, en el que estaban cincelados los nombres de los Wertheimer que yacían en el panteón de los Wertheimer, hubiera sido desplazado, con el paso del tiempo, unos diez o veinte centímetros, por un haya que crecía en el panteón; su hermana había querido obligarlo, una y otra vez, a quitar esa haya y colocar otra vez el bloque de granito en su sitio original, pero a él mismo el hecho de que el haya hubiera podido crecer sin trabas en el panteón y desplazar el bloque de granito no lo molestaba, al contrario, cada vez, cuando estaba ante el panteón, se asombraba del haya y del bloque de granito cada vez más desplazado. Ahora la hermana hará quitar el haya del panteón y enderezar el bloque de granito, y antes *trasladarán* a Wertheimer de Chur a Viena y lo enterrarán en el panteón, pensé. Wertheimer era el más apasionado visitante de cementerios que he conocido, más apasionado aún que yo, pensé. Con el índice derecho tracé una gran W en el polvo de la puerta del armario. Mientras lo hacía, recordé a Desselbrunn, y por un momento me descubrí pensando sentimentalmente en ir quizá a Desselbrunn, a pesar de todo, pero inmediatamente sofoqué ese pensamiento. Quería ser consecuente y me dije, no iré a Desselbrunn, en cinco o seis años no iré a Desselbrunn. Una visita así a Desselbrunn me debilitaría sin duda para años, me dije, no puedo permitirme una visita a Desselbrunn. El paisaje que había ante la ventana era el paisaje yermo, enfermante y muy conocido para mí de Desselbrunn, que de repente, desde hacía años, no podía soportar ya. Si no me hubiera marchado de Desselbrunn, me dije, hubiera perecido, no existiría ya, hubiera perecido *antes* que Glenn y *antes* que Wertheimer, me hubiera extinguido, como tengo que decir, porque el paisaje de Desselbrunn y de alrededor de Desselbrunn es un paisaje para extinguirse, lo mismo que el paisaje que hay frente a la ventana en Wankham, que lo amenaza todo y lo aplasta lentamente, y jamás anima, jamás protege. No podemos elegir el lugar de nuestro nacimiento, pensé. Sin embargo, podemos marcharnos de ese lugar de nacimiento si amenaza aplastarnos, marcharnos e irnos de lo que nos matará si dejamos pasar el momento de marcharnos e irnos. Yo tuve suerte, y me marché en el momento oportuno, me dije. Y, en fin de cuentas, me marché también de Viena, porque también Viena amenazaba aplastarme y asfixiarme. En cualquier caso, tengo que agradecer

a la cuenta bancaria de mi padre el estar todavía con vida, el *poder* existir aún, como me dije de repente. No es una comarca para pasarse la vida, me dije. No es un paisaje tranquilizador. No son gentes agradables. Que me acechaban, pensé. Que me atemorizaban. Que me engañaban. Nunca me he sentido seguro en esta comarca, pensé. Continuamente atacado por enfermedades, en definitiva, casi muerto de insomnio. Cuando vinieron los hombres de Altmünster y se llevaron el Steinway, respirar, pensé, ir y venir de pronto, liberado, por Desselbrunn. Al fin y al cabo, no renunciar al arte y a lo que esa palabra designe, al regalar el Steinway a la hija del maestro de Altmünster, pensé. El Steinway, entregado a la abyección del maestro, entregado a la estupidez de la hija del maestro, pensé. Si le hubiera dicho al maestro lo que valía realmente mi Steinway, se hubiera espantado, pensé, por eso él no tenía idea del valor del instrumento. Ya cuando había hecho transportar el Steinway de Viena a Desselbrunn sabía yo que el piano no estaría mucho tiempo en Desselbrunn, pero como es natural no había tenido idea de que se lo regalaría a la hija del maestro, pensé. Mientras tuve el Steinway, no pude ser independiente en mis escritos, pensé, libre como a partir del momento en que el Steinway salió definitivamente de la casa. Tenía que separarme del Steinway para poder escribir, para decirlo sinceramente, he escrito durante catorce años y, realmente, sólo por ello no he escrito más que cosas más o menos inútiles, porque no me había separado de mi Steinway. Apenas había salido el Steinway de la casa, había escrito mejor, pensé. En la calle del Prado, sin embargo, pensaba siempre que el Steinway estaba en Viena (o en Desselbrunn) y, por ello, no podía escribir nada mejor que esos ensayos, en fin de cuentas y en todo caso siempre fracasados. Apenas había rechazado el Steinway, escribí de otra forma, desde el primer momento, pensé. Pero eso no quiere decir, al fin y al cabo, que, con el Steinway, hubiera renunciado a la música, pensé. Al contrario. Pero la música no tenía ya esa potencia devastadora sobre mí, sencillamente, no me hacía ya daño, pensé. Cuando miramos ese paisaje nos da miedo. No queremos volver a ese paisaje. En ningún caso. Todo es siempre sólo gris y las gentes hacen de continuo una impresión deprimente. Si volviera me escondería otra vez en mi habitación y no podría tener ningún pensamiento útil, pensé. Y me volvería como son todos aquí, sólo tengo que mirar a la patrona, a ese ser totalmente destruido por una Naturaleza que lo domina aquí todo, y que no puede salir ya de su vileza y abyección, pensé. En este paisaje maligno me hubiera extinguido. Pero la verdad es que no hubiera debido ir nunca a Desselbrunn, pensé, la verdad es que no hubiera debido aceptar la herencia, hubiera podido renunciar a ella, *la verdad es que lo he abandonado*, pensé. Originalmente, Desselbrunn fue construido por uno de mis tíos abuelos, que fue director de la fábrica de papel, como una casa señorial de muchas habitaciones, para los muchos hijos que tenía. Abandonarlo sencillamente, eso fue mi salvación, sin duda. Al principio, con mis padres, siempre en verano sólo a Desselbrunn, luego, durante años, fui en Desselbrunn y en Wankham al colegio, pensé, luego al instituto en Salzburgo, luego al Mozarteum, una vez, durante un año, también a la Wiener Akademie, pensé, otra vez al Mozarteum, y luego otra vez a Viena y finalmente, con la idea de retirarme allí para siempre con mis ambiciones espirituales, a Desselbrunn, donde muy pronto fracasé con la sensación de haberme metido en un callejón sin salida. La carrera de virtuoso del piano como escapatoria, pero sin embargo llevada a la máxima perfección, pensé. En un momento culminante de poder, como puedo decir, renunciar a todo, *tirarlo*, como *tengo* que decir, herirme, regalar el Steinway. Cuando llueve aquí seis o siete semanas ininterrumpidamente y, con esa lluvia ininterrumpida, se vuelven dementes, pensé, se requiere la mayor fuerza de voluntad para no matarse. Pero la mitad de todas estas gentes de aquí

se matan, antes o después, no perecen por sí mismas, como suele decirse. No tienen otra cosa que su catolicismo o el partido socialista, los dos las instituciones más repulsivas de nuestro tiempo. En Madrid salgo de casa por lo menos una vez al día para comer, pensé, aquí no saldría nunca de casa, en mi progresivo y desesperado proceso de abandono. Pero después de todo no he pensado nunca seriamente en vender, he especulado con ello, sí, como en los dos últimos años, pero como es natural sin resultado. Sin embargo, jamás he prometido a nadie interesado en ello *no* vender Desselbrunn, pensé. Sin corredores de fincas no se puede hacer ninguna venta y los corredores de fincas me aterrorizan, pensé. Podemos abandonar sin más una casa como Desselbrunn durante años, pensé, dejar que degenere, pensé, por qué no. A Desselbrunn no iré en ningún caso, pensé. La patrona me había preparado el té, y bajé a la sala del mesón. Me senté en la mesa de la ventana, en la que me había sentado también en años anteriores, pero no había tenido la impresión de que el tiempo se hubiera detenido. Oí trabajar a la patrona en la cocina y pensé que, probablemente, preparaba la comida para su hijo que volvería del colegio hacia la una o las dos, un *gulasch* recalentado o quizá una sopa de verduras. En teoría, comprendemos a las personas, pero en la práctica no las soportamos, pensé, la mayoría de las veces sólo tratamos con ellas de mala gana y las tratamos siempre desde nuestro punto de vista. Sin embargo, no deberíamos ver a las personas desde nuestro punto de vista, sino contemplarlas y tratarlas desde todos los puntos de vista, pensé, relacionarnos con ellas de forma que pudiéramos decir que nos relacionamos con ellas, por decirlo así, de una forma totalmente imparcial, lo que sin embargo no se consigue, porque realmente somos siempre parciales hacia todos. La patrona estuvo una vez enferma del pulmón como yo, pensé, esa enfermedad del pulmón, como yo, la pudo expulsar de sí, liquidar, con su fuerza de voluntad. A trancas y barrancas, como suele decirse, pudo terminar la escuela primaria, pensé, y se hizo cargo entonces de un mesón de su tío, que se vio mezclado en un asesinato no totalmente aclarado hasta hoy, y condenado a veinte años de presidio. Junto con un vecino, su tío, al parecer, estranguló a un representante vienés de lo que se llama *artículos de mercería*, en la habitación de al lado de mi habitación, para apoderarse de la suma descomunal que, al parecer, llevaba consigo el representante de comercio. La *Dichtelmühle*, como se llama el mesón, cobró mala fama, por decirlo así, desde ese asesinato. Al principio, es decir, al conocerse el asesinato, la *Dichtelmühle* comenzó a ir mal y estuvo más de dos años cerrada. El tribunal adjudicó a la sobrina del asesino, es decir, del tío de ella, la *Dichtelmühle*, pensé, y la *Dichtelmühle*, fue abierta otra vez y administrada por la sobrina, pero, como es natural, no fue después de su reapertura la misma *Dichtelmühle* de antes del asesinato. Del tío de la patrona no se supo nada más, pensé, probablemente, sin embargo, como todos los asesinos y condenados a veinte años, fue puesto en libertad ya después de doce o trece años, y posiblemente no vivirá ya, pensé, no tenía la intención de preguntarle a la patrona por su tío, porque no tenía ninguna gana de escuchar otra vez toda la historia del asesinato, que ella me había contado ya varias veces y, de hecho, a petición mía. El asesinato del representante de comercio vienés había causado en aquel tiempo una gran expectación y, durante el proceso, los periódicos estaban diariamente llenos de noticias al respecto, y la *Dichtelmühle*, cerrada durante mucho tiempo, estuvo durante semanas asediada por curiosos, aunque en la *Dichtelmühle* no había nada digno de atención. Desde el asesinato, se designa a la *Dichtelmühle* nada más que como *Casa del asesinato*, y cuando la gente quiere decir que va a la *Dichtelmühle*, dice que va a la *Casa del asesinato*, eso se ha convertido en costumbre. En el caso de ese proceso, se trató de un proceso por indicios, pensé, y realmente

no se probó el asesinato ni al tío de la patrona ni a su cómplice, cuya familia, por cierto, cayó en la desgracia por toda esa historia del asesinato, como suele decirse. Ni siquiera el tribunal creyó al, así llamado, peón caminero capaz de cometer un asesinato tan vil en compañía del tío de la patrona, al que siempre y en todas partes calificaban de *campechano y modesto y totalmente de fiar* y al que todavía hoy califican de *campechano y modesto y de fiar* los que lo conocieron, pero los miembros del jurado condenaron a la máxima pena, no sólo al tío de la patrona, sino también al antiguo peón caminero, que, como me consta, entretanto ha muerto, como ha dicho su mujer una y otra vez, de desesperación por haber sido víctima, siendo realmente inocente, de unos jurados que odiaban a la humanidad. Los tribunales, incluso cuando han aniquilado a personas inocentes y sus familias para toda la vida, se quedan tan tranquilos, pensé, y los jurados, que sólo obedecen siempre en su juicios al capricho momentáneo, pero también, siempre, a un odio sin trabas hacia sus semejantes, se las arreglan muy rápidamente con sus veredictos equivocados y consigo mismos, incluso cuando hace tiempo han comprendido que han cometido realmente un crimen irreparable contra personas inocentes. La mitad de todos los veredictos de jurados, me han dicho, se basan realmente en un juicio equivocado, pensé, y estoy seguro de que, en el llamado *proceso de la Dichtelmühle* se trató, en un ciento por ciento, de uno de esos procesos, que terminó con un veredicto equivocado del jurado. Los llamados tribunales de distrito austríacos son conocidos por el hecho de que, en ellos, se dictan todos los años docenas de veredictos equivocados de jurados y, por consiguiente, tienen sobre la conciencia a docenas de inocentes, que cumplen en nuestros establecimientos penitenciarios una pena la mayoría de las veces perpetua, sin esperanza de ser *rehabilitados* jamás, como suele decirse. En general, pensé, hay en nuestras prisiones y establecimientos penitenciarios más inocentes que culpables, porque hay tantos jueces sin conciencia y jurados que odian a la humanidad y, por consiguiente, a sus semejantes, los cuales se vengan de su propia infelicidad y de su propio horror en aquellos que, a causa de las horribles circunstancias que los han llevado ante los tribunales, se ven a su merced. La judicatura austríaca es diabólica, pensé, como tenemos que comprobar una y otra vez cuando leemos con atención los periódicos, pero con seguridad es todavía mucho más diabólica si sabemos que sólo una mínima parte de sus crímenes sale a la luz y se publica. Yo estoy convencido de que el tío de la patrona no fue el asesino o, mejor, cómplice de asesino, tal como fue marcado hace trece o catorce años, pensé. También al peón caminero lo consideraba realmente inocente, en efecto, todavía me acuerdo muy bien de las crónicas del proceso y, en el fondo, los dos, tanto el tío de la patrona, el llamado patrón de la Dichtelmühle, como su vecino, el peón caminero, hubieran tenido que ser absueltos sin falta, ya que, en definitiva, hasta el fiscal lo había solicitado, pero los miembros del jurado votaron por asesinato con conspiración y concurrencia de agravantes, e hicieron desaparecer al patrón de la Dichtelmühle y al peón caminero en el establecimiento penitenciario de Garsten. Y si nadie tiene el coraje y las fuerzas y el dinero necesarios para volver a abrir uno de esos horribles procesos, como suele decirse, un veredicto equivocado como el del caso del patrono de la Dichtelmühle y el peón caminero se hace sencillamente firme, una injusticia tan horrorosa hacia dos personas realmente inocentes, con las que en definitiva y para siempre, no se quiere, es decir, no quiere la sociedad, tener nada más que ver, el que sean culpables o inocentes, eso tiene importancia. El proceso de la Dichtelmühle, como se le ha llamado siempre, me vino a la memoria y me había ocupado luego también todo el tiempo que estuve sentado en la mesa de la ventana, porque había descubierto la fotografía que, fijada a la pared de enfrente, representaba al

patrón de la Dichtelmühle, con su atuendo de posadero, fumando en pipa, y pensé que, probablemente, la patrona había clavado la fotografía allí a la pared, no sólo por gratitud por el hecho de que debía a su tío la Dichtelmühle, es decir, su existencia, sino también con el fin de no dejar que se olvidase totalmente al hombre de la Dichtelmühle o, mejor, al patrón de la Dichtelmühle. Sin embargo, la mayoría de los que se ocuparon real e insistentemente del proceso de la Dichtelmühle murieron hace tiempo, pensé, y a las gentes de hoy la fotografía no les dice nada. En la Dichtelmühle, sin embargo, ha quedado indudablemente ese olor determinado de un crimen capital, pensé, que como es natural atrae a las gentes. No nos disgusta que se sospeche de la gente y se la acuse y encierre, pensé, ésa es la verdad. Cuando salen a la luz los crímenes, pensé mirando la fotografía que tenía enfrente. Cuando ella vuelva a salir de la cocina, le preguntaré a la patrona qué fue de su tío, pensé, y me dije unas veces, se lo preguntaré, otras veces, no se lo preguntaré, le preguntaré, no le preguntaré, y así contemplaba todo el tiempo la fotografía del patrón de la Dichtelmühle y pensaba, le preguntaré por él, no le preguntaré por él, etcétera. De pronto, lo que se llama un hombre sencillo, que en verdad no es nunca un hombre sencillo, se ve arrancado a su entorno, realmente de la noche a la mañana, y metido en un establecimiento penitenciario, pensé, del que, si es que sale, no saldrá más que como hombre totalmente destruido, como náufrago de la Justicia, como tenía que decirme, de lo que, en definitiva, es culpable la sociedad entera. La verdad es que, ya inmediatamente después de terminar el proceso, se planteó en los periódicos la cuestión de si tanto el patrono de la Dichtelmühle como el peón caminero no serían realmente inocentes, y se publicaron también comentarios al respecto, pero dos o tres días después de terminar el proceso no se hablaba ya del proceso de la Dichtelmühle. De esos comentarios podía deducirse que los dos marcados y sentenciados como asesinos no *podían* haber cometido el asesinato en absoluto, un tercero, o varios terceros, tenían que haber cometido ese asesinato, pero la verdad es que el jurado había pronunciado su veredicto y el proceso no se abrió ya, pensé, realmente, pocas cosas me han ocupado en la vida con mayor pasión que los aspectos de Derecho Penal de nuestro mundo. Si observamos esos aspectos de Derecho Penal de nuestro mundo, lo que quiere decir de nuestra sociedad, nos maravillamos, como suele decirse, cada día. Cuando la patrona, más o menos agotada, salió de la cocina y se sentó a mi mesa, había estado lavando la ropa y, durante cierto tiempo, estuvo deformada por el vapor de la cocina, le pregunté a pesar de todo qué había sido de su tío, el patrón de la Dichtelmühle, pero no formulé la pregunta de una forma grosera, sino de la más cuidadosa. Su tío había ido a casa del hermano de él, en Hirschbach, dijo, Hirschbach era un pueblecito situado junto a la frontera checa, ella sólo había estado allí una vez, pero hacía ya años, en aquella época su hijo sólo tenía tres. Ella había tenido la intención de que su tío conociera a su hijo, con la esperanza de que él, a quien le suponía todavía mucho dinero, la ayudara en su necesidad, es decir, le diera dinero, y sólo con ese fin había soportado las fatigas de un viaje así hasta Hirschbach, junto a la frontera checa, medio año después de la muerte de su marido, el padre de su hijo, el cual, en contra de todas las circunstancias adversas, tan bien se había desarrollado. Pero su tío no la había recibido, había hecho decir a su hermano que no estaba y no se había mostrado siquiera hasta que ella había renunciado a esperarlo con su hijo y se habían vuelto a Wankham, sin éxito. Cómo podía tener un hombre el corazón tan duro, dijo, aunque por otra parte dijo también que comprendía a su tío. Él no quería saber ya nada de la Dichtelmühle ni de Wankham, dijo. Los que han estado en un establecimiento penitenciario, por el tiempo que

sea, no vuelven, cuando los ponen en libertad, al sitio de donde vinieron, dijo. La patrona había confiado en recibir de su tío o, por lo menos, de su segundo tío, el llamado tío de Hirschbach, ayuda para salir adelante, pero no había recibido esa ayuda, precisamente de aquellas dos personas que eran y son todavía hoy sus últimos parientes y de los que sabía que, aunque vivían en una situación miserable, como era lógico en Hirschbach, disponían todavía de una gran fortuna, la patrona insinuó también en cuánto calculaba la fortuna de sus dos tíos, aunque no citó una suma exacta, una suma conmovedoramente pequeña, pensé, que sin embargo a ella, la patrona, tenía que haberle parecido tan grande que se había prometido para sí misma una ayuda decisiva, pensé. Los viejos, aunque no necesiten ya nada, son avarientos, cuanto más viejos son, tanto más avarientos se vuelven, no sueltan lo más mínimo y sus descendientes podrían morir de hambre ante sus ojos, que eso no les molestaría lo más mínimo. La patrona describió entonces su viaje a Hirschbach, y lo incómodo que es ir de Wankham a Hirschbach, que tuvo que cambiar de tren tres veces con su hijo enfermo y que la visita a Hirschbach no sólo no le reportó dinero sino una inflamación de la garganta, una grave inflamación de garganta durante meses, según ella. Después de su visita a Hirschbach había pensado en quitar de la pared la fotografía de su tío, pero sin embargo no la quitó de la pared por los huéspedes, que indudablemente hubieran preguntado por qué había quitado la fotografía de la pared, y no tenía ganas de explicar una y otra vez a todo el mundo toda la historia, dijo. Entonces, hubieran querido saber de pronto otra vez todo lo del proceso, dijo, pero a eso no se hubiera dejado arrastrar ella. Pero la realidad era que ella había querido al tío representado en la fotografía *antes* del viaje a Hirschbach, mientras que, *después* del viaje a Hirschbach, sólo podía odiarlo. Ella había tenido hacia su tío la máxima comprensión, dijo, él hacia ella ni la más mínima. En definitiva, *ella* había seguido administrando la Dichtelmühle como mesón, dijo, en las condiciones más adversas, y no había dejado que la casa degenerase, ni tampoco la había vendido, para lo que al fin y al cabo había tenido oportunidad. A su marido no le interesaba el negocio de la hospedería, opinó, ella lo había conocido a él en una fiesta de Carnaval en Regau, adonde había ido ella a fin de comprar para su mesón unos sillones viejos desechados por un mesón de Regau. Ella había visto enseguida que allí se sentaba un hombre de buen carácter, sin compañía. Ella se sentó en su mesa y se lo trajo a Wankham, donde él se quedó enseguida. Pero posadero no lo fue nunca, dijo. Aquí, todas las esposas, realmente utilizó la palabra *esposas*, realmente todas las esposas tienen que contar con que sus maridos se caerán al molino papelerero o que, por lo menos, el molino papelerero les arrancará una mano o varios dedos, dijo, en el fondo, es cotidiano que se lesionen en los molinos papeleros, y la verdad es que por la comarca sólo andan hombres mutilados por los molinos papeleros. El noventa por ciento de los hombres trabajan aquí en la fábrica de papel, dijo. Para los niños no tenían otro proyecto que enviarlos a su vez a la fábrica de papel, dijo, desde hacía generaciones el mismo mecanismo, pensé. Y si la fábrica de papel se acaba, dijo, se quedarán todos plantados. Sólo era cuestión del plazo más breve que la fábrica de papel cerrase, opinó, todo hablaba en favor, como la fábrica de papel era una empresa nacionalizada, tendría que cerrar pronto porque, como todas las demás empresas nacionalizadas, debía miles de millones. Aquí todo se basa en la fábrica de papel y, cuando ésta cierre, todo habrá acabado. Ella misma estaría entonces lista, porque sus huéspedes eran en un noventa por ciento obreros del papel, dijo, los obreros del papel, por lo menos, se gastan el dinero, opinó, en cambio los trabajadores forestales no, y a los pocos aldeanos los veía como mucho una o dos veces al año, la verdad es que evitaban la Dichtelmühle

desde la época del proceso, y no entraban ya en ella. Desde hacía tiempo no se preocupaba ya por aquel futuro sin esperanza, le era indiferente lo que ocurriera, en definitiva, su hijo tenía ahora doce años, y a los catorce, al fin y al cabo, llegan siempre en esa comarca al punto en que pueden valerse por sí mismos. El futuro no me interesa nada, dijo. El señor Wertheimer, según ella, había sido siempre para ella *un huésped bien recibido*. Pero *esos señores distinguidos* no saben en absoluto lo que significa vivir como ella, llevar un mesón como la Dichtelmühle. Ellos (¡los señores distinguidos!) sólo hablaban siempre de situaciones para ella incomprensibles, no tenían ninguna clase de preocupaciones y se pasaban todo el tiempo reflexionando en qué podían hacer con su dinero y con su tiempo. Ella no había tenido nunca suficiente dinero ni nunca suficiente tiempo y ni siquiera había sido siempre sólo desgraciada, a diferencia de aquellos *señores distinguidos* apostrofados por ella, que siempre tenían suficiente dinero y suficiente tiempo y hablaban continuamente de su desgracia. Para ella era totalmente incomprensible que Wertheimer, a ella, la dijera siempre sólo que era un hombre desgraciado. A menudo él había estado sentado hasta la una de la madrugada en el mesón, lamentándosele, y ella se había *compadecido* de él, como decía, y se lo había subido a su habitación, porque él no quería ir ya a Traich aquella noche. Que personas como el señor Wertheimer tenían sin embargo todas las posibilidades para ser felices, y no aprovechaban, jamás, esas posibilidades. Una casa tan señorial y tanta infelicidad en una persona, dijo. En el fondo, para ella el suicidio de Wertheimer no había sido ninguna sorpresa, pero eso no hubiera debido hacerlo él, ahorcarse de un árbol precisamente en Zizers, ante la casa de su hermana, eso no se lo perdonaba. La forma en que decía *señor Wertheimer* era a la vez conmovedora y repulsiva. La verdad es que una vez le pedí dinero, pero no me dio nada, dijo, hubiera necesitado un crédito para una nevera nueva. Pero los ricos son agarrados, dijo, cuando se trata de dinero. Y, sin embargo, Wertheimer tiró sencillamente millones por la ventana, dijo. También a mí me consideraba ella como a Wertheimer, acomodado, incluso rico e inhumano, porque inesperadamente dijo que todas las personas acomodadas y ricas eran inhumanas. Pero entonces, ¿era *ella* humana? le había preguntado yo, a lo que no me respondió. Se puso en pie y fue al encuentro de los transportistas de cerveza, que se habían detenido ante el mesón con sus grandes camiones. Me preocupaba lo que había dicho la patrona, y por esa razón no me puse en pie enseguida para ir a Traich, sino que me quedé sentado, para observar a los transportistas de cerveza y, sobre todo, a la patrona, que indudablemente tenía unas relaciones más íntimas con los transportistas de cerveza que con todos los demás que trataban con su mesón. Los transportistas de cerveza me han fascinado desde mi más temprana infancia, y así fue también ese día. La forma en que descargaban los toneles de cerveza y los entraban rodando por el zaguán y luego le empezaban además a la patrona el primero, para sentarse luego con ella en la mesa de al lado, me fascinaba. De niño había querido hacerme y ser transportista de cerveza, había admirado a los transportistas de cerveza, pensé, y nunca había podido hartarme de mirar a los transportistas de cerveza. Sentado en la mesa de al lado y observando a los transportistas de cerveza, me había acometido otra vez enseguida ese sentimiento de infancia, pero no me abandoné mucho tiempo a él, sino que me puse de pie y salí de la Dichtelmühle hacia Traich, no sin haberle dicho a la patrona que volvería hacia la noche o incluso antes, *según*, y que tenía interés en cenar. Al salir, oí aún cómo los transportistas de cerveza le habían preguntado a la patrona quién era yo y, como tengo mejor oído que nadie, la escuché aún susurrar mi nombre y añadir que yo era un amigo de Wertheimer, el necio que se había matado en Suiza. En el fondo, yo hubiera preferido, en lugar de ir ahora a

Traich, quedarme sentado en la sala del mesón y prestar atención a los transportistas de cerveza y la patrona, pensé al marcharme, más que nada sentarme en la mesa de los transportistas de cerveza y beber con ellos un vaso de cerveza. Una y otra vez tenemos la ilusión de que podemos sentarnos con quienes nos atraen de toda la vida, precisamente con lo que se llama gentes sencillas, que, como es natural, nos imaginamos siempre totalmente distintas de como son en verdad, porque, si nos sentamos realmente con ellas, vemos que no son como pensábamos y que no somos en absoluto de los suyos, como nos habíamos convencido, y en su mesa y en su centro sólo recibimos los temidos desaires, que sentimos consecuentemente cuando nos hemos sentado a su mesa y creído que pertenecíamos a ellas o que podríamos sentarnos impunemente con ellas aunque sólo fuera el tiempo más breve, lo que es el mayor de los errores, pensé. Durante toda la vida sentimos nostalgia de esas gentes, y queremos ir a ellas y, cuando llevamos a la práctica lo que sentimos hacia ellas, somos rechazados por ellas y, de hecho, de la forma más despiadada. Wertheimer describía a menudo cómo había fracasado en su necesidad de estar con las llamadas gentes sencillas, es decir, con el llamado pueblo, de pertenecer a él, y muchas veces contó que había entrado en la Dichtelmühle con el fin de sentarse a la mesa del pueblo, para comprender, ya al primer intento en esa dirección, que era un error creer que personas como él, Wertheimer, o como yo, pudieran sentarse sencillamente a la mesa del pueblo. Personas como nosotros nos hemos excluido ya pronto de la mesa del pueblo, decía, como recuerdo yo, sencillamente nacimos ya en otra mesa muy distinta, decía, no en la mesa del pueblo. Pero a personas como nosotros, como es natural, nos atrae una y otra vez la mesa del pueblo, decía. Pero en la mesa del pueblo no se nos ha perdido nada, según él, como recuerdo yo. Llevar una existencia de transportista de cerveza, pensé, y cargar y descargar toneles día tras día y hacerlos rodar por los suelos de las posadas de la Alta Austria, y sentarse una y otra vez con todas esas patronas degeneradas y, todos los días, caer muerto de cansancio en la cama, durante treinta años, durante cuarenta. Respiré profundamente y me dirigí, tan deprisa como pude, a Traich. Que en el campo nos enfrentamos con los problemas insolubles del mundo, en todos los tiempos y en todo el futuro, de una forma mucho más despiadada que en la ciudad, en la que al fin y al cabo, si queremos, podemos volvernos totalmente anónimos, pensé, y que, en el campo, las atrocidades y las monstruosidades nos golpean en pleno rostro y no podemos hacerles frente, y que esas atrocidades y monstruosidades, si vivimos en el campo, nos hacen perecer con seguridad en el plazo más breve, eso no ha cambiado, pensé, desde que estoy fuera. Si vuelvo a Desselbrunn, pereceré irremisiblemente, la vuelta a Desselbrunn no se plantea ya, ni siquiera dentro de cinco o seis años, me dije, y cuanto más tiempo esté fuera, tanto más necesario será no volver ya a Desselbrunn, quedarme en Madrid o en otra gran ciudad, me dije, con tal de que no sea en el campo y nunca más en la Alta Austria, pensé. Hacía frío y viento. La absoluta locura de ir a Traich, haber bajado en Attnang Puchheim y haber ido a Wankham, se me había subido a la cabeza. En esta comarca, Wertheimer había *tenido* que volverse loco, incluso al final demente, pensé, y me dije que él siempre fue exactamente *el Malogrado* de que hablaba siempre Glenn Gould, Wertheimer fue un típico hombre de callejón sin salida, me dije, una y otra vez, al salir de un callejón sin salida se metió en otro callejón sin salida, porque Traich fue ya siempre para él un callejón sin salida, lo mismo que lo fue luego Viena, y lo mismo que, naturalmente, también Salzburgo, porque Salzburgo sólo fue para él un callejón sin salida, el Mozarteum nada más que un callejón sin salida, lo mismo que la Wiener Akademie, lo mismo que todos los estudios de piano un callejón sin salida, en general, esos

hombres sólo pueden elegir siempre entre un callejón sin salida y otro, me dije, sin escapar jamás a ese mecanismo del callejón sin salida. *El Malogrado nació ya malogrado*, pensé, *fue siempre ya el Malogrado* y, si somos exactos al observar nuestro entorno, comprobamos que ese entorno se compone casi exclusivamente de esos malogrados, me dije, de esos hombres de callejón sin salida como Wertheimer, que fue calado ya desde el primer momento como uno de esos hombres de callejón sin salida y malogrados y que fue calificado también por primera vez por Glenn Gould de *malogrado*, de esa forma norteamericanocanadiense despiadada pero totalmente franca, y que Glenn Gould expresó sin vergüenza alguna lo que los otros pensaban *también*, pero nunca habían expresado, porque no son propios de ellos esos modales norteamericano-canadienses despiadados y francos, pero sin embargo saludables, me dije, y que, desde luego, todos vieron ya siempre en Wertheimer al *Malogrado*, pero no se atrevieron a calificarlo también de *malogrado*; pero quizá fue sólo que, con su falta de fantasía, no se les ocurrió un calificativo tan exacto, pensé, que Glenn Gould acuñó en el primer instante en que vio a Wertheimer, con agudeza, tengo que decir, sin haberlo observado antes largo tiempo, se le ocurrió enseguida el *Malogrado*, no, como a mí, después de una observación bastante larga y de años de convivir con él, ese concepto de hombre de callejón sin salida. Una y otra vez tenemos que habérmolas con esos malogrados y esos hombres de callejón sin salida, me dije, avanzando rápidamente contra el viento. Nos cuesta el mayor esfuerzo salvarnos de esos malogrados y de esos hombres de callejón sin salida, porque esos malogrados y esos hombres de callejón sin salida no regatean medios para tiranizar a su entorno, para matar lentamente a sus semejantes, me dije. Por débiles que sean, y precisamente porque están tan débilmente contruidos y hechos, tienen fuerzas para ejercer en su entorno un efecto devastador, pensé. Actúan más despiadadamente en contra de su entorno y en contra de sus semejantes, me dije, de lo que al principio podemos imaginarnos, y cuando llegamos a su motor, a su mecanismo original de malogrados y hombres de callejón sin salida, es casi siempre demasiado tarde para escapar de ellos, tiran de uno hacia abajo, cuando pueden, con toda su fuerza, me dije, toda víctima les satisface, aunque se trate de su propia hermana, pensé. De su desgracia, de su mecanismo de malogrados, sacan su mayor provecho, me dije, yendo hacia Traich, aunque en fin de cuentas ese provecho no les sirva de nada, lógicamente. Wertheimer abordó la vida siempre partiendo de hipótesis equivocadas, me dije, a diferencia de Glenn, que siempre abordó su existencia partiendo de hipótesis exactas. Wertheimer envidió a Glenn Gould hasta su misma muerte, me dije, ni siquiera pudo soportar la muerte de Glenn Gould y se mató poco tiempo después, y en verdad el momento desencadenante de su suicidio no fue la marcha de su hermana a Suiza sino la imposibilidad de soportar que Glenn Gould, en el momento culminante de su arte, como tengo que decir, sufriera un ataque. Primero no soportó Wertheimer que Glenn Gould tocara el piano mejor que él, que, de pronto, fuera Glenn Gould el genio, pensé, y además mundialmente conocido y, todavía más, que en el momento culminante de su fama mundial y de su genio sufriera un ataque, pensé. En cambio, para Wertheimer sólo existió la propia muerte, la muerte por su propia mano, pensé. En un ataque de megalomanía, se sentó en el tren de Chur, me dije ahora, y se fue a Zizers y se ahorcó ante la casa de los Duttweiler, desvergonzadamente. ¿De qué hubiera podido hablar yo con los Duttweiler? me pregunté y me respondí enseguida, pronunciándolo realmente en voz alta: de *nada*. ¿Hubiera debido decirle a la hermana lo que realmente pensaba y pienso sobre Wertheimer, su hermano?, pensé. Hubiera sido el mayor disparate, me dije. A la Duttweiler sólo la habría molestado con mis habladurías, y yo no habría ganado nada. Pero

hubiera debido rechazar la invitación de los dos Duttweiler para comer con un tono más cortés, pensé ahora, realmente, rechacé su invitación no sólo con tono descortés, sino con tono impropio, brusco, los herí, lo que ahora no me parecía bien. Actuamos injustamente, y herimos a la gente, sólo para sustraernos en ese momento a un esfuerzo mayor, a un enfrentamiento desagradable, pensé, porque enfrentarse con los Duttweiler después del entierro de Wertheimer hubiera sido sin duda cualquier cosa menos agradable, yo hubiera sacado otra vez a la luz todo lo que es mejor no sacar a la luz, todo lo relativo a Wertheimer, y con la injusticia y la imprecisión que se han convertido siempre para mí en fatalidad, en una palabra, con el subjetivismo que he odiado siempre, pero del que nunca he estado a salvo. Y los Duttweiler hubieran presentado a su modo la situación de Wertheimer, que hubiera dado un retrato de Wertheimer igualmente falso e injusto, me dije. Sólo describimos y juzgamos a los hombres siempre equivocadamente, los juzgamos injustamente y los describimos con baja, me dije, en todo caso, da igual a quien describamos o a quien juzguemos. Una comida así en Chur con los Duttweiler no hubiera producido más que malentendidos y, en fin de cuentas, hubiera llevado a ambas partes a la desesperación, pensé. De forma que es una suerte que haya rechazado su invitación y haya vuelto enseguida a Austria, pensé, aunque la verdad es que no hubiera debido bajarme en Attnang Puchheim, hubiera debido volver inmediatamente a Viena, ir a mi piso, pasar una noche e irme a Madrid, pensé. No me perdonaba el componente sentimental de aquella interrupción del viaje en Attnang Puchheim para pasar aquella noche repulsiva, pero necesaria, en Wankham, a fin de visitar el Traich dejado por Wertheimer. Por lo menos, hubiera podido preguntar a los Duttweiler quién estaba ahora en Traich, porque la verdad es que, camino de Traich, no tenía aún la menor idea de quién podía estar ahora en Traich, porque de la información de la patrona no podía fiarme, habla siempre demasiado, pensé, y, como todas las patronas, cosas disparatadas e inexactas. Y puede ser incluso que la propia Duttweiler esté ya en Traich, pensé, sería lo más lógico, el que, efectivamente, no como yo por la noche sino ya por la tarde o incluso al mediodía, hubiera ido de Chur a Traich. ¿Quién, si no, se ocupará ahora de Traich?, pensé, a no ser la hermana, que al fin y al cabo ahora, como Wertheimer está muerto y enterrado en Chur, no tiene ya nada que temer de él. Su tormento ha muerto, pensé, su destructor ha agotado su vida, no existe ya, nunca más tendrá nada que decir en lo que a ella se refiere. Como siempre, la verdad es que ahora exageraba, y me resultó molesto a mí mismo haber calificado a Wertheimer, de repente, de tormento y de destructor de su hermana, así, pensé, actuó siempre contra los otros, de forma injusta, incluso criminal. Siempre he sufrido por esa capacidad para ser injusto, pensé. El señor Duttweiler, que en mi primer encuentro me había sido tan repulsivo y que posiblemente no era en absoluto tan repulsivo, como pensé ahora, no tiene seguramente ningún interés por Traich, en general, ni el menor interés por los intereses de Wertheimer, me dije, parece como si lo que Wertheimer dejó en Traich y en Viena no le interesara en absoluto, pensé, y si tiene interés, el señor Duttweiler sólo lo tiene por el dinero dejado por Wertheimer, pero por el resto de la herencia de Wertheimer absolutamente ninguno, pero su hermana debía de tener por él el mayor de los intereses, porque no puedo imaginarme, pensé, que se separase de su hermano tan radical y definitivamente, al casarse con Duttweiler, que el legado de su hermano le sea indiferente, muy al contrario, sospecho ahora que, precisamente ahora, dejada en libertad por su hermano, por decirlo así, con su suicidio de protesta, se interesará de repente por todo lo de Wertheimer, con una intensidad con la que, hasta ahora, no se había interesado, y que quizá ahora mostrará interés incluso por el llamado *legado de*

ciencias espirituales de su hermano. Con el espíritu, como suele decirse, la veía ya ahora en Traich examinando y estudiando los miles, si no cientos de miles de papeles de su hermano. Entonces pensé otra vez que Wertheimer no habría dejado un solo papel, lo que es más propio de él que lo que se llama un legado literario, que a él mismo no le importó nunca, como, por lo menos, le oí decir siempre, aunque la verdad es que no puedo decir que lo dijera en serio, pensé. Porque, muy a menudo, las personas que trabajan con productos del espíritu dicen que no les importan nada y, por el contrario, les importan mucho, sólo que no lo reconocen, porque se avergüenzan de rebajarse, como lo llaman, hablan mal de su trabajo para no tener que avergonzarse al menos públicamente, y es posible que Wertheimer hubiera trabajado con esas maniobras de engaño en lo referente a su llamada ciencia del espíritu, pensé, eso era muy propio de él. En ese caso, yo tendría realmente ocasión de hacerme una idea de ese trabajo espiritual, pensé. De pronto hacía tanto frío que tuve que subirme el cuello de la chaqueta. Una y otra vez buscamos la causa y pasamos sucesivamente de una posibilidad a otra, pensé, que la muerte de Glenn era la verdadera causa de la muerte de Wertheimer, pensaba una y otra vez, y no el que la hermana de Wertheimer se hubiera ido con Duttweiler a Zizers. La causa, decimos más, se encuentra siempre mucho más profunda, y se encuentra en las variaciones Goldberg que Glenn tocó en Salzburgo durante el curso de Horowitz, *El clave bien templado es la causa*, pensé, y no el hecho de que la hermana de Wertheimer, a los cuarenta y seis años, se separase de su hermano. La hermana de Wertheimer es realmente inocente de la muerte de Wertheimer, pensé, Wertheimer, pensé, quiso achacar la culpa de su suicidio a su hermana, para desviar la atención del hecho de que nada más que las Variaciones Goldberg interpretadas por Glenn, lo mismo que su *Clave bien templado* eran culpables de su suicidio, lo mismo que, en general, de su catástrofe vital. Pero el comienzo de la catástrofe de Wertheimer se produjo ya en el momento en que Glenn Gould le dijo a Wertheimer que era *el Malogrado*, lo que Wertheimer había sabido ya siempre fue expresado por Glenn súbitamente y sin premeditación, como tengo que decir, a su estilo norteamericano-canadiense, Glenn hirió mortalmente a Wertheimer con *su malogrado*, pensé, no porque Wertheimer hubiera oído ese concepto entonces por primera vez, sino porque Wertheimer, sin conocer la palabra *malogrado*, hacía tiempo que estaba familiarizado con el *concepto* de *malogrado*, sin embargo, Glenn Gould *pronunció la palabra malogrado en un momento decisivo*, pensé. Decimos una palabra y aniquilamos a un hombre, sin que ese hombre aniquilado por nosotros, en el momento en que pronunciamos la palabra que lo aniquila, se dé cuenta de ese hecho mortal, pensé. Una persona así enfrentada con una palabra mortal así, como concepto mortal, no sospecha nada aún del efecto mortal de esa palabra y de su concepto, pensé. Glenn, antes aún de haber empezado siquiera el curso de Horowitz, le dijo a Wertheimer la palabra *malogrado*, pensé, podría determinar incluso la hora exacta en que Glenn le dijo a Wertheimer la palabra *malogrado*. Decimos a una persona una palabra mortal y, como es natural, no tenemos conciencia en ese momento de que, realmente, le hemos dicho una palabra mortal, pensé. Veintiocho años después de haberle dicho Glenn a Wertheimer en el Mozarteum que era un *malogrado* y doce años después de habérselo dicho en Norteamérica, Wertheimer se mató. Los suicidas son ridículos, decía a menudo Wertheimer, los que se ahorcan son los más repulsivos, decía también, pensé, naturalmente ahora llama la atención el que, muy a menudo, hablara del suicidio, aunque al hacerlo se burlaba siempre más o menos, como tengo que decir, de los suicidas, hablaba siempre del suicidio y los suicidas, como si ni un concepto ni el otro le

afectaran, porque ni el uno ni el otro se planteaban para él. Que *yo* era una persona suicida, decía a menudo, recordaba yo, camino de Traich, *yo* era quien corría peligro, no él. Y también había creído a su hermana capaz de suicidarse, probablemente porque él era quien mejor conocía su verdadera situación, estaba familiarizado con la absoluta falta de esperanzas de ella como ningún otro, porque, como decía a menudo, creía ver a través de su criatura. Pero su hermana, en lugar de matarse, se fue con Duttweiler a Suiza, se casó con el señor Duttweiler, pensé. En definitiva, Wertheimer se mató de aquella forma calificada siempre por él de repulsiva y repugnante, y precisamente en Suiza, así pues, su hermana se fue a Suiza para contraer matrimonio con el rico químico Duttweiler, en lugar de matarse, y él mismo, para ahorcarse de un árbol de Zizers, pensé. Quiso estudiar con Horowitz, pensé, y fue aniquilado por Glenn Gould. Glenn murió en el momento *ideal para él*, Wertheimer, sin embargo, no se mató en el momento ideal para él, pensé. Si realmente intento otra vez mi descripción de Glenn Gould, pensé, haré también en ella *su* descripción de Wertheimer, y es dudoso quién será el centro de esa descripción, Glenn Gould o Wertheimer, pensé. Partiré de Glenn Gould, de las *Variaciones Goldberg* y del *Clave bien templado*, pero Wertheimer desempeñará en esa descripción un papel decisivo, en lo que a mí se refiere, porque para mí Glenn Gould estuvo siempre unido a Wertheimer, en la relación que fuera, y a la inversa, Wertheimer a Glenn Gould, y quizá en fin de cuentas Glenn Gould desempeñó un papel mayor en Wertheimer que a la inversa. El verdadero punto de partida debe ser el curso con Horowitz, pensé, la casa del escultor en Leopoldskron, el hecho de que, de forma totalmente independiente unos de otros, nos acercáramos unos a otros hace veintiocho años, de forma decisiva para nuestra vida, pensé. El Bosendorfer de Wertheimer frente al Steinway de Glenn Gould, pensé, las *Variaciones Goldberg de Glenn Gould frente al Arte de la fuga de Wertheimer*, pensé. Glenn Gould no le debe sin duda a Horowitz su genio, pensé, pero Wertheimer, sin más, puede hacer responsable a *Horowitz* de su destrucción y aniquilación, pensé, porque Wertheimer fue a Salzburgo atraído por el nombre de Horowitz, sin el nombre de Horowitz no hubiera ido nunca a Salzburgo, en cualquier caso, no en aquel año fatídico para él. Aunque las *Variaciones Goldberg* sólo fueron compuestas con el fin de hacer soportable el insomnio a alguien que toda su vida padeció de insomnio, pensé, a Wertheimer lo mataron. *Para solaz del ánimo* fueron compuestas originalmente y, casi doscientos cincuenta años después, mataron a un hombre sin esperanza, precisamente Wertheimer, pensaba camino de Traich. Si Wertheimer, hace veintiocho años, no hubiera pasado ante el aula treinta y tres del primer piso del Mozarteum, como recuerdo, exactamente a las cuatro de la tarde, no se hubiera ahorcado veintiocho años más tarde en Zizers, junto a Chur, pensé. La fatalidad de Wertheimer fue haber pasado precisamente ante el aula treinta y tres del Mozarteum, en el momento en que Glenn Gould tocaba, en esa aula, la llamada *Aria*. Wertheimer me contó de su experiencia que, oyendo a Glenn, se detuvo ante la puerta del aula hasta el final del *Aria*. Entonces me resultó evidente lo que es recibir un choque, pensé ahora. Glenn Gould, el llamado niño prodigio, no nos era conocido, a Wertheimer ni a mí, y tampoco lo hubiéramos tomado en serio si hubiéramos sabido algo de él, pensé. Glenn Gould no era un niño prodigio, fue desde el principio un genio del piano, pensé, ya de niño no le había bastado con la maestría. Nosotros, Wertheimer y yo, teníamos, por decirlo así, nuestras casas de aislamiento en el campo y huíamos a ellas. Glenn Gould se construyó su jaula de aislamiento, como llamaba a su estudio, en Norteamérica, en las proximidades de Nueva York. Si *él* llamó a Wertheimer el *Malogrado*, yo quiero calificarlo a él, Glenn, de *Inaceptante*. Sin embargo, tengo que calificar el

año de 1953 de año *fatídico* para Wertheimer, porque en 1953 Glenn Gould tocó en Leopoldskron las *Variaciones Goldberg*, en nuestra casa del escultor, para nadie más que para Wertheimer y para mí, años antes de que, con esas mismas *Variaciones Goldberg*, como suele decirse, se convirtiera de golpe en celebridad mundial. En 1953, Glenn Gould aniquiló a Wertheimer, pensé. En 1954 no habíamos sabido nada de él, en 1955 tocó las *Variaciones Goldberg* en el teatro del Festival, y Wertheimer y yo lo habíamos escuchado desde el telar del teatro, junto con una serie de tramoyistas, que por lo demás nunca habían oído un concierto de piano pero se entusiasmaron con la forma de tocar de Glenn, que nunca hacía otra cosa que *romper a sudar*, Glenn, el norteamericano canadiense, que llamó a Wertheimer sin ceremonias el *Malogrado*, Glenn, que en el *Ganshof* se reía como nunca he oído reírse a nadie, antes ni después, pensé, en contraposición a Wertheimer, que fue exactamente lo opuesto a Glenn Gould, aunque tampoco pueda describir ese opuesto, pero lo intentaré, pensé, cuando empiece otra vez el *Ensayo sobre Glenn*. Me encerraré en la calle del Prado y escribiré sobre Glenn y, totalmente por sí solo, Wertheimer me resultará claro, pensé. Al escribir sobre Glenn Gould, conseguiré claridad sobre Wertheimer, pensaba camino de Traich. Andaba demasiado deprisa y mientras andaba, no podía respirar, mi viejo achaque, que padezco ya hace más de dos decenios. Al escribir sobre el uno (Glenn Gould), conseguiré claridad sobre el otro (Wertheimer), pensé, y al oír una y otra vez las *Variaciones Goldberg* (y el *Arte de la fuga*) del uno (Glenn), para poder escribir sobre ellos, sabré cada vez más y podré escribir también sobre el arte (¡o la falta de arte!) del otro (Wertheimer), pensé, y de repente añoré Madrid y mi calle del Prado, mi hogar español, como jamás había añorado lugar alguno. En el fondo, aquel recorrido hacia Traich era deprimente y, como pensaba una y otra vez, resultaría sin objeto. O quizá *no tan sin objeto* como pensaba en aquel momento, pensé, y me dirigí más aprisa aún hacia Traich. El pabellón de caza lo conocía, no ha cambiado nada, fue mi primera impresión, y la segunda, que tenía que ser un edificio ideal para una persona como Wertheimer, pero sin embargo nunca fue el edificio ideal para él, todo lo contrario. Lo mismo que tampoco Desselbrunn ha sido nunca ni es para mí ideal sino lo contrario, como pensaba, aunque todo tenía también el aspecto de que Desselbrunn fuera ideal para mí (y mis iguales). Vemos un edificio y creemos que es ideal para nosotros (y para nuestros iguales) y no es en absoluto ideal para nuestros fines ni para los fines de nuestros iguales, pensé. Lo mismo que vemos siempre también a una persona como la ideal para nosotros, cuando es cualquier cosa menos ideal para nosotros, pensé. Mi sospecha de que Traich estaría cerrado no se confirmó, la puerta del jardín estaba abierta, incluso la puerta de la casa, como vi desde lejos, y atravesé enseguida el jardín y la puerta de la casa. Franz (Kohlroser), el trabajador forestal, al que conocía, me saludó. Hasta hoy por la mañana no había sabido del suicidio de Wertheimer, todos estaban horrorizados, dijo. La hermana de Wertheimer había anunciado su llegada para el día siguiente, dijo, la señora Duttweiler. Que pasara, entretanto había abierto todas las ventanas de las habitaciones para que entrara aire puro en la casa, dijo, por desgracia, su compañero había ido a Linz por tres días, y él estaba solo en Traich, *es una suerte que haya venido usted*, dijo. Si quería beber agua, me preguntó, se acordó enseguida de que soy bebedor de agua. No, dije, ahora no, que había bebido un té en Wankham, donde tenía la intención de pasar la noche. Wertheimer se había marchado como siempre, sólo para dos o tres días, de todas formas había *dicho* que iría a Chur, a ver a su hermana, dijo Franz. No había observado ningún signo de nada extraño o raro en Wertheimer, cuando dejó Traich en el coche, dijo Franz, que él mismo condujo hasta Attnang Puchheim,

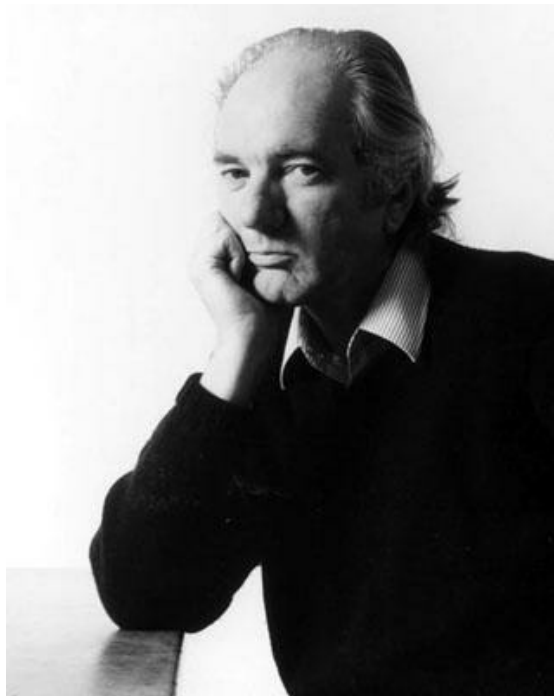
seguramente el coche estaba todavía en la explanada de la estación. Franz calculó que hacía exactamente doce días que su señor se había ido a Suiza y que, como acababa de saber por mí, llevaba ya once días muerto. *Ahorcado*, le había dicho yo a Franz. Él, Franz, temía que ahora, después de la muerte de Wertheimer, su patrono, posiblemente, lo cambiara todo en Traich, y más aún cuanto que, en el caso de la Duttweiler, se trataba de una *persona extraña*, no había dicho que temiera ahora la aparición de la señora Duttweiler pero sin embargo dio a entender que tenía miedo de que, influida por el suizo, su marido, cambiase totalmente Traich, puede ser que venda Traich, dijo Franz, porque ella, que se ha casado en Suiza, y por añadidura se ha casado en Suiza de una forma tan rica, qué va a hacer con Traich. Al fin y al cabo, Traich había sido totalmente la casa de su hermano, construida y arreglada y amueblada por él totalmente para sus fines, de forma que, realmente, cualquier otro tenía que sentirse a disgusto, como pensé, al estilo de Wertheimer y sólo para él. La verdad era que la hermana de Wertheimer no se había sentido nunca a gusto en Traich, y su hermano, según Franz, no la había dejado nunca *instalarse* en Traich, no había atendido ninguno de los deseos de ella relativos a Traich, sus ideas de cambiar Traich a su gusto los había ahogado siempre él, Wertheimer, en la cuna, y por lo demás, en Traich, sólo había *atormentado a la pobre*, como se expresó Franz. La verdad era que la Duttweiler debía de odiar francamente a Traich, opinó, porque no había pasado en Traich un solo día feliz, según Franz. Recordó que, una vez, sin preguntar a su hermano si le parecía bien, ella había descorrido las cortinas de la habitación de él, y que él, furioso, la había echado de la habitación. Si ella quería invitar a gente, él se lo prohibía, dijo Franz, y tampoco había podido vestirse como ella quería, siempre había tenido que llevar los vestidos que *él* quería que llevara, ni con el tiempo más frío podía ponerse nunca su sombrero tirolés, porque su hermano odiaba los sombreros tiroleses, y odiaba, como me consta también, todo lo que tenía que ver con los trajes regionales, lo mismo que la verdad es que tampoco él llevó jamás nada que, ni de lejos, recordase un traje regional, de forma que, como es natural, llamaba siempre la atención enseguida en la comarca, porque todos llevan aquí siempre trajes regionales, sobre todo los hechos de *loden* del Tirol, que, para esta situación climáticamente tan espantosa de las estribaciones de la montaña son, más que cualquier otra, la vestimenta ideal, pensé, los trajes regionales, como todo lo que le recordaba siquiera los trajes regionales, le resultaban profundamente desagradables. Cuando su hermana le pidió una vez permiso para ir a la llamada *Backerberg*, a un baile con motivo del primero de mayo, con la mujer de un vecino, él se lo prohibió, dijo Franz. Y a la compañía del párroco ella tuvo que renunciar lógicamente, porque Wertheimer odiaba el Catolicismo, al que su hermana en los últimos años, como me consta también, se había entregado por completo. Una de las costumbres de él había sido pedirle a su hermana, en plena noche, que viniera a su habitación, para tocar en un viejo armonio que él tenía en su cuarto algo de Handel, realmente, Franz dijo *Handel*. La hermana se había levantado a la una o las dos de la mañana y se había puesto la bata, y había ido a la habitación de él para sentarse al armonio y tocar, en aquella habitación fría, a Handel, dijo Franz, lo que, naturalmente, había tenido por consecuencia que se enfriara y padeciera continuamente enfriamientos en Traich. Él, Wertheimer, no había tratado bien a su hermana, dijo Franz. Había hecho que ella le tocara Handel durante una hora en el viejo armonio, dijo Franz, y luego, por la mañana, al desayunar juntos, cosa que hacían en la cocina, le había dicho que su forma de tocar el armonio había sido insoportable. Le había hecho que tocara para él, para poder volver a dormirse, dijo Franz, porque la verdad era que el señor Wertheimer padecía siempre de insomnio, y luego le

decía por la mañana que tocaba *como un cerdo*. Wertheimer había tenido que obligar siempre a su hermana a ir a Traich, él, Franz, creía incluso que Wertheimer había odiado a su hermana, pero sin ella no hubiera podido existir en Traich, y yo pensé que Wertheimer hablaba siempre de estar solo, sin poder estar realmente solo, no era un *hombre solitario*, pensé, y por eso se llevaba siempre a Traich a su hermana, a la que, por lo demás, aunque la odiaba, quería también más que a nadie en el mundo, para *abusar* de ella a su modo. Cuando hacía frío, según Franz, hacía que su hermana encendiera la calefacción en el cuarto de él, mientras que ella no debía calentar su propio cuarto. Los paseos de ella sólo podía darlos en la dirección determinada por su hermano y sólo de la duración determinada por su hermano, y tenía que atenerse exactamente a la hora que él había fijado para sus paseos, según Franz. La mayor parte del tiempo, según Franz, ella había estado en su propio cuarto, pero sin poder oír música, eso no lo soportaba su hermano, el que ella, que lo hubiera hecho tan a gusto, pusiera un disco. Él, Franz, se acordaba todavía muy bien de la infancia de los dos Wertheimer, cuando los dos, todavía llenos de alegría, llegaron a Traich, chicos divertidos, dispuestos a todo, según Franz. El pabellón de caza había sido el lugar de juegos favorito de los dos Wertheimer. Durante la época en que los Wertheimer estuvieron en Inglaterra, en la época nazi, según Franz, reinó en Traich el silencio de una forma angustiosa, mientras se alojó en Traich un administrador nazi, en esa época todo degeneró también, no se reparó nada, todo quedó abandonado a sí mismo, porque el administrador no se ocupaba de nada, en Traich vivió un conde nazi venido a menos, pero que no entendía de nada, según Franz, y el conde nazi *casi echó a perder* Traich. Después de que los Wertheimer volvieron de Inglaterra, primero a Viena, y sólo mucho después a Traich, según Franz, se retrajeron totalmente, y no tuvieron ya contactos con su entorno. Él, Franz, volvió a entrar a su servicio, siempre le habían pagado bien, y *le habían tenido siempre en cuenta*, según él, el que también durante el dominio nazi y durante toda su época de Inglaterra, les hubiera sido fiel. El hecho de que, durante la llamada época nazi, se hubiera ocupado de Traich más de lo que les pareció bien a los nazis según Franz, le valió no sólo una advertencia de las autoridades nazis sino también una estancia en la cárcel de Wels de dos meses, desde entonces odiaba Wels, no iba ya allí, ni siquiera en la época de la feria. *El señor Wertheimer no quería dejar que su hermana fuera a la iglesia*, dijo Franz, *pero ella iba en secreto a las vísperas*. Los padres de los jóvenes Wertheimer no habían disfrutado mucho de Traich, dijo Franz, con quien estaba yo de pie en la cocina, tuvieron un accidente demasiado pronto. Querían ir a Metano, dijo Franz. La verdad es que el viejo Wertheimer no quería ir a Metano, pero *ella* quería, dijo. Sólo encontraron el coche accidentado dos semanas después de haber caído en un barranco cercano a Brixen, dijo. En Metano, los Wertheimer tenían parientes, pensé. Ya el bisabuelo de Wertheimer lo había empleado a él, Franz, en Traich. También en el caso de su padre el empleo con los Wertheimer había sido un empleo para toda la vida. Los señores habían sido siempre buenos con él, él no les había faltado, de forma que muy naturalmente, tampoco a la inversa había habido reproches, según Franz. No podía imaginarse qué sería ahora de Traich. Qué pensaba yo del señor Duttweiler, quiso saber Franz, pero yo sólo sacudí la cabeza. Posiblemente, según Franz, la hermana de Wertheimer vendrá a Traich para vender Traich. Eso no lo creía, dije yo, no podía imaginarme en absoluto que la Duttweiler vendiera Traich, aunque pensé que era muy posible que ella pensara en vender Traich, pero no le dije a Franz lo que pensaba, dije muy claramente, no, eso no lo creo, que la Duttweiler venda Traich, eso no lo pienso realmente. Quería tranquilizar a Franz, al que preocupaba como es natural

perder su empleo de toda la vida. Resulta posible sin más que la Duttweiler, la hermana de Wertheimer, venga a Traich y venda Traich, posiblemente de la forma más rápida, pensé, pero le dije a Franz que estaba convencido de que la hermana de Wertheimer, *la hermana de mi amigo*, subrayé expresamente, no vendería Traich, tienen tanto dinero, los Duttweiler, le dije a Franz, que no necesitan vender Traich, mientras que pensaba que, precisamente porque los Duttweiler tenían tanto dinero, pensarían quizá en deshacerse sencillamente de Traich por el procedimiento más rápido, seguro que no venderán Traich, dije, y pensé que quizá venderían Traich incluso enseguida, y le dije a Franz que podía estar seguro de que aquí, en Traich, no cambiaría nada, mientras pensaba que, probablemente, en Traich cambiaría todo. La Duttweiler vendrá aquí y ordenará lo que haya que ordenar, le dije a Franz, se hará cargo de la herencia, dije, y le pregunté a Franz si la Duttweiler vendría a Traich sola o con su marido. Eso no lo sabía, dijo, no se lo había comunicado. Me bebí un vaso de agua y pensé, mientras lo bebía, que en Traich había bebido siempre la mejor agua de mi vida. Antes de haber ido Wertheimer a Suiza, dijo, había invitado durante dos semanas a un montón de gente a Traich, habían hecho falta días para que él, Franz, y su compañero pusieran otra vez todo en orden, vieneses, dijo Franz, que no habían estado nunca en Traich pero que, de forma totalmente evidente, eran buenos amigos de su señor. De esa gente le había oído hablar ya a la patrona, dije, probablemente músicos, y pensé si, en el caso de aquellos artistas y músicos, no se trataría de gente con la que Wertheimer había ido en otro tiempo a la escuela, por decirlo así, de compañeros de escuela superior de su época académica en Viena y Salzburgo. Al fin y al cabo nos acordamos de todos los que estuvieron con nosotros en la escuela superior y los invitamos, sólo para comprobar que no tenemos ya nada en común con ellos, pensé. También a mí me invitó Wertheimer, pensé en aquel momento, y de qué forma tan implacable, pensé, en sus cartas y, sobre todo, en la última postal que me mandó a Madrid, como es natural tenía ahora remordimientos, porque relacioné también conmigo aquella *invitación a artistas* por su parte, pero él no me escribió sobre esa gente, pensé, y tampoco hubiera venido a Traich con toda esa gente, me dije. Qué podía haberle pasado a Wertheimer para que él, que nunca invitó a nadie a Traich, hiciera venir de repente a Traich a docenas de personas, aunque fueran antiguos compañeros de estudios que, por lo demás, siempre odió; siempre se había podido notar al menos desprecio cuando hablaba de aquellos antiguos compañeros de estudios, pensé. Lo que la patrona había insinuado sólo y de lo que, al fin y al cabo, ella sólo podía saber que los había visto andar por la comarca y reírse y, en definitiva, escandalizar también, con sus llamativos disfraces de artista, con sus llamativos trajes de artista, me resultó claro de pronto: Wertheimer había invitado a Traich a sus antiguos compañeros de estudios y no los había echado enseguida, sino que durante días, durante semanas incluso, los había dejado desfogarse en Traich *contra él*. Un hecho que tenía que parecerme totalmente incomprensible, porque Wertheimer, durante decenios, no había querido saber nada de aquellos compañeros de estudios, jamás había querido oír nada de ellos y no se le hubiera ocurrido ni dormido invitarlos un día a Traich, lo que ahora, evidentemente, había hecho, y entre aquella invitación absurda y su suicidio existía, naturalmente, una relación, pensé. Aquella gente había echado a perder muchas cosas en Traich, dijo Franz. Wertheimer había estado *alegre* con ellos, lo que en cualquier caso le había llamado también la atención a Franz, se había mostrado totalmente distinto, en aquellos días y semanas, en aquella compañía. Franz dijo también que aquellas gentes habían estado en Traich más de dos semanas y se habían dejado mantener por Wertheimer, dijo realmente *mantener*, lo mismo que había dicho la

patrona en relación con aquellas gentes de Viena. Después de que todo el grupo, que no se había acostado ninguna noche y se había emborrachado todos los días, se hubo marchado, Wertheimer se había echado en la cama, para no levantarse ya en dos días con sus noches, según Franz, que entretanto había limpiado la porquería de aquella gente de la ciudad, y en general había puesto otra vez toda la casa en un *estado digno de seres humanos*, para evitarle al señor Wertheimer el espectáculo de la devastación de Traich cuando volviera a levantarse, según Franz. Lo que a él, Franz, le había llamado especialmente la atención, es decir, que Wertheimer se hubiera hecho traer de Salzburgo un piano para tocar en él, sería sin duda de interés para mí. Un día antes de que llegara la gente de Viena, Wertheimer había *encargado* un piano en Salzburgo y lo había hecho traer a Traich, y había tocado en ese piano, al principio para él solo, y luego, cuando todo el grupo estuvo allí, para el grupo, Bach, dijo Franz, Wertheimer les había tocado Handel y Bach, lo que realmente no había hecho durante más de un decenio. Wertheimer, según Franz, había tocado Bach sin pausa en el piano, de forma que el grupo no lo soportó más y se fue de la casa. Apenas estaba otra vez el grupo en la casa, él empezaba otra vez a tocar Bach, hasta que otra vez se marchaban. Quizá había querido volverlos locos a todos con su piano, dijo Franz, porque apenas estaban allí, les tocaba Bach y Handel, hasta que ellos se escapaban, al aire libre, y cuando volvían tenían que aguantar otra vez su piano. Así durante dos semanas, dijo Franz, quien pronto tuvo que creer que su señor se había vuelto loco. Había pensado que los huéspedes no soportarían mucho tiempo que Wertheimer les tocara el piano siempre e ininterrumpidamente, pero sin embargo se quedaron dos semanas, *más de dos semanas*, sin excepción, y él, Franz, como al fin y al cabo había visto que Wertheimer había vuelto realmente locos a sus huéspedes con su piano, tenía la sospecha de que Wertheimer había sobornado a los huéspedes, les había dado dinero para que se quedaran en Traich, porque sin ese soborno, es decir, sin un *donativo en metálico*, según Franz, sin duda no se hubieran quedado más de dos semanas para dejar que los volviera locos el piano de Wertheimer, y yo pensé que, posiblemente, Franz tenía razón al afirmar que Wertheimer le había dado dinero a aquella gente, que los había sobornado realmente, aunque quizá no con dinero pero sí con otra cosa, para que se quedaran dos semanas, incluso *más de dos semanas*. Porque sin duda quiso que se quedaran más de dos semanas, pensé. Siempre sólo Bach y Handel, dijo Franz, ininterrumpidamente, *hasta perder el conocimiento*. Finalmente, Wertheimer hizo servir para todas aquellas personas, en el gran comedor de abajo, una, como lo expresó Franz, *cena principesca*, y les dijo que, a la mañana siguiente, tenían que desaparecer, con sus propios oídos oyó él, Franz, cómo Wertheimer les decía que no quería ver ya a ninguno de ellos a la mañana siguiente. Realmente, encargó taxis de Attnang Puchheim para todos sin excepción, para la mañana siguiente y, de hecho, para las cuatro de la mañana ya, y todos se fueron en esos taxis, dejando la casa en un estado catastrófico. Él, Franz, había empezado enseguida y sin rodeos a poner orden en la casa, no había podido saber, según él, que su señor se quedaría aún dos días con sus noches en la cama, lo que sin embargo había sido bueno, porque Wertheimer lo necesitaba y, sin duda, le hubiera dado un ataque, según Franz, si hubiera visto en qué estado había dejado aquella gente la casa, realmente habían *destrozado* intencionadamente aún toda una serie de objetos, según Franz, volcado sillones y hasta mesas, antes de dejar Traich, y habían roto unos cuantos espejos y unas cuantas puertas de cristal, probablemente por insolencia, según Franz, y por rabia de que Wertheimer hubiera abusado de ellos, pensé. Realmente, allí donde, durante un decenio, no había habido nada, había ahora un piano, como pude ver, después de haber subido con Franz al primer

piso. Me interesaban las notas de Wertheimer, le había dicho ya abajo en la cocina a Franz, que me había llevado entonces sin poner reparos al primer piso. El piano era *un Ehrbar* y no valía nada. Y estaba, como había podido comprobar inmediatamente, totalmente desafinado, era por completo un instrumento de aficionado, pensé. Y le dije aún a Franz, que estaba detrás de mí, volviéndome, por completo un *instrumento de aficionado*. No había podido dominarme y me había sentado al piano, pero había vuelto a cerrar enseguida la tapa. Me interesaban los papeles que Wertheimer había escrito, le dije a Franz, y si podía decirme dónde estaban esos papeles. No sabía a qué papeles me refería, dijo Franz, para informarme luego de que Wertheimer, el día en que encargó el piano en Salzburgo, *en el Mozarteum*, dijo, es decir, un día antes de que todas aquellas gentes vinieran a Traich, había devastado más o menos Traich, y quemado montones enteros de papeles en la llamada estufa de abajo, es decir, en la estufa del comedor. Él, Franz, le había ayudado a hacerlo a su señor, porque las pilas de papeles eran tan grandes y pesadas que Wertheimer solo no podía llevarlas abajo. Wertheimer había sacado de todos los cajones y armarios cientos y miles de papeles, y con él, Franz, los había bajado al comedor, para quemarlos, sólo con ese fin de quemar los papeles había hecho que, ese día, Franz encendiera ya a las cinco de la mañana la estufa del comedor, dijo Franz. Cuando hubieron quemado todos los papeles, *todo lo escrito*, como se expresó Franz, él, Wertheimer, telefoneó a Salzburgo y encargó el piano, y Franz recordaba aún muy bien que su señor, en esa llamada telefónica, había subrayado una y otra vez que le enviaran a Traich *un piano de cola totalmente sin valor, un piano espantosamente desafinado. Un instrumento totalmente sin valor, un instrumento espantosamente desafinado*, dijo al parecer Wertheimer una y otra vez por teléfono, según Franz. Sólo horas más tarde cuatro personas entregaron el piano en Traich y lo colocaron en la antigua sala de música, según Franz, y Wertheimer les dio a los hombres que habían colocado el piano en la sala de música *una propina tremenda*, si no se equivocaba, y no se equivocaba, dijo, *dos mil chelines*. No se habían marchado aún los que habían traído el piano, cuando Wertheimer se había sentado al piano y había empezado a tocar. Había sido espantoso, según Franz. Entonces, él, Franz, había tenido la impresión de que su señor se había vuelto loco. Sin embargo, él, Franz, no había querido creer que Wertheimer se hubiera vuelto loco y no había tomado en serio la conducta, desde luego extraña, de Wertheimer, su señor. Si esperaba sacar algo en limpio de ello, me dijo Franz, no dejaría de describirme los días y las semanas que habían transcurrido luego en Traich. Le rogué a Franz que me dejara algún tiempo solo en la habitación de Wertheimer y puse las *Variaciones Goldberg* de Glenn, que había visto sobre el tocadiscos de Wertheimer, todavía abierto.



THOMAS BERNHARD. Nació en Heerlen (Holanda) en 1931 y murió en Gmunden (Austria) en 1989, a consecuencia de una larga enfermedad que venía atormentándolo desde la adolescencia. Acababa de provocar el enésimo escándalo en su país, tras el estreno, en noviembre de 1988, de la pieza teatral *Heldenplatz* (Plaza de los héroes). Extremadamente lúcida y crítica con la historia de Austria, toda la obra de Bernhard está marcada por la polémica. Persona non grata para los estamentos oficiales austriacos, la fuerza y la calidad de sus escritos han acabado por convertirlo en uno de los más grandes autores del siglo XX. En sus poemas y novelas Bernhard analiza sin piedad la condición humana a través de temas como la muerte, la enfermedad, la destrucción, la locura y la desolación que asedian al hombre. Algunas de sus novelas más destacadas son *Helada* (1964), *Trastorno* (1967), *Corrección* (1975), *Hormigón* (1982) y *Extinción* (1986) —ambas reunidas en un único volumen—, *El malogrado* (1983) y *Maestros antiguos* (1985). Su colección de relatos *El imitador de voces* (1978) y las tres obras incluidas en *Teatro* (*El ignorante y el demente*, 1972; *La partida de caza*, 1974 y *La fuerza de la costumbre*, 1974) se han reunido en un solo volumen.